EL VUELO DEL *BLUE SHADOW*

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

edebé

EL VUELO DEL *BLUE SHADOW*

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

edebé

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

EL VUELO DEL *BLUE SHADOW*

edebé

© Francisco Díaz Valladares, 2014

© Edición cast.: EDEBÉ, 2014
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
www.tienda.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de cubierta: César Farrés
Fotografía de cubierta: Thinkstock

Conversión digital: CodeMantra

1.ª edición, septiembre 2014

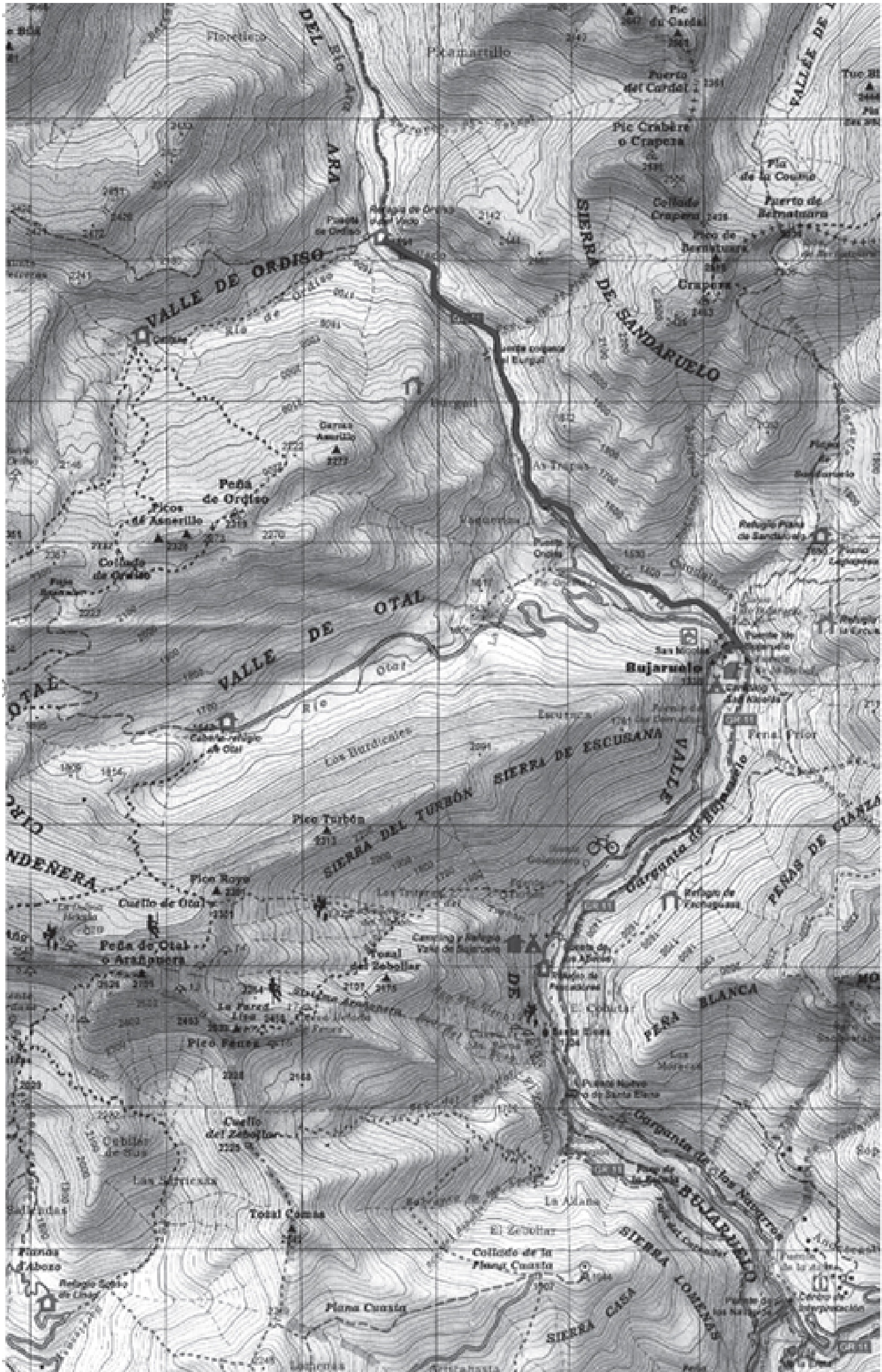
ISBN: 978-84-683-1959-9
Depósito Legal: B-17175-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi amigo J. Carlos Murga Tejada.

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Apéndice



VALLE DE ORDISO
VALLE DE OTAL
SIERRA DE SANDARUELO
SIERRA DE ESCUSANA
SIERRA DEL TURBÓN
VALLE
PEÑA BLANCA
SIERRA LOMENAS
SIERRA CASA
BUJARUELO
DEL Río Ara
ARA
DE
Pic Crabère o Crapera
Puerto del Cardal
Pic du Cardal
Collado Crapera
Puerto de Bernatuara
Crapera
Peña de Ordiso
Picos de Ascerillo
Collado de Ordiso
Bujaruelo
San Nicolás
Peñal Prior
Los Burdicales
Pico Turbón
Pico Royo
Cuello de Otal
Peña de Otal o Arañonera
Tozal del Zeboller
Pico Pénes
Cuello del Zebollar
Tozal Comás
Las Sarrienas
Collado de la Plana Cuasia
Plana Cuasia
El Zebollar
La Añana
Garganta de los Navarros
Garganta de Bujaruelo
Camping y Refugio Valle de Bujaruelo
Refugio de Ordiso
Cabaña refugio de Otal
Río Otal
Vaquerías
Otal
As Trapas

Capítulo uno

—*Mayday, mayday, mayday…*

Ángela contemplaba la escena como si estuviese viendo una película de terror.

Su padre, Javier Basauli, pilotaba la avioneta bimotor Tecnam P2006T y se desgañitaba pidiendo socorro mientras trataba de dominar el aparato entre los fuertes vientos racheados de la tormenta que estaban atravesando.

De copiloto iba Pilar, su madre; su hermano Miguel, de ocho años, y ella viajaban en los asientos traseros.

—¡¿Nadie te escucha?! —gritó Pilar aterrada.

—Alguien tiene que escucharme, maldita sea. *Mayday, mayday, mayday!* Aquí *Blue Shadow* 32, Bravo Sierra 32 procedente de Barcelona volando en dirección a Santiago de Compostela. Me está fallando uno de los motores. Por favor, que alguien me dé una señal. Cambio.

Su madre se aferraba con los brazos abiertos a un saliente de la esquina de la cabina y al respaldo del asiento del piloto para tratar de amortiguar los botes que daba la avioneta. Su hermano estaba tan asustado que se había agarrado a ella y le clavaba las uñas hasta hacerle daño. En el regazo llevaba a Berti, el perro de la familia, un bichón maltés lanudo que no dejaba de temblar.

La avioneta dio un inesperado bandazo.

Ángela soltó un grito.

Miguel empezó a llorar.

Berti gimió lastimeramente.

—Por favor —suplicó el piloto, tratando de aparentar sangre fría —, calmaos, no va a pasar nada, calmaos. Por aquí hay grandes valles; si es necesario, efectuaremos un aterrizaje de emergencia y ya vendrán a buscarnos.

Ángela se soltó de la presión de su hermano, le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso para infundirle ánimo.

Pero ella también estaba muerta de miedo.

Y tenía la boca tan seca como la arena del desierto.

Millones de copos de nieve se estrellaban contra el cristal delantero y los limpiaparabrisas apenas podían despejarlo. Giró un momento la cabeza hacia la ventanilla de su lado: el motor derecho tableteaba

echando un denso humo negro. Por unos segundos se abrió un claro en la tormenta y vislumbró unas cumbres nevadas.

—Papá, papá, es… ¡Estamos volando muy cerca de las montañas!

Él respondió sin apartar la vista del frente:

—Lo sé, lo sé. Creo que estamos sobrevolando los Pirineos aragoneses. La tormenta nos ha desviado del rumbo y perdemos altura.

—¡Dios mío, Javier! —gritó su mujer, que había pegado la cabeza al cristal tras la llamada de atención de Ángela.

—*Mayday, mayday, mayday*… ¡Por Dios! ¡Que alguien atienda mi llamada! Habla Javier Basauli, a bordo de la avioneta Bravo Sierra 32 procedente de…

Una fuerte ráfaga de viento de costado hizo que Javier soltara el micro y sujetara los mandos con las dos manos. La avioneta levantó el ala derecha más de cuarenta y cinco grados y se desplazó lateralmente hasta que el piloto logró enderezarla. Varios paquetes de la parte de atrás cayeron sobre ellos.

Otro salto.

Nuevos gritos.

Javier asió de nuevo el micro:

—*Mayday, mayday, mayday*… Por favor, que alguien responda. Les habla el piloto de la avioneta Bravo Sierra 32. Estamos perdiendo altura y no puedo controlarla. ¿Alguien me escucha? Cambio.

Un desagradable ruido de estacionarias se derramó por los altavoces.

—¡Los móviles! —gritó el piloto—. Utilizad los móviles, llamad a cualquiera para…

—Los móviles están en las maletas —le interrumpió su mujer.

—Pero…

—Nos obligaste a guardarlos para evitar tentaciones, porque perjudicaba al sistema informático de los controles del avión —corroboró Ángela.

De repente, el aparato cayó en vacío unos cuantos metros.

Los cuatro contuvieron la respiración, hasta que se estabilizó la marcha otra vez.

Miguel se incorporó.

—Vamos a morir, ¿verdad, Ángela? —susurró el niño con los ojos abiertos de par en par.

La pregunta llamó la atención de Pilar, que se revolvió en el asiento. Su mirada se encontró con la de su hija, que en silencio se hacía la misma pregunta.

Dos lágrimas indecisas iluminaban los ojos azules de Ángela. La

chica volvió la cabeza y vio su imagen reflejada en el cristal: «¿Voy a morir de verdad? ¿Se puede morir a los diecisiete años?».

Ángela era guapa. Los pómulos, flanqueados por cascadas de cabellos rojizos parecían de porcelana. Las dos lágrimas acabaron por derramarse y resbalar por ellos hasta la comisura de los labios. Se limpió rápidamente con la bocamanga. Cuando volvió la vista al frente, su madre contemplaba a Miguel. La vio suspirar hondamente y levantar la cabeza. Sus miradas volvieron a encontrarse. Ángela tuvo la impresión de que quería grabar las imágenes de sus hijos ante lo que parecía irremediable.

Forzó una sonrisa que su madre agradeció alargando el brazo para acariciarle la rodilla.

La avioneta soportó otro bache y volvió a desestabilizarse. Javier aceleró el único motor que aún funcionaba correctamente y se hizo con ella. Pilar se giró otra vez al frente y la mente de Ángela se deslizó hasta la discusión que había presenciado entre ella y su padre antes de emprender el vuelo.

¿Por qué le había hecho caso?, se preguntó, mirando a su padre. Una vez más su madre había llenado de silencio el espacio que debería haber ocupado la protesta. Demasiadas veces había presenciado ya esa escena. La opinión de su madre siempre se quedaba en la penumbra. No existía más verdad que la de él y todos la acataban en silencio…

En el aeropuerto del Prat les habían negado el VFR (Visual Flying Rules), el plan de vuelo visual obligatorio en el raid aéreo, porque era una locura aventurarse a viajar a Santiago con el frente tormentoso que asomaba por las costas gallegas. Él, como siempre, había soltado su clásica fanfarronada: «No hay tormenta que pueda con Javier Basauli», y había solicitado permiso para volar hasta Zaragoza. Allí esperarían a que pasara el temporal y continuarían hasta Santiago. Para colmo de males, se había resbalado a la salida de la terminal y tenía la muñeca dislocada, aunque él no le dio importancia.

Esa vez su madre había protestado, pero solo fue una pequeña opinión, casi sin voz: «Deberíamos esperar a que aclare el tiempo, Javier. Y de paso, que te vean la muñeca, por si te la tienen que escayolar».

«¿Y perder lo que llevamos ganado? Por supuesto que no. ¡Este año nos pagan las vacaciones, querida!».

Cuando consiguió que le dieran el VFR para volar hasta Zaragoza, apagó la radio y puso rumbo a Santiago, volando a baja altura para evitar ser detectado por el radar de la torre de control. Pero no calculó que el fuerte viento podría llevar el frente tormentoso a los Pirineos y que, al poco de estar en vuelo, se toparía con él.

Ya era la tercera vez que participaban en aquella prueba. Todos los

años, los clubes de León, Barcelona y Bragança organizaban un raid aéreo (Santiago de Compostela – Lisboa – Málaga – Alicante – Barcelona – Santiago de Compostela), que consistía en hacer el trayecto en el menor tiempo posible con escala en las ciudades señaladas para recoger un testigo y repostar. La mayoría de los pilotos llevaban a sus familias. «Una manera nueva y original de pasar en familia las vacaciones de Semana Santa». Eso era lo que decía su padre, y lo que había pensado ella también al principio, unos años atrás, porque conocía a mucha gente durante el viaje y después tenía muchas anécdotas y aventuras para contar a sus amigas. Sin embargo, esa ilusión se había desvanecido ya y este año había hecho lo inimaginable para quedarse en tierra; sin lograrlo, claro. Imposible conseguir que Javier Basauli cediera.

En Santiago pasaban tres días de comidas, cenas, queimadas, bailes y viajes por el interior de Galicia. A los ocupantes del avión que llegaba el primero, les salía todo gratis: ese era el premio. La organización del evento había decidido incluir Túnez en esta edición del raid para hermanarla con las ciudades españolas y portuguesa. Después de salir de la ciudad norteafricana, ellos iban los segundos. En Málaga, los que iban en cabeza tuvieron un problema con el timón de cola y, cuando llegaron a Barcelona, el Blue Shadow lideraba el raid. Pero a ella ni le importaba ni había mostrado ningún entusiasmo.

La avioneta tomó otro bache y los pensamientos de Ángela se esfumaron de golpe. Nada de aquello tenía importancia ya: se iban a estrellar y ese horror ocupaba toda su mente.

El avión empezó a levantar el morro y a temblar. Ángela miró al piloto. Podía vislumbrar parte del rostro empapada en sudor y los dientes apretados al tiempo que él tiraba hacia atrás de los mandos.

—Tenemos que intentar elevarla a toda costa, Pilar —dijo sofocado —, volamos muy cerca de los picos de las montañas. ¡Ayúdame! Con esta mano no puedo…

Su madre se enderezó, agarró con fuerza los mandos del copiloto y tiró también hacia atrás. El aparato subió un poco, pero enseguida Javier notó que los pedales del timón de dirección temblaban, anunciando una posible entrada en pérdida.

—¡Ya vale, ya vale! —gritó—, no la forcemos.

—Mamá…

Pilar se giró otra vez.

—¿Vamos a morir, verdad? —volvió a preguntar Miguel.

Su madre tragó saliva.

—¡Nadie va a morir hoy, maldita sea, nadie va a morir hoy! ¡Haremos un aterrizaje de emergencia! —vociferó con fuerza Javier.

Sin embargo, Ángela había presenciado demasiadas escenas con su

padre como para saber que aquella exclamación no barruntaba nada bueno; y, por otro lado, tampoco había que ser piloto de avión para intuir que, con un solo motor y entre aquellas montañas, sería muy difícil salir bien parado de un aterrizaje de emergencia.

Apretó contra ella a su hermano y le besó el cabello. Luego volvió la vista al frente y rompió a llorar en silencio. Los copos de nieve seguían estrellándose con fuerza contra el cristal de la cabina y sus pensamientos volaron hasta encontrarse otra vez con el pasado: su madre solía contarle cómo se había enamorado de su padre…

Tendrían su edad (quizá un poco mayores) cuando sus padres se conocieron. Unos años después se casaron. Fueron años muy duros, en los que Pilar había añorado cientos de veces un hijo, pero se las veían y se las deseaban para llegar a fin de mes; hasta que a su marido, por una suerte de coincidentes carambolas, la vida le empezó a sonreír.

—Ángela, Ángela…

Miguel le golpeaba el hombro para llamar su atención.

Se secó las lágrimas con las palmas de las manos y se giró.

—Ya verás como todo sale bien —le aseguró el chico.

¡Dios Santo! ¡Era su hermano el que le daba ánimos a ella, en vez de ser al revés! Seguramente la había visto llorar.

—Seguro que sí, Miguel, seguro que sí.

En ese preciso instante se dejó oír una explosión sorda. La avioneta se cimbreó como la «U» de un diapasón tras golpear contra algo sólido y se levantó de morro para enseguida caer en picado.

El motor derecho estaba envuelto en llamas.

—¡Javier! —gritó su madre.

—¡Extintores internos!

Los motores de la Tecnam P2006T iban equipados con extintores de apagado.

Pilar buscó entre el panel. Aunque lo había simulado varias veces, ahora no encontraba los interruptores.

—¡Junto al indicador de altitud! —gritó Javier.

Dos botones protegidos por dos caperuzas rojas: *engine left, engine right.*

Pilar levantó la protección, pulsó con decisión el botón del motor derecho y giró la cabeza. Inmediatamente vio salir un chorro de humo blanco que indicaba que el dispositivo de seguridad estaba actuando y que el fuego se había apagado.

Al extinguirse la propulsión del motor incendiado, la avioneta dio un fuerte bandazo.

—*Mayday, mayday, mayday,* por favor, que alguien responda. Les habla el piloto de la avioneta *Blue Shadow.* Acaba de reventar el motor de estribor y casi no puedo controlarla. Perdemos altura. ¿Alguien me

escucha? Cambio.

«Aquí Charlie Delta… Le oigo muy… Deme un control… ¿Puede repe…?»

—¡¡Dios mío!! —exclamó Javier y apretó el botón del micro—. Atención, Charlie Delta, le habla el piloto de la avioneta Blue Shadow, somos participantes del raid…

—¡Papá!

El grito de Ángela le hizo levantar la cabeza y agarrar los mandos precipitadamente. El morro de la avioneta enfilaba hacia la falda de una montaña nevada.

—¡A la derecha, Pilar, a la derecha!

Su madre lo entendió en el acto. Agarró los controles del copiloto e hicieron virar el aparato entre los dos, hasta ponerlo a más de cuarenta y cinco grados.

Una luz roja empezó a parpadear acompañada de un «bip» cadencioso y penetrante.

Los equipajes apilados al fondo del avión se precipitaron hacia delante y Miguel empezó a vomitar encima de su hermana.

—¡Mamaaaá!

—¡Más, más, más! ¡Maldita sea, tiene que girar más!

Los gritos de Javier llenaban el habitáculo.

Los planos de la avioneta se pusieron casi en vertical.

Nuevas sacudidas del fuselaje. Daba la impresión de que el avión se iba a desintegrar de un momento a otro.

Se disparó otra alarma, cuyo pitido se unió al anterior, acompañada de otro incesante parpadeo rojo que terminó por transformar la cabina en una cámara para inducir a la locura.

—¡Papá! —chilló Ángela y abrazó con fuerza a su hermano y al perro, sin quitar la vista de la montaña que se acercaba peligrosamente.

A pesar de que la avioneta había alcanzado el máximo de giro, el viento racheado de estribor la empujaba contra ella. Cerró los ojos. La colisión era inminente. En el último segundo, una inesperada turbulencia permitió unos grados más de inclinación. El fuselaje levantó una nube de nieve en polvo al pasar a escasos centímetros de la montaña y se zarandeó por enésima vez, pero logró pasar, dejando la amenaza blanca a la izquierda.

Cuando Javier y Pilar consiguieron enderezar el avión, estaban empapados en sudor y les temblaban los brazos y las piernas. Instintivamente ambos miraron hacia atrás.

—¿Estáis bien? —preguntó Javier adelantándose a su mujer.

Ángela abrió entonces los ojos y se quitó de encima a su hermano. El chico, aunque había vomitado, afirmó moviendo la cabeza.

Ángela estiró el brazo para señalar al frente.

—¡Mirad!

Los dos se giraron para seguir la dirección señalada. Entre un hueco de la ventisca se vislumbraba un pequeño valle rodeado de bosques y montañas escarpadas.

—¡Ahí está nuestra salvación! Tenemos que aterrizar como sea, Pilar.

Ella asintió, moviendo reiteradamente la cabeza, mientras Javier dirigía el avión hacia el claro del bosque y tomaba otra vez el micro de la radio.

—Atención, Charlie Delta, no sé quién es usted, pero, por favor, comunique nuestra situación a las autoridades. Nuestras coordenadas son 42º 41'36"N 0º6'21"O. Voy a intentar un aterrizaje forzoso en el claro de un bosque. No tengo tiempo para más. Corto y cierro.

«Enterado… posición… no es… Suerte.»

—Falta nos hace —musitó Javier y dejó caer el micro. Luego sujetó los mandos con decisión—. Pilar, atenta al anemómetro. Saca los flaps. El dolor de esta maldita muñeca me está matando. Miguel, Ángela, apretaos bien el cinturón de seguridad, colocad la cabeza entre las piernas y… rezad.

Capítulo dos

El radioaficionado que había captado el mensaje del *Blue Shadow* permaneció un momento mirando la radio, como esperando otra comunicación. Después se levantó y empezó a buscar como loco el teléfono móvil: los pantalones, el anorak, la camisa, la mesilla de noche…

—¡Dios! —gritó, agarró la libreta en la que había anotado las coordenadas y salió disparado por el pasillo de su casa hasta el salón, donde se encontraba el teléfono fijo. Presa de un ataque de ansiedad, marcó el uno, uno, dos y esperó, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Vamos, vamos, vamos…

—Emergencias, dígame.

—Buenas tardes, me…, me llamo Juan Rojas… So… Soy radioaficionado y acabo de recibir un mensaje de socorro de un avión que…, que se va a estrellar… Bueno, o se ha estrellado… Iba a… tomar tierra en…

—¿Está seguro de lo que dice? Espero que sea verdad. Esta clase de bromas se pagan con la cárcel.

—Sí, sí, sí. Estoy seguro, estoy seguro —se apresuró a responder Juan, que no paraba de jadear.

—Está bien, ante todo, tranquilícese —trató de calmarlo la operadora y levantó el brazo para llamar la atención del supervisor y jefe de sala del 112.

—¿Qué ocurre?

La chica tapó el micro con la mano y respondió:

—Parece ser que un radioaficionado ha captado la llamada de socorro de un avión que se ha estrellado. Avise al Servicio de Búsqueda y Salvamento.

—Cerciórese y pídale la posición. Obtenga toda la información que pueda. Voy a activar el protocolo de emergencias. Que siga junto a la radio y que trate de restablecer otra vez contacto con ellos.

—Muy bien, Juan, ¿desde dónde me llama?

—Le llamo desde Torla, Huesca.

—¿Le han señalado algunas coordenadas?

Después de facilitar sus datos a la operadora, colgó el teléfono, echó a correr hacia su habitación y agarró el micrófono antes de

sentarse a la mesa.

—Atento, *Blue Shadow,* ¿me copia? Cambio.

Juan esperó con impaciencia mientras movía el dial de la radio para afinar la sintonía.

—A ver, Bravo Sierra, si puede darme un control. Le habla Charlie Delta. He puesto su situación en conocimiento de las autoridades. Dígame si me escucha. Cambio.

Aguantó la respiración, pero solo oyó el desagradable sonido de la estacionaria.

—¡¡Maldita tormenta…!! Atento, Bravo Sierra, atento, Bravo Sierra…

***

—¡Los *flaps,* Pilar, los *flaps!* —gritó Javier en medio de un galimatías de pitidos y luces rojas.

Pilar pulsó un botón y se encendió otra luz más: verde.

—He… hecho.

La avioneta dio un brinco y se viró un poco de cola.

—Vigila la velocidad de descenso y cántame la altitud.

Ángela mantenía la cabeza de su hermano pegada a su cuerpo con un brazo y sostenía al perro con el otro.

La mirada al frente, como hipnotizada.

Apenas respiraba.

Su padre tenía los nudillos de las manos blancos de la presión que ejercía sobre los mandos del aparato, el cuerpo echado hacia delante y la mirada fija en el horizonte. Su madre parecía una estatua de mármol. De reojo controlaba la altitud y velocidad y las repetía casi sin voz: «Trescientos metros…, doscientos cincuenta…».

Como si intuyera que su hija la estaba mirando, giró un momento la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Todo va a salir bien, mi niña —dijo con los ojos y la garganta inundados de lágrimas.

La chica asintió.

—¡Por Dios, Pilar, la altitud!

La avioneta dio un bote y bajó repentinamente varios metros.

Notaron que el estómago se les subía a la garganta.

Javier subió las revoluciones del motor y el avión se estabilizó.

—Doscientos…, ciento cincuenta. Velocidad… Javier, aumenta un poco más la velocidad.

Desde el asiento trasero, horrorizada, Ángela veía acercarse la nieve del suelo. De pronto la distancia de aquella improvisada pista de

aterrizaje era ya muy corta. Los árboles del fondo parecían demasiado cercanos.

—Cien…

—¡Agachaos! ¡Meted la cabeza entre las piernas! —gritó Javier.

Ángela obligó a su hermano a inclinarse más sobre su regazo, estrujó más al perro y cubrió a ambos con su cuerpo.

—¡Corta el combustible, Pilar, voy a parar el motor!

Un silencio casi absoluto inundó la cabina.

Luego, un bisbiseo suave y prolongado…

Un pequeño desplazamiento lateral…

Un balanceo…

—¡Ahhh! —gritó Pilar.

—¡Mamáaa…!

El golpe contra el suelo fue tremendo. La avioneta rebotó como si fuera una pelota de goma y se lanzó hacia delante sin control.

—¡Mamáaa…!

—¡Agáchate, Ángela…! ¡No sueltes a Miguel…! ¡Ahhh!

A pesar de los consejos de su madre, el terror pudo más y levantó la cabeza. El avión se desplazaba deslizándose por la nieve a gran velocidad. Los árboles del bosque se les echaban encima irremediablemente. La avioneta enfiló una pequeña pendiente y voló un centenar de metros, hasta que cayó de nuevo con gran estrépito. El fuselaje crujió como una rama seca y saltó la red que sujetaba los bultos en la parte trasera. Una de las maletas se abrió y una lluvia de objetos contundentes cayó sobre ellos.

Otro salto.

Cuando volvió a tocar el suelo, el avión había alcanzado el bosque y se adentraba entre los árboles, rompiendo ramas y llevándose por delante lo que encontraba a su paso. El cristal delantero estalló hecho añicos con un fuerte estampido. En un furtivo segundo, Ángela se cubrió el rostro con los brazos y su instinto la libró de una granizada de minúsculos vidrios en la cara. Pero no de un río de nieve acompañado de una gran polvareda.

—¡Mamaaá!

Nadie respondió.

Aquel polvo blanco la ahogaba.

El ruido infernal fue desapareciendo poco a poco, hasta que un súbito y contundente estertor metálico anunció que el avión se había detenido.

***

Siguiendo el protocolo de emergencias, el jefe de sala del 112 había avisado al Centro Coordinador de Salvamento del Ejército del Aire de Madrid y enseguida se cursó la orden a la base de Getafe, donde fue activado de inmediato el avión CN-235 que permanecía en alerta, preparado para estos menesteres. A su vez, el jefe del CCS se puso en contacto con el Equipo de Rescate e Intervención en Montaña (EREIM) de la Guardia Civil y los efectivos de la Unidad de Rescate de la Junta de Aragón.

El capitán del EREIM inmediatamente llamó por teléfono al jefe de Protección Civil de la zona del Pirineo aragonés para coordinar las acciones de rescate.

—Patxi, soy Romualdo, creo que tenemos faena.

—Hola, capitán. Sí, ya me han avisado del Centro de Salvamento. Estoy con mis hombres; bueno, con los que he podido reunir, de momento. Estamos preparando el material. Enseguida saldremos para allá.

—No tengo que comentarte que la cosa está bastante fea, Patxi. Según mis cálculos, habrán caído por la parte del Valle de Bujaruelo, Ordiso o Monte Perdido. Por esa zona y con esta tormenta, será muy difícil entrar.

—¿Difícil? ¡Imposible! Con este temporal es un suicidio intentar acceder al valle.

—Y eso no es lo malo. He contactado con el servicio meteorológico y lo peor está aún por llegar. Tenemos dos sistemas más entrando por Galicia, así que la situación se va a prolongar como mínimo dos días más.

—¿Sabes si hay supervivientes?

—Te estoy hablando desde el coche. Voy camino de la casa del chico ese, el radioaficionado que localizó la llamada. En cuanto sepa algo más te volveré a llamar.

—Bien, nos reuniremos donde siempre.

El capitán Romualdo Espinosa se guardó el móvil en el bolsillo y miró al frente. La carretera se contoneaba entre ventisqueros helados y la tormenta de nieve empezaba a arreciar. Pensó en Patxi y se admiró de la labor altruista que realizaba. Él, aunque había llegado de forma voluntaria al Equipo de Rescate e Intervención en Montaña de la Guardia Civil, cobraba un sueldo e incluso un suplemento por estar destinado allí. Patxi no cobraba nada. La Junta de Aragón les había proporcionado un par de vehículos y el equipo necesario, nada más; al contrario, a veces tenía que poner dinero de su bolsillo para comprar cualquier cosa que necesitaban de forma urgente, antes de salir al monte. Sin lugar a dudas, era una de las personas más generosas que había conocido. Dueño de un bar en el pueblo de Broto, se jugaba la

vida junto a un grupo de amigos tratando de socorrer a personas que habían tenido un percance en la montaña, buscando desaparecidos o, como en este caso, supervivientes.

El vehículo dio un bandazo al tomar una curva.

—Ten cuidado, Martín —le pidió al conductor—, que aún no nos hemos comido la mona de Pascua.

—Está todo controlado, mi capitán —respondió el guardia esbozando una sonrisa, y Espinosa, después de echar un vistazo por la ventanilla, se enfrascó de nuevo en sus pensamientos. Desde luego, si había supervivientes, con aquella tormenta, les iba a resultar difícil seguir vivos.

Capítulo tres

Durante el trayecto desbocado del avión, Ángela se había ido golpeando con el lateral, la parte superior del asiento, con la cabeza de su hermano y con un montón de objetos que volaban por el aire.

Un zumbido, acompañado de una tremenda punzada, le taladraba el cerebro. Se masajeó las sienes en un intento por aliviarlo, pero se detuvo al instante, consciente de algo que la impresionó sobremanera: el silencio.

Y la oscuridad…

Ni siquiera el viento susurraba entre las ramas de los árboles.

—¿Papá…?

(…)

—¿Mamá…?

Ahora sí. Ahora el viento le respondió desde fuera con un tenebroso rumor.

También oyó un gemido conocido.

—¿Berti? —musitó.

El animal, temblando como un potrillo recién nacido, se coló entre sus brazos y empezó a lamerle la cara con fruición.

De repente, un estridente sonido llenó el habitáculo. Ni tiempo tuvo de preguntarse qué estaba ocurriendo. La avioneta se movía bruscamente y ella daba vueltas dentro hasta que se detuvo unos eternos segundos más tarde, con otro enorme crujido. Ángela quedó boca abajo, sujeta por el cinturón de seguridad. Aunque desorientada todavía y con el corazón latiéndole en las sienes, consiguió entender lo que había ocurrido: el avión había girado un par de veces sobre su propio eje.

Otra vez el silencio.

Nuevos lametones del perro.

Sin embargo, las vueltas habían liberado la nieve que taponaba el hueco del cristal delantero y dejaba pasar una luz deslavazada y tenue que le ponía contorno a las cosas.

Empezó a notar un frío intenso y sentía que iba a estallarle la cabeza. Tanteó con la mano buscando a Miguel. Estaba a su lado, colgado como ella por el cinturón de seguridad.

—Miguel, Miguel, Mi…

Sin dudarlo soltó el cierre de su cinturón, cayó de bruces

hundiendo la cara en un montón de nieve que había entrado por la parte delantera. El frío consiguió disipar un poco las brumas de su cerebro. Se incorporó, se sentó en el suelo y tocó aterrorizada el cuerpo de su hermano, que colgaba boca abajo a escasos centímetros de ella. Algo goteaba de su frente.

—Miguel…

Lo palpó con cuidado. Tenía una brecha en la barbilla y la sangre le corría hasta la frente, pero respiraba, ¡estaba vivo! Solo estaba inconsciente. En un periquete lo desató y puso los brazos para amortiguar su caída.

—Miguel…, Miguel… —susurró entre lágrimas mientras lo abrazaba y le acariciaba la cara.

Lo examinó de arriba abajo. Aparte de la brecha, no parecía tener otra cosa.

—Miguel…

El chico se movió un poco y ella, con un suspiro que descargaba parte de su angustia, lo dejó suavemente en el suelo para buscar a sus padres. Pero, cuando intentó ponerse de pie, notó que las piernas le pesaban como si fueran de plomo.

—Mamá, mamá…

Afuera, los copos de nieve se amontonaban, cerrando otra vez el hueco del cristal delantero.

Con gran esfuerzo empezó a reptar hacia la parte delantera entre maletas, equipos y objetos desconocidos.

—Papá, mamá…

También estaban colgados boca abajo.

Zarandeó a su madre, que respondió con un gemido. ¡Estaba viva!

—Mamá, mamá…

Tenía el cabello ensangrentado y la cara con algunos cristalitos clavados, pero respiraba con normalidad.

—Mamá, ma…

—¿Qué, qué… ha pasado?

Ángela se abrazó a ella llorando y le abrió el cierre de seguridad. Cuando cayó, continuó llenándola de besos nerviosos. El perro se sumó al regocijo dando saltos y pequeños ladridos.

—Mamá, mamá.

—Ángela, ¿estás bien?… Dios mío, nos hemos estrellado. ¿Y… Miguel? ¿Y papá?

La chica se giró hacia el lugar del piloto.

Su cuerpo se paralizó.

La rama que había roto el cristal le había destrozado el hombro y tenía una gran mancha de sangre que le cubría el pecho.

—¡Papá, papá…!

Pilar intentó acudir a su lado. Sintió una fuerte punzada en la clavícula derecha, estaba aturdida; pese a todo, se arrastró hasta colocarse cerca de su marido.

—¡Javier! —gritó y le tocó la cara.

Con gran alivio percibió su aliento en los dedos.

—Está vivo, Ángela, está vivo —dijo entre sollozos—. ¿Y…, y… tu hermano?

—Mamá…, mamá —gimió el niño.

—¡Miguel, hijo mío!

—Miguel está bien, mamá —la tranquilizó—. Tiene un golpe en la barbilla, pero no es nada. Seguro que no es nada.

—¿Un golpe en la barbilla? Miguel, Miguel, ¿estás bien?

—Me duele mucho la cabeza, mamá.

—¿Puedes acercarte hasta nosotras?

El muchacho gateó buscando el abrazo de su madre.

—Necesitamos luz, Ángela —dijo mientras le echaba el cabello hacia atrás para inspeccionar la herida—. Localiza la caja de primeros auxilios que estaba encima de la puerta. Tráela, dentro hay una linterna.

Miguel se acurrucó al lado de su madre. ¡Parecía tan pequeño y frágil en aquel momento! Unas lágrimas brotaron de los ojos de Pilar y las dejó caer silenciosas y liberadoras. Acarició el cabello de su hijo y contempló la cabina de la avioneta. Estaba totalmente destrozada, el juguete preferido de su marido, «su niña bonita» como él la llamaba. «Cuando quieras, me pides el divorcio y te casas con la dichosa avioneta. Total, pasas más tiempo con ella que conmigo…», le había reprochado más de una vez. La había bautizado con el nombre de *Sombra Azul* en recuerdo del héroe de un cómic sudamericano.

Javier era chileno, pero hijo y nieto de catalanes, de los que habían emigrado al continente americano por motivos políticos. Pero Javier quería saber de sus raíces y se había venido a España. Cuando se conocieron, ambos trabajaban en una empresa maderera; ella como secretaria y él como conductor de uno de los grandes camiones que transportaban los troncos desde los bosques hasta la serrería, el más joven. Se casaron con ilusión y poco más: el sueldo de ambos, escaso, unos cuantos muebles y un piso alquilado. Para colmo de males, la empresa redujo plantilla poco tiempo después y prescindió de la mitad de los camiones y sus respectivos conductores, entre ellos Javier.

Sin embargo, él, en vez de amilanarse, con algo que habían ahorrado y un crédito del banco, compró uno de los camiones de la serrería que salieron a subasta, se ofreció como transportista autónomo y empezó a trabajar por cuenta propia. Fueron años muy

duros, de muchos sacrificios, pero Javier Basauli era ahora, a sus cuarenta y nueve años, dueño de una flota de camiones y poseía una considerable fortuna. Había conseguido la concesión en exclusiva de la maderera y había comprado la empresa de autobuses que recorría la Costa Brava, desde Llançà a Tarragona.

Pero aquello carecía ahora de importancia. Se conformaba con salvar la vida y salir de allí. Todos.

Súbitamente, sus pensamientos se oscurecieron y el mundo se desvaneció a su alrededor. Ya no sentía dolor.

***

El capitán de la Guardia Civil se apeó del cuatro por cuatro frente a la puerta de Juan Rojas, una casa a las afueras, como la mayoría en Torla y los pueblos del Valle de Ordiso: techos de pizarra a dos aguas, paredes de piedra y contraventanas de madera oscura. En la parte delantera había un pequeño porche con un balancín lleno de ropa doblada y un triciclo. No le resultó difícil localizar la antena de radioaficionado I-Pro, que se elevaba sobre un mástil de más de quince metros en la parte trasera de la vivienda.

Después de subirse el cuello del anorak se acercó y aporreó la puerta con los nudillos. Enseguida apareció un muchacho de unos veinte años, vestido con una camisa de cuadros, pantalones vaqueros y botas de *trekking*. Era de estatura mediana, ojillos nerviosos y cabello negro despeinado. Los pómulos hundidos le conferían aspecto cadavérico.

—¿Es usted Juan Rojas?

—Sí, sí. Pase, pase —el chico se echó a un lado para dejar entrar al guardia civil—. Viene por lo del mensaje de socorro, ¿verdad?

Espinosa entró en el salón. El lugar era confortable, aunque austero: unos cuantos cuadros con escenas de caza repartidos por las paredes, un aparador antiguo cubierto con un tapete blanco de ganchillo con varias fotos familiares de color sepia. Al fondo, un tresillo oscuro rodeaba una chimenea donde crepitaba un fuego vivo desprendiendo un calor agradable.

—Sí, vengo por lo del mensaje de socorro. ¿Vive solo?

—No. Vivo con mis padres. Hoy han ido a Huesca para acompañar a mi hermana al pediatra.

—Bien, ¿dónde tiene el equipo?

Juan lo guió por un largo pasillo hasta su dormitorio.

Cuando Espinosa pasó a la habitación, a duras penas ahogó una exclamación. Ni siquiera reparó en el desorden que reinaba en aquel cuarto pequeño y oscuro, con montones de libros y revistas apilados

por los rincones, dos tablas de esquí y sus correspondientes bastones cubiertos de polvo, una cama deshecha pegada a uno de los laterales. Toda su atención se centró en el equipo de radio que tenía ante él; un sistema modular más propio de la NASA que de un radioaficionado. Entre la multitud de aparatos pudo identificar un transceptor de alta frecuencia de 1200 MHz, un amplificador lineal HF de 1kw, un secuenciador MDS-416 para la antena que había visto fuera y dos pantallas de 17"; en una monitorizaba frecuencias y la otra parecía buscar bandas al azar. Con aquel equipo, no era extraño que hubiese captado la señal del avión siniestrado. Lo raro era no recibir transmisiones extraterrestres.

—¿Puedo…? —le pidió el capitán señalando el micrófono.

—Claro, claro —respondió el chico.

—En qué frecuencia ha recibido…

—En esta —se adelantó el radioaficionado y señaló una que tenía resaltada en rojo—. Se ha identificado como Bravo Sierra 32, que son las iniciales de *Blue Shadow*. Debe de ser el nombre del avión.

Espinosa sujetó el micro con una mano y con la otra el dial de frecuencias.

—Atento, Bravo Sierra, atento, Bravo Sierra, le habla la Guardia Civil. Dígame si me escucha. Cambio.

Espinosa soltó el botón del micro y esperó…

Capítulo cuatro

Ángela se arrastró sin mencionar el dolor del tobillo y logró llegar hasta la caja de primeros auxilios. Era un maletín de plástico blanco con una cruz roja en el centro, adosado a la pared con anclajes de acero inoxidable. Le quitó las sujeciones, lo colocó en el suelo y lo abrió. Pegada a la parte superior de la tapa se hallaba la linterna y en el otro lado un revoltijo de apósitos, un desinfectante, un bote de plástico blanco con agua oxigenada, aguja de sutura e hilo, una pomada antibiótica, unas cajas de pastillas analgésicas y… algo oscuro al fondo. Lo tocó. Metálico. Encendió la linterna e iluminó el objeto desconocido. Se quedó sin respiración. ¡Una pistola! ¿Qué hacía aquella pistola allí? Su padre nunca le había hablado de ella. La sujetó con dos dedos, como quien sostiene una rata muerta por el rabo, y la enterró en la nieve. Luego, cerró la tapa del botiquín y regresó con él junto a su madre.

—¡Mamá, mamá! —la zarandeó.

Pilar se había vuelto a desmayar.

Miguel se hallaba encogido en la parte delantera de la cabina con Berti a su lado.

—¿Mamá está muerta? —preguntó el niño con una tranquilidad que la sobrecogió.

—No, Miguel, no está muerta, solo está desmayada. Tenemos que detener la hemorragia.

Enfocó la cara de la madre y el pánico la paralizó. Era como un Cristo. Tenía cristalitos del parabrisas clavados en la frente y en los pómulos y la melena le caía pegajosa sobre el rostro lleno de sangre coagulada. Sintió que se desmayaba, pero sus ojos se toparon con los de Miguel, vacuos, perdidos en mitad de la oscuridad. Algo desde su interior le hizo tomar una bocanada de aire y se puso a desincrustarle los cristales y a limpiarle la cara con algodón y agua oxigenada. Un pequeño corte a la altura de la sien derecha producía aquella hemorragia tan escandalosa. Le colocó un vendaje alrededor de la cabeza y la observó un momento. Respiraba con normalidad. Se giró para atender a su padre, admirada de lo que estaba haciendo: ella, que jamás había sido capaz ni de colocar una tirita sin marearse.

—Miguel, ayúdame, vamos a descolgar a papá.

Sin embargo, el chico permanecía si mover ni una pestaña.

—¡Miguel! —le gritó.

—Qué, qué…

Entre los dos le quitaron el cinturón de seguridad y quedó tendido al lado de su madre.

—Sostén la linterna; voy a vendarle el…

De repente la cabina fue invadida por un penetrante olor a gasolina.

Ángela y Miguel se miraron.

—Hay que salir inmediatamente de aquí, esto puede explotar de un momento a otro. Tenemos que sacar de aquí a papá y a mamá.

—Pero ahí fuera nos vamos a helar.

—Mejor morir helados que quemados. Vamos, rápido. ¡Miguel, sal de aquí! ¡Vamos, vamos! Tú también, Berti. ¡Fuera, fuera!

El niño contempló la ventisca y volvió la cara, pero al ver el gesto de su hermana, se escabulló por el agujero del cristal y salió del avión seguido del perro. Ángela guardó la linterna en el botiquín y lo lanzó al exterior. Después, tomó de los hombros a su madre y empezó a tirar. Apenas si avanzaba unos centímetros. En ese momento apareció Miguel y se colocó a su lado. Así, con mucho esfuerzo sacaron los cuerpos del avión.

El panorama era descorazonador. El viento había arreciado y los copos se habían convertido en dardos helados que caían en oblicuo y se les clavaban en la cara como agujas.

—¡Tenemos que alejarnos de la avioneta! ¡Miguel, ayúdame otra vez!

El crío, asustado, volvió a colocarse al lado de su hermana.

—Vamos hacia aquellos árboles.

A duras penas consiguieron arrastrarlos hasta tres abetos que se encontraban muy juntos y que les servirían de abrigo.

Ángela advirtió el reguero de sangre que había dejado en la nieve el cuerpo de su padre y luego miró a su hermano, que seguía temblando. Tenía que cortar la hemorragia, pero también debía entrar en el avión a recoger ropa. De no hacerlo, no durarían mucho con aquel frío. Sin dudarlo más, abrió el botiquín y sacó la linterna.

—Voy al avión —resolvió.

—¿Y si explota? —preguntó Miguel preocupado.

—No pasará nada. Tengo que recoger toda la ropa que pueda o con este frío no aguantaremos aquí fuera ni media hora. ¡Encárgate de ellos, solo serán dos minutos! —gritó, y salió dando tumbos hacia el avión.

El olor a gasolina había aumentado. Y el dolor en el tobillo también. Encendió la linterna, la colocó en un sitio que iluminara el interior y rezó para que no hubiese un cortocircuito repentino. Empezó a tirar fuera del avión maletas, bolsas, paquetes y todo lo que

encontraba a su paso. Súbitamente, se topó con una bolsa de color amarillo fluorescente.

—¡Las mantas térmicas! —exclamó y la lanzó fuera.

Conforme pasaban los minutos, al dolor del tobillo se le sumaron otros que hasta entonces no tenía controlados: la rodilla, el codo, la cabeza… Se sentía agotada.

—¡Ya es suficiente! —dijo, y se dispuso a salir de allí.

Buscó la linterna y echó un último vistazo. El interior era un caos, pero ellos estaban vivos. ¿Por cuánto tiempo…?

«Aten… Bravo Sierra tres d…; atento, Bravo Sierra treinta y dos, le habla la Guardia Ci…. Dígame si me escucha. Cambio».

Ángela se quedó como una estatua de sal. ¡Era la radio! ¡La radio funcionaba! La miró como si se tratara de un objeto para gastar una broma el día de los Santos Inocentes. ¿Cómo podía ser? ¡Si el equipo era un amasijo de cables y hierros retorcidos! Una de las ramas del árbol que había entrado por el cristal delantero la había sacado de su alojamiento y se encontraba colgando cerca del puesto del piloto, con todas las tripas fuera.

Buscó el micro entre aquel revoltijo y lo encontró debajo de un asiento; estaba casi suelto y el cable se veía machacado por varias partes. No se atrevía a responder. ¿Y si el clic de conexión hacía saltar alguna chispa y provocaba un incendio? ¿Estallaría la gasolina? Sin soltarlo, se arrastró fuera del avión todo lo que permitió el cable y contestó a la llamada.

—Aquí…, aquí Sierra Bravo 32. Por favor, a… ayúdennos, por favor. Hemos tenido un accidente. El avión se ha estrellado. Mi padre y mi madre están gravemente heridos. No se despiertan. Se están desangrando y…, y a mí y a mi hermano… nos va a cubrir la nieve… Hace mucho frío… El avión está destrozado…

Ángela tiritaba, lloraba y hablaba. Era un milagro que la radio funcionase y tenía que aprovecharlo. Era su tabla de salvación; si no los rescataban pronto, morirían congelados ¡Sus padres! ¡Miguel! El instinto de supervivencia parecía haberle soltado la lengua.

La respuesta llegó, entrecortada y baja al principio, y Espinosa dio un respingo porque en verdad no la esperaba.

Un segundo para reaccionar.

—¿Puedes mejorar la recepción? —le preguntó al dueño de la emisora.

Juan, alterado también por las inesperadas noticias, se inclinó enseguida, tocó el amplificador de señal y movió la cabeza, en sentido afirmativo.

Espinosa tomó aire y volvió a apretar el botón del micro.

—Muy bien, muy bien —dijo tratando de hablar lento y claro—.

Recibido, Bravo Sierra 32. Primero quiero que se tranquilice y me escuche con mucha atención. El dispositivo de rescate está en marcha. He entendido que hay personas heridas de gravedad. ¿Cómo están los demás? Cambio.

Ángela estaba tumbada boca abajo en la nieve y respiraba con dificultad. El aire helado le quemaba los pulmones. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y tragó saliva un par de veces antes de contestar.

—No hay nadie más, bueno, sí, nuestro perro. Mi hermano y yo es… estamos bien, pero tienen que darse prisa, aquí las condiciones son muy duras. Ha… hace frío, mucho… frío. Hemos tenido que abandonar el avión debido a un escape de combustible. Por favor, ayúdennos. Cambio.

Cuando soltó el botón se oyó el ruido característico de estacionarias y unos segundos después la radio enmudeció. En ese momento recibió una sacudida en la mano que sostenía el micrófono. Lo miró sin entender qué había pasado hasta que se dio cuenta de que el cable estaba enrollado en su muñeca. ¡Se había soltado! Seguramente se había retirado demasiado del avión por temor a que explotara y había arrancado el precario cable.

—¡Dios mío, no! —exclamó y golpeó varias veces la nieve con el puño cerrado.

Al otro lado, Juan Rojas se esforzaba tocando los diales y buscando nuevas frecuencias para restablecer la comunicación, hasta que, minutos más tarde, admitía que la comunicación se había cortado.

Pensativo, Espinosa soltó el micro sobre la mesa y se puso de pie.

—Tenemos que ponernos en marcha para ayudar a esa pobre gente —dijo hablando para sí, como si el radioaficionado no se encontrara a su lado.

Luego salió de la habitación con paso vivo y enfiló el pasillo seguido del muchacho. Al llegar a la puerta de la calle se volvió, sacó una libretilla del bolsillo interior del anorak y anotó un número.

—Pase lo que pase, por favor, no se mueva de la radio. Trate de restablecer la comunicación y llámeme si lo consigue. Aunque quizás necesite llamarle yo también.

Después de intercambiarse los números de teléfono, se despidieron con un apretón de manos y el capitán de la Guardia Civil se precipitó hacia la salida de la casa.

Capítulo cinco

En el despacho de Giovanni Costello, al sur de Italia, el teléfono sonó un par de veces.

La secretaria se perfiló con el dedo la comisura de los labios, mirándose por enésima vez en el espejito que sostenía con la otra mano. El teléfono seguía sonando.

—¡Maldita sea, Rosanna, quieres contestar esa llamada de una vez! —gritó su jefe desde el despacho de al lado.

La chica dejó el espejo sobre la mesa sin demasiada prisa, se levantó para estirarse el ajustado vestido color crema, se recolocó el generoso escote y respondió:

—¿Dígame? Hummm… Sí, un momento, que compruebo si se encuentra en su despacho.

—Giovanni, amor, el tío ese de España quiere hablar contigo. ¿Qué le digo? —preguntó la chica, tapando el auricular con la mano.

Una figura oronda, calva y sudorosa apareció bajo el quicio de la puerta intercomunicadora. Iba en camisa, con la corbata floja, las mangas remangadas y los pantalones sujetos por unos tirantes anchos y negros. Un puro humeaba colocado en el lateral de la boca, entre los dientes y el carrillo.

—¿El Gallego? —preguntó sin quitarse el puro.

La secretaria hizo un globo de chicle y asintió moviendo la cabeza.

—Trae, trae —dijo sonriente y, cuando tomó el auricular, dejó de hablar italiano y quiso hablar en español, pero acabó expresándose en una mezcla de ambos idiomas—. *¡Pepe, amico mío!, ¿cóme estás tú?*

La sonrisa se transformó a los dos segundos en un gesto de preocupación y enfado.

—Pero… *Non è possibile*… No puede ser… *Cóme que el* Blue Shadow *no ha arrivato a Santiago…?* Estará en Barcelona, ¿no?

Mientras escuchaba las respuestas de su interlocutor, empezó a dar grandes chupadas al puro, echando más humo que una antigua locomotora de carbón.

—¿¡Que se ha estrellado!? *Merda!* ¿Estás *sicuro?* ¿En la zona de Bujaruelo? *E questo* dónde está?

Ahora, aparte de chupar el puro, empezó a masticarlo como si se estuviese comiendo un regaliz.

—Colocasteis un rastreador en la carga, ¿verdad? ¡Dime que sí!

(…)

—Bien, bien. *Manda un e-mail con tutte le informazioni a la mia segretaria. Grazie mille, amico Pepe.* Adiós, adiós.

Costello colgó el auricular y permaneció mirando la pared de enfrente como si fuera la primera vez que la veía. El puro no tiraba. Lo sostuvo con el dedo pulgar y el índice y lo contempló. Lanzó contra el suelo la masa ensalivada de hebras y empezó a escupir trozos de tabaco.

—Quiero un billete en el primer avión que salga para Barcelona —le ordenó a la secretaria de nuevo en su idioma natal—. Llama a Luciano y a Bruno y que se reúnan en el aeropuerto conmigo. Saca billetes para ellos y para ti. Ponme con los chicos de Barcelona, rápido.

***

—Vendrán a buscarnos, Miguel —aseguró Ángela—. Lo único que tenemos que hacer es resistir. Un poco más…

La chica dejó en suspenso la última frase y miró a su alrededor. El viento había amainado casi por completo y la nieve caía copiosa e ingrávida sobre el lúgubre atardecer. A lo lejos, la oscuridad empezaba a derramarse por las faldas de las montañas. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y unas enormes ganas de llorar. ¿Cómo iba a soportar allí la llegada de la noche?

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los de Miguel, que la miraba fijamente, tragó saliva. Sus padres seguían inconscientes. El pequeño la había ayudado a taponarle precariamente la herida del hombro a Javier y ahora descansaba junto a Pilar, envueltos ambos en una manta térmica. A su hermano le había colocado una gasa con un esparadrapo en la barbilla y ahora se hallaba acurrucado en la otra manta con el perro. Y ella, después de un rudimentario vendaje de tobillo, seguía buscando cualquier cosa que pudiera servirles de abrigo entre las maletas, paquetes y bolsas que había sacado de la avioneta.

A pesar de las mantas térmicas, los jerséis, anoraks y otras prendas que ya se habían colocado, intuía que no serían suficientes para aguantar el frío de la noche que se avecinaba. Entre las ropas encontró su móvil y un brillo de esperanza iluminó al instante su rostro; pero la desilusión llegó igual de rápida, pues le fue imposible establecer comunicación, por más que marcaba con frenesí los contactos de su lista. Nada. No había cobertura. Tiró el teléfono dentro de la bolsa, derrotada.

Dejó de registrar en los paquetes. A través de la cortina de nieve divisó un pequeño puente curvo, que unía las dos márgenes de un

riachuelo que bajaba vivaracho de las montañas. ¿Dónde estarían? Estaba exhausta. A pesar de la venda, la pomada antiinflamatoria y los calmantes, tenía el tobillo hinchado y le dolía cada centímetro de su cuerpo. Su hermano tampoco estaba mejor; tenía el cuerpo lleno de magulladuras, además de la brecha en la barbilla. Pero se estaba comportando como si fuera mayor. Aunque apreció que los dos calmantes que le había dado y el calor que le proporcionaban el anorak y la manta empezaban a surtir un efecto positivo en su ánimo, sintió lástima por él, algo extraño en ella, tratándose de su hermano.

Cada tres o cuatro minutos se acercaba a ver cómo seguían sus padres: los tocaba, les recolocaba la ropa para mantenerlos bien abrigados dentro de lo posible y les daba un beso a cada uno. Levantó la vista al cielo y le pareció que se le caía encima; su mundo se había derrumbado aquella tarde. «Nada será igual a partir de ahora, suponiendo que salgamos de esta».

—¿Crees que les será fácil localizarnos?

La pregunta de Miguel la sacó de sus pensamientos.

—Lo harán enseguida, ya lo verás. La radio baliza del avión se pone en marcha automáticamente. Solo tienen que seguir la señal.

—¿Pero tú crees que con esta tormenta podrán…?

Ángela se encontraba de rodillas frente a unas cajas, sacando botellas de agua. Se echó el gorro del anorak hacia atrás y se limpió la frente con la bocamanga.

—Seguro que sí, Miguel —respondió—. La Guardia Civil tiene equipos especializados en rescates en alta montaña. Anda, vamos a prepararnos para pasar la noche aquí. Nos pondremos otro par de calcetines, nos taparemos con las mantas y nos colocaremos juntos para darnos calor.

La noche empezó a engullir los árboles del bosque y pronto se vieron sorprendidos por una intensa oscuridad. Ángela se inclinó sobre sus padres para arroparlos una vez más y encendió la linterna.

—¿Cómo están? —preguntó Miguel.

—Están ardiendo. Voy a intentar bajarles la fiebre —respondió, y les colocó sobre la frente un puñado de nieve envuelto en un pañuelo.

Luego le pasó el brazo por los hombros a su hermano, se cubrió la cabeza con la manta y lo apretó contra ella. Berti se abrió hueco entre los dos y dejó de temblar.

Gruesos copos seguían cayendo y coronando las copas de los árboles del bosque, hasta convertirlos en esponjosas bolas blancas. Ángela observó la cortina de nieve y al fondo los restos del avión. Todo estaba en calma, menos ella misma. Su mente era un hervidero de ideas, sin poder pararlas, sin saber qué decisiones tomar. ¿Debería hacer fuego para mitigar un poco el frío que les calaba los huesos?

Podría buscar un mechero, a lo mejor había alguno en la caja de primeros auxilios; sin embargo, no se atrevía a alejarse dos pasos en aquella oscuridad. ¿Y llevarse la linterna? No, eso tampoco… Miguel se asustaría aún más si tuviera que quedarse a oscuras. Además, los árboles estaban llenos de nieve. ¿Dónde iba a encontrar ramas secas que prendieran? Aquella no era una buena idea. ¿Y volver al avión? Allí podrían estar más resguardados del frío, aunque estuviera destrozado. Pero ¿qué estaba pensando? ¡Si precisamente habían tenido que salir de la avioneta! Se habían alejado de ella porque representaba un peligro: la mayoría de los cables rotos y colgando, el combustible derramado, aquel olor irrespirable que los intoxicaría… No, aquella tampoco era una buena idea.

Respiró hondo y el aire helado le caló hasta el fondo de los pulmones, pero no la serenó.

—Semana Santa —se dijo bisbiseando las palabras, y sus pensamientos volaron hasta Barcelona.

Las pasadas Navidades había conocido a Xavier y desde entonces habían estado saliendo juntos…

—¿Cómo que te vas a ir a Santiago de Compostela? Para nada, tía. En Semana Santa nos vamos a Cadaqués. Mis abuelos tienen allí una masía y ya he quedado con los colegas. Lo vamos a pasar de…

—No puedo, Xavi —lo interrumpió—, mis abuelos están muy mal y tengo que ir a verlos.

Había mentido como una imbécil para no contarle que tenía que volar en aquel estúpido *rally* con sus padres y su hermanito, porque Javier Basauli se había empeñado en llevar a toda la familia y, a pesar de pedirle, de suplicarle, que la dejase a ella este año en Barcelona, le había dicho rotundamente que no. «La familia es la familia. Si tú no vienes, no será lo mismo. Mi familia tiene que ir donde vaya yo.»

Levantó la vista hacia el avión y lo iluminó con la linterna mientras evocaba aquel pasado reciente. Sonrió. A pesar de las circunstancias, se alegraba de ver convertido aquel aparato en chatarra. El año próximo no habría *rally*. Luego, dirigió la luz hacia sus padres. Había colgado de unas ramas unas toallas sacadas de las maletas, haciendo una toldilla para evitar que les cayera la nieve encima. Parecían dos cadáveres recién amortajados. De aquella visión no se alegró, al contrario, se amilanó aún más. Estaba muerta de miedo y agradeció que su hermano se acurrucara en su regazo. El calor de su cuerpo le proporcionaba cierta seguridad. Notó su desazón. Para calmarse un poco y no entrar en un círculo cerrado donde ambos empezaran a llorar, desvió la luz de la linterna hacia los árboles. El viento arrancaba susurros desvaídos a las ramas. Un escalofriante y prolongado alarido le cortó el aliento.

—¡Lobos! —exclamó en voz baja, y apagó instintivamente la luz.

El perro empezó a ladrar.

Miguel se abrazó a la pierna de su hermana.

—¡Shhh! ¡Calla, Berti! —ordenó enérgicamente Ángela.

—¿Qué…, qué ha sido eso? —preguntó el chiquillo.

—Algún perro que andará por aquí —respondió, tratando de no dejar translucir el miedo cerval que le atenazaba la garganta.

Al cabo del rato volvió a encender la linterna y la movió de un lado a otro. El haz de luz taladró la neblina nocturna hasta que se detuvo entre los troncos de dos árboles. Una sombra se movía entre ellos. Aterrada, mantuvo la luz en aquella dirección.

—Allí…, allí hay algo.

—¿Dónde?

—Allí —dijo señalando con el foco.

Ángela se puso en pie y Berti salió ladrando de debajo de la manta.

Efectivamente, algo se movía entre los árboles. ¿Era un animal o solo una rama?

—¡¿Quién anda ahí?! —gritó.

No hubo respuesta.

El miedo empezó a anudársele en las tripas hasta convertirse en una fuerte punzada y un intenso escalofrío.

Ahora el ruido y el movimiento eran más evidentes.

La sombra se fue materializando poco a poco.

¡La pistola!

Estaba dentro del avión. Calculó la distancia: demasiado lejos.

Buscó algo para defenderse entre aquel galimatías de prendas y objetos esparcido delante de ella.

Algo contundente.

Nada.

Finalmente, muerta de miedo, optó por agacharse al lado de sus padres y abrazar a su hermano.

Berti seguía ladrando desaforadamente.

***

Espinosa salió de la casa del radioaficionado y se metió de un salto en el vehículo.

—Vamos al refugio San Nicolás de Bujaruelo —ordenó al conductor y se abrochó el cinturón de seguridad.

Le hubiese pedido que acelerara, pero con la nevada que estaba cayendo era imposible ir más rápido. La carretera discurría entre árboles, siguiendo los mean-dros del río Ara, que ahora bajaba torrencialmente, formando curvas imposibles. Al paso por la ermita de

San Antón se abrió un claro en el bosque y distinguió las luces del camping a un lado y las del Parador a otro. Un poco más adelante, atravesaron el Puente de los Navarros y volvieron a sumirse en un camino llenó de curvas donde la nieve se había convertido en un barrizal negruzco que obligaba al conductor a poner toda su atención en la carretera. A ambos lados se levantaban grandes neveros que parecían dispuestos a engullir al todoterreno de un momento a otro.

Espinosa se arrellanó en el asiento, cerró los ojos y pensó en la muchacha que le había pedido auxilio llorando. Por la voz, la imaginó joven, muy joven, poco más que una niña. Lo enervaba lo previsible de la situación. La sensación de encontrarse frente a algo irremediable y nada apetecible. Era como esas películas en las que la chica no sabe lo que va a encontrarse tras la puerta pero, por el tono alargado de la música de violines y trompetas, deduces de antemano que no será nada bueno. Abrió los ojos y miró al frente. Los faros del coche continuaban abriéndose paso entre la ventisca y alumbrando furtivamente los troncos de un bosque de abetos. De cuando en cuando partía un carril hacia el interior, posiblemente hacia algún caserío abandonado, de los muchos que existían en aquel valle perdido de la mano de Dios. Pese a la prudencia en la conducción, el vehículo zigzagueaba continuamente.

—Ya hemos llegado —dijo el conductor con alivio.

Espinosa se enderezó. El camino se elevaba y en lo alto se divisaban los muros de piedra del refugio. Enseguida se percató de los dos todoterrenos de la Unidad de Rescate de la Junta Aragonesa aparcados en la puerta y respiró un poco más tranquilo.

Se apeó del vehículo y se adentró en el refugio. Allí estaban Patxi y cuatro hombres fornidos de aspecto rudo. Eran personas voluntarias, conocían la montaña mejor que el salón de su casa y, a veces, se jugaban la vida por salvar a algún dominguero descerebrado que se había adentrado en la sierra sin conocerla.

Después de un corto saludo, Patxi lo llevó hasta un salón espartano. El mobiliario lo componían una mesa tosca de madera con banquetas alrededor, un tresillo de tela negra frente a una enorme chimenea y un pequeño aparador. En la pared del fondo había colgado un detallado mapa de la zona.

—Si las coordenadas del radioaficionado son ciertas, la avioneta tiene que estar por aquí —dijo el jefe del equipo de salvamento, señalando el valle de Bujaruelo en el Pirineo oscense—. Pero con este temporal es imposible entrar en esa parte del valle. La carretera lleva cortada dos días y escalar la zona sur del valle es un suicidio.

Espinosa se acercó y estudió con detenimiento el mapa. Se retiró atusándose la barbilla y dio un par de paseos por el salón.

—Llevas razón; hasta que no amaine el temporal, va a ser muy

difícil llegar hasta ellos. Pero algo tendremos que hacer. He conseguido hablar con una joven que estaba desesperada. Al parecer, se han salvado todos, aunque hay dos heridos graves. No podemos permitir que mueran ahí arriba congelados. Mis hombres vienen de camino, llegarán de un momento a otro.

—Capitán, con esta tormenta es muy arriesgado. Por el sitio más seguro tardaremos una eternidad en llegar allí a través de la montaña —aseguró uno de los hombres de la Unidad de Rescate.

—Hay una forma de socorrerlos hasta que podamos acceder al valle —aseguró Espinosa.

Los cinco montañeros permanecieron expectantes. El guardia civil los miró uno a uno y terminó aclarando:

—Por el aire.

—Está loco, con esta tormenta no hay avión ni helicóptero que despegue.

—No si lo hacemos desde aquí; pero, si despegamos de otro sitio, sí que se puede…

—¿Y luego qué? ¿Acaso cree que algún piloto podría estar tan loco como para meter su avión en este berenjenal?

—Estoy pensando en sobrevolar la tormenta y dejar caer a un hombre desde arriba.

—¿Un paracaidista? Es imposible…

—Hay unos especialistas en el Ejército del Aire que saltan por encima de los ocho mil con botellas de oxigeno.

Capítulo seis

La sombra fue acercándose, exhalando vapor, y se detuvo un poco antes de llegar, para contemplar los restos del avión. Luego, siguió caminando con dificultad a causa de la nieve hasta situarse a unos metros de ellos.

El perro se había metido debajo de la manta y, aunque continuaba ladrando, no asomaba la cabeza. Ángela ya ni respiraba. Sin dejar de enfocar la linterna, trató ponerse de pie, pero Miguel le clavaba las uñas en una pierna y la tenía sujeta por la cintura, con tanta fuerza, que iba a partirla en dos. Ambos temblaban como un plato de natillas sobre una centrifugadora.

El aspecto del recién llegado era terrorífico. Venía envuelto en pieles de cordero, con un pasamontañas que solo dejaba al aire la boca y los ojos y un cayado en la mano derecha.

—Buenas noches tengan ustedes —saludó la sombra.

—¿Quién…, quién es usted? —preguntó Ángela alumbrándole la cara—. ¿De…, de dónde ha salido?

—Me llamo Rogelio, y vivo ahí, un poco más arriba. He visto caerse el aparato ese mientras recogía algo de leña —respondió al tiempo que señalaba con el cayado.

Por el timbre de la voz parecía un hombre mayor.

—¿Dónde estamos? ¿Hay algún pueblo cerca?

—¿Pueblo? ¡Quiá! Aquí no vive nadie nada más que un servidor.

—¿Dónde está su casa?

—No, no tengo casa —negó, y se agachó para acariciar a Berti, que había salido de debajo de la manta y no paraba de ladrar—. Es una cueva donde nos resguardamos las ovejas y yo en invierno. Al menos se está más calentito que aquí. Venga, vámonos arriba o se van a quedar patitiesos. Dentro de unas horas no habrá quien esté aquí sin congelarse.

El perro se dejó acariciar. Ya no ladraba. Se limitaba a olisquear al recién llegado mientras este la pasaba la mano por la cabeza y el lomo.

—No podemos movernos —repuso Ángela—. Van a venir a buscarnos y…

El recién llegado se deshizo del pasamontañas y Ángela le enfocó el rostro. Era un hombre maduro de cara rectangular y piel cuarteada

por el frío que bien podía tener lo mismo treinta que sesenta años. Enseguida desvió la mirada esquinándola hacia el bosque.

—Mire —dijo lleno de timidez—, hoy el viento entra *colao* por entre los dos picos del valle y la nubarrada está muy espesa. Cuando eso ocurre, según mis entendederas, hay nieve para días. No espere usted a nadie hasta que se vaya el temporal. Y aquí no pueden quedarse. A medianoche hasta los pensamientos se hielan en este agujero. Y los lobos andan hoy envalentonados, así que ustedes verán. Yo tengo que volver; mi perro está al cuidado de las ovejas, pero no me fío de los lobos.

Ángela miró a sus padres, a su hermano y, por último, levantó la vista al cielo. El pastor llevaba razón. La noche acababa de empezar. Si se quedaban, podrían morir congelados. Y con aquel temporal no creía que nadie se arriesgara a llegar hasta allí. Por otro lado, si los servicios de rescate consiguieran llegar, seguro que los buscarían en otro sitio al ver que no estaban allí.

—Está bien —aceptó—, ¿está muy lejos su cueva?

—No mucho, está cerca. Allá arriba, en mitad del repecho.

—¿En el repecho? Tenemos que llevarnos a mis padres que están…

El pastor se rascó la coronilla.

—Va a ser difícil llevarnos a los dos, pero tenemos que intentarlo. Si dejamos uno aquí mientras llevamos al otro, los lobos se lo comerán. Ya deben de haber olido la sangre esta —aseguró, indicando con el cayado la mancha pardusca que había en la nieve—. Voy a preparar una angarilla —concluyó y se dirigió resuelto al bosque.

La chica enfocó a sus padres con la linterna. En ese momento Pilar movió la cabeza y Ángela corrió a su lado.

—Mamá, mamá, por favor, despierta, mamá.

—Án… Ángela. ¿Qué…, qué…?

Miguel corrió a arrodillarse al otro lado.

—Bebe un poco de agua, mamá. Hay un pastor que va a ayudarnos. Por favor…

Pilar tenía la mirada ausente y el rostro apagado. Parpadeó unas cuantas veces, bebió unos sorbos de la botella que su hija le había colocado en la boca y se incorporó poco a poco, hasta quedar sentada. Primero contempló a Ángela y luego le pasó la mano por la cara a Miguel. El chico se abrazó a ella y la besó. Pilar se resintió de la clavícula, pero se irguió enseguida, como si de pronto hubiera recuperado toda su energía, y su rostro empezó a llenarse de vida.

—¿Estáis bien? ¿Y papá?

El pastor regresaba, arrastrando dos ramas largas y gruesas.

—Este es el hombre que nos va a ayudar, mamá. Vive cerca de aquí. ¿Puedes andar?

Pilar observó unos segundos a su hija y movió la cabeza en sentido afirmativo.

Mientras Ángela le pormenorizaba el contacto por radio con los Servicios de Emergencias, el pastor preparaba una camilla con las ramas y una manta y arrastraba a su padre hasta colocarlo encima de la improvisada parihuela. Con las correas que utilizaba para sujetarse las pieles de cordero al cuerpo, había preparado tres tiros como los que usan las caballerías para tirar de los carros y se había colocado delante, echándose uno de ellos al hombro.

Después de recoger algunas prendas, el botiquín y varias botellas de agua, empezaron la penosa subida entre un bosque interminable de abetos y hayas.

El pastor iba delante tirando de la correa central, Ángela de la derecha, con Berti bajo el brazo, y el niño tiraba de la izquierda. Pilar caminaba detrás de la camilla con la vista puesta en el rastro que dejaba la parihuela, tratando de no pensar en los dolores que le laceraban la espalda y el hombro derecho.

Aunque los tres se esforzaban dentro de sus posibilidades, la pendiente se hacía cada vez más pronunciada y costaba arrastrar la camilla por la nieve recién caída.

Ángela intentaba no pensar en el dolor que le producía el tobillo cada vez que lo apoyaba. Observó al pastor. Avanzaba inclinado hacia delante entre la oscuridad del bosque, con toda naturalidad. ¿Qué hacía una persona en aquel inhóspito lugar? ¿Cómo no vivía en un pueblo rodeado de gente? Sabía que había pastores que guardaban ovejas, pero nunca se imaginó a nadie perdido en aquellas montañas. ¿Vivía en una cueva? Siempre pensó que aquello pertenecía al pasado, a la época de la dictadura. Su abuelo le había contado que los zagales, hijos de trabajadores, eran explotados por los señores y ni siquiera les pagaban. Eran considerados como una propiedad y los utilizaban a su antojo para realizar distintas labores en el campo o en los caseríos; a muchos de ellos los echaban al monte y vivían allí toda su vida.

Un rato más tarde empezó a notar que el frío la taladraba de parte a parte.

De repente, nuevos aullidos rompieron la noche, seguidos de otros en distintos puntos. El pastor se detuvo y Ángela encendió la linterna.

—¡Apague eso, apáguelo! No tentemos a la suerte. Tenemos que llegar a la cueva cuanto antes y avivar el fuego. Allí no se acercarán.

Miguel empezó a llorar.

—Mamaaá.

Ángela se giró y vio la sombra de su madre clavada de rodillas en la nieve. Corrió hacia ella; tenía la barbilla pegada al pecho y respiraba con dificultad. Enseguida llegaron el pastor y Miguel.

—Tenemos que seguir, señora, tenemos que seguir —dijo atropelladamente y levantó la cabeza para mirar por encima del hombro de Pilar—. Los lobos están cerca. Puedo oírlos merodear alrededor de nosotros. Están siguiendo el rastro de sangre que vamos dejando. Tenemos que seguir. No podemos quedarnos aquí.

—Mamá, ¿puedes…?

Pilar ahogó un «sí» apenas perceptible y movió la cabeza.

—Apóyese en mí, señora —se ofreció el hombre, y cuando se levantó, la sujetó de la cintura.

—Miguel, ven conmigo —le susurró Ángela.

El niño miró un momento a su madre, que empezaba a andar ayudada por el pastor, y se arrimó a su hermana.

—Estoy cansado y tengo mucho frío, Ángela; y me duele la cabeza —se quejó.

—Ya queda muy poco, enseguida llegaremos. Ya verás como pronto estarás calentito. Ahora no pienses en ello ¿vale? Anda, ponte en tu sitio y tira de la correa.

El pastor se giró y gritó:

—Tenemos que aguantar. Ya queda muy poco, unos cien metros.

Ángela vio cómo daba media vuelta, se echaba la correa al hombro, sujetaba a su madre de la cintura y tiraba.

—Cien metros —se dijo y buscó la cueva con la mirada mientras empezaba otra vez el arrastre de la camilla.

¿Cómo podía estar seguro de que solo faltaban cien metros si con la nevada que estaba cayendo no se veía a un palmo por delante de ellos? ¿Cómo podía orientarse en aquella siniestra oscuridad?

***

El capitán de la Guardia Civil Romualdo Espinosa llamó al comandante del SAR encargado de coordinar el salvamento.

—He conseguido hablar con uno de los supervivientes —le comentó—, una chica. Al parecer no hay ningún muerto, pero sí un par de heridos graves.

—Bien, en cuanto pase la tormenta, mandaré un helicóptero del SAR para…

—No, no podemos esperar tanto. ¿Ha visto el parte meteorológico? Varios frentes van a cruzar el norte de la Península, lo que significa que en dos o tres días no podrá aterrizar allí ni un abejorro.

Hubo un prolongado silencio.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó el jefe del SAR.

—Mandar a un paracaidista —respondió Espinosa.

Se deslizó otro silencio hasta que tomó la palabra el jefe del Servicio de Rescate.

—Sí —afirmó—, cabe la posibilidad de enviar un avión CN-235 y que un PJ con curso HALO salte con oxígeno por encima de los ocho mil.

Espinosa respiró aliviado. Sabía de lo que le estaban hablando: un PJ *(Para Jumper)* era un especialista en rescates perteneciente al escuadrón de Zapadores Paracaidistas del Ejército del Aire y el curso HALO *(High Altitude Low Opening)* significaba que estaba preparado para cotas altas y apertura del paracaídas a menos de mil metros. Justo lo que necesitaba, alguien que saltara por encima de las nubes y abriese el paracaídas una vez sobrepasadas.

—Mi comandante, me parece que esa es la solución ideal —respondió Espinosa—. ¿Cree que mañana a primera hora podríamos lanzar a un hombre sobre la zona?

—No tan deprisa, capitán, no tan deprisa. La cosa no es nada fácil. Estamos en Semana Santa…, hay gente de permiso…, son las diez de la noche…

—Mi comandante, allí hay personas que están muy mal… Y niños… En el valle de Bujaruelo la temperatura, de noche, puede llegar a muchos grados bajo cero. Si no acudimos pronto en su ayuda, morirán a causa de las heridas o congelados —señaló Espinosa con rotundidad.

Otro eterno silencio…

—Bien, capitán, cuente con ese PJ, así tenga que buscarlo hasta debajo de las piedras. Mañana al amanecer lo tendrá usted sobre Bujaruelo.

—Gracias, mi comandante.

Capítulo siete

Para Ángela, el último tramo hasta la cueva del pastor se estaba convirtiendo en los cien metros más largos de su vida. Apenas podía respirar. El aire helado entraba en sus pulmones y se los achicharraba como si estuviese respirando agua hirviendo. Berti temblaba y gemía, aunque lo llevaba bajo el brazo para darle todo el calor posible. De vez en cuando, miraba de reojo a Miguel, que tiraba de la correa sin rechistar, con la vista clavada en el suelo, colocando un pie tras otro mientras la improvisada camilla ascendía poco a poco. Y su madre también aguantaba sin desfallecer ayudada por el pastor. Por tanto, tampoco ella podía rendirse, tenía que seguir.

Levantó la cabeza. ¿Dónde demonios estaba la maldita cueva? Delante solo había nieve: una cortina de copos blancos que caían ingrávidos y no dejaban ver más allá de los ocho o diez metros. Entre los árboles pudo distinguir a la derecha una pequeña colina nevada y oscura. Le pareció que algo se movía. ¡Los lobos! ¡Los lobos acechaban ocultos entre la maleza del bosque! El perro también debió de detectar algo, porque gruñó un par de veces y levantó las orejas. La mano invisible del pánico volvió a retorcerle las tripas. Estuvo a punto de chillar para llamar la atención del pastor, pero se tragó el miedo. «Dicen que los animales notan cuándo las personas tienen miedo.» Una senda custodiada por abetos y maleza apareció a su derecha. El pastor enfiló el sendero y solo entonces tuvo la certeza de que la cueva estaba cerca.

No se equivocó. Al poco se oyeron los ladridos nerviosos de un perro y algunos metros más arriba apareció la gruta: un boquete de dos metros de ancho y un metro y medio de altura, situado en mitad de la falda de la montaña. La entrada estaba cerrada con una cancela rudimentaria de madera y alambre de espino. El perro, un *border collie*, se desgañitaba ladrando con las patas delanteras puestas sobre el último palo de la cancela. El pastor soltó un agudo chiflido y el perro dejó inmediatamente de ladrar. Berti hizo un intento de responder a los ladridos, pero se conformó con un pequeño gruñido ante la presencia de aquel perrazo.

Aquellos últimos metros fueron los peores. Había que salvar un pequeño terraplén hasta una plataforma de piedra situada a diez metros de altura frente a la entrada de la cueva y, cuando consiguieron meter camilla, cayó al suelo derrumbada. Estaba

exhausta. Miguel tiritaba de frío y le castañeteaban los dientes y su madre también había caído rendida. Sin embargo, el pastor parecía que llegaba de dar un paseo: se frotó las manos, pateó el suelo para deshacerse de la nieve que traía pegada al cuerpo y tomó dos gruesos leños del montón apilado al lado de la entrada. Se acercó a una hoguera moribunda que humeaba en el centro y la removió con el pie. Enseguida salió un vigoroso chisporroteo hacia un agujero de treinta centímetros que había en el techo de la gruta a modo de chimenea. Echó los troncos y extendió los brazos con las manos abiertas. Cuando el fuego tomó consistencia, se deshizo de las pieles. Debajo llevaba un grueso jersey granate de lana trenzada formando cadenetas, con el bajo irregular, y un pantalón de pana amarillento, bastante desgastado y tan ajustado a las entrepiernas, que le obligaba a moverse como un astronauta.

Rogelio era de estatura media, tenía los ojos hundidos bajo una amplia y despejada frente y le faltaban unas cuantas piezas dentales. Después de entrar en calor, encendió una pequeña lámpara de butano, que enseguida iluminó el recinto, buscó un caldero, vertió agua de una tinaja y lo colocó al fuego.

El lugar se iba impregnando poco a poco de un calor agradable y ellos comenzaron también a reaccionar; Berti parecía haber sido aceptado por el enorme perro, que había entendido que la recién llegada diminuta bola de pelo blanco no suponía ninguna amenaza para él, y se limitaba a seguirlo olisqueándolo, mientras este andaba de aquí para allá con el rabo entre las patas.

Ángela se acercó al fuego. Miguel se aproximó tímidamente y se abrazó a su pierna. Estaba muy asustado. Lo notaba por la presión que ejercía sobre sus muslos.

—¿Tienes frío? —le preguntó y le acarició el cabello.

—¿Papá se ha muerto? —preguntó él ausente. Ella se agachó a su lado.

—No, no se ha muerto ni se va a morir nadie. Anda, siéntate aquí conmigo.

A la luz de la lámpara, Ángela recorrió despacio el refugio con la vista. El interior de la cueva era acogedor, pero el hedor era insoportable. Al fondo estaban las ovejas, separadas por una empalizada de rodrigones retorcidos. En uno de los laterales había un camastro con varias pieles de cordero y en el lado opuesto, colgados de una cuerda a una considerable altura, varios hatillos de manzanilla, romero y otras hierbas, unos cuantos chorizos, un buen trozo de tocino salado, un par de ristras de ajos y pimientos rojos secos. Justo a su lado, en una alacena excavada en la roca, vio media docena de orzas de barro y varios tarros de cristal con legumbres, azúcar, sal, harina y tomates envasados de forma artesanal. Mientras ella realizaba

el recorrido visual, el pastor se había agachado al lado de su padre y le limpiaba la herida con agua caliente. Miguel intentó acercarse, pero lo retuvo a su lado, para dejarle al hombre espacio.

Cuando terminó, ambos hermanos se aproximaron. El pastor le había colocado una nueva venda que había sacado del botiquín y el herido respiraba con normalidad. Sin embargo, Pilar tenía el aspecto de un cadáver recién salido de la tumba.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Ángela mientras Miguel se abrazaba a ella.

Pilar no respondió de inmediato. Acarició suavemente el rostro de su hija, abrazó a Miguel y le besó el cabello.

—Estoy bien, mi niña —dijo por fin—. Se me parte el corazón al pensar en lo que nos podría haber ocurrido…

Pilar dejó de hablar. Tenía los ojos y la garganta empapados de lágrimas. Luego inclinó la cabeza a un lado y volvió a perder la conciencia.

—Mamá…

***

Un Airbus A380 procedente de Milán aterrizó en el aeropuerto del Prat. Giovanni Costello y sus acompañantes destacaban entre el pasaje. Él caminaba delante: bajo, carnoso, mofletudo, con todas las grasas enrolladas en la cintura… Lo hacía con paso vivo, enjugándose continuamente el sudor de la frente con un pañuelo blanco y masticando un puro apagado en la boca. Lo seguían Bruno y Luciano, dos de sus hombres de confianza. Ambos medían por encima del metro ochenta, eran mal encarados y vestían traje oscuro y sombrero. El primero tenía la mirada seca y ceñuda, y el rostro marcado por la viruela; el otro, de nariz estrecha y abombada, ocultaba sus ojos tras unas gafas oscuras. Rosanna los seguía a duras penas, corveteando el trasero y moviendo al compás la ensortijada melena negra. En una mano llevaba un maletín y en la otra un puñado de papeles pegados al pecho. En la salida los esperaba un Mercedes negro, que partió a toda velocidad.

Giovanni sacó el móvil del bolsillo y marcó un número. Mientras esperaba la contestación, se enjugó la frente por enésima vez y masticó con exagerado nerviosismo el puro.

—Ya…, ya hemos llegado, don Giuseppe. Ahora vamos… Pero…, pero quién iba a pensar que el avión se…. Lo sé, lo sé. Sí, sí…, conozco al polaco y también he oído hablar de los rusos esos…. Les encargaré a ellos la misión y… Lo sé, lo sé… Sí, me ocuparé de ello personalmente. Yo…

Giovanni Costello mantuvo el teléfono pegado a la oreja, esperando alguna palabra más de su interlocutor, pero un pitido le anunció que ya había colgado. Cuando lo guardó en el bolsillo estaba blanco como un cadáver y chorreando sudor; el puro era ya un amasijo vegetal en su boca.

Nadie dijo nada, aunque todos sabían que el cuello de Giovanni Costello pendía de un hilo y que el jefe principal de la mafia calabresa estaba dispuesto a cortarlo.

—Al puerto —ordenó al chófer.

Media hora más tarde, el Mercedes tomaba la Gran Vía; pasando de largo la plaza de Cataluña, bajaba por las Ramblas y se detenía a pocos metros de un tugurio del puerto. Giovanni tomó los papeles que la chica aún apretaba en la mano, se los guardó arrugados en el bolsillo lateral de la chaqueta y se apeó del vehículo. Escupió el revoltillo que rumiaba y encendió otro puro.

—Tú quédate con Rosanna —dijo señalando a Luciano—. Bruno, trae el maletín y acompáñame.

El bar estaba a rebosar. Era un garito de luces tenues que olía a serrín húmedo y a sudor, decorado como los bares de las películas del Oeste americano. Si se prestaba atención, se podía oír entre el murmullo la música *country* que salía de los altavoces situados en los extremos de la barra, aunque los clientes estaban mucho más interesados en las camareras en *shorts* y tocadas con sombreros de ala ancha que iban y venían entre las mesas sirviendo cervezas.

Giovanni y su guardaespaldas se adentraron, abrién-dose paso entre la gente y la espesa neblina azulona que flotaba en el ambiente, hasta una puerta del fondo. El italiano la abrió de golpe. Los cuatro hombres que jugaban a las cartas se pusieron de pie inmediatamente. Dos de ellos echaron mano a la pistola que llevaban al cinto. Bruno los imitó.

—¡Don Giovanni! —exclamó el de más edad y soltó las cartas sobre la mesa.

Los pistoleros relajaron la tensión cuando observaron a su compañero de partida acercarse sonriente al recién llegado y darle un abrazo. No así la camarera que acababa de aparecer por una puerta lateral. La chica, alta, de cara redonda y pechos voluminosos, dejó caer la bandeja con las bebidas y se quedó paralizada al ver las pistolas.

—No pasa nada, no pasa nada, son amigos —dijo el que había abrazado a Giovanni, e invitó a la camarera a que se marchara con un movimiento lateral de la cabeza.

—¿Cómo no me has avisado…?

—No tenemos tiempo, Józef.

Józef era polaco. Rondaría los cincuenta. Bajo, delgaducho y con el rostro macilento. Tenía los pómulos hundidos y los ojos marchitos. Su mirada se mostraba huidiza y le temblaban las manos debido a su inseguridad y a la ingesta excesiva de alcohol y drogas.

—Tú me dirás qué puedo hacer por ti —dijo arrastrando un poco las palabras.

—Don Giuseppe me ha pedido…

Al oír aquel nombre, el polaco se puso tenso.

—… que te encargues de recuperar una caja de un avión que se ha estrellado en los Pirineos…

Giovanni levantó el brazo y Bruno le entregó el maletín.

—Aquí está la mitad del pago: ciento cincuenta mil. Cuando entregues la caja, recibirás la otra mitad.

Józef abrió el maletín: dentro había fajos de billetes de cincuenta euros y un aparato negro.

—Es el localizador —aclaró Giovanni—. En cuanto estéis en la zona, os guiará hasta el objetivo que se encuentra en la cola del avión. Simula una caja de fusibles sellada. Os será fácil reconocerla, está marcada con un letrero en rojo: «DO NOT OPEN».

El polaco cerró el maletín, dedicó una intensa mirada a Giovanni y retomó la palabra:

—Parece un trabajo fácil, pero aquí hay mucho dinero…¿Dónde está el truco?

—No es un trabajo fácil. La televisión española ya ha dado la noticia del accidente aéreo —Giovanni sacó los papeles arrugados del bolsillo de la chaqueta—. Aquí está toda la información que me han mandado de Galicia. Como comprobarás, hay supervivientes y niños de por medio. Toda España estará pendiente del rescate. Por suerte, el mal tiempo juega a nuestro favor. Una tormenta de nieve impide a los equipos de salvamento acercarse a la zona. Solo gente muy experta podría…

—Muy bien —le interrumpió el polaco, sin preguntar por el contenido de la caja—, preséntale mis respetos a Don Giuseppe y dile que mañana tendrá su caja aquí, que lo dé por seguro. Ellos se encargarán de recuperarla —concluyó, señalando a los tres individuos apostados de pie al fondo de la sala.

Giovanni los observó detenidamente. El que estaba a la derecha era un gigantón pelirrojo y barbilampiño que mantenía los brazos cruzados a la altura del pecho. Lo miraba con descaro desde dos ranuras abiertas bajo las cejas y apretaba continuamente las mandíbulas, como queriendo suavizar su agresividad. El parecido de los otros dos era, cuanto menos, inquietante: rubios, ojos claros, un poco más bajos que su compañero y rostros como esculpidos en

mármol. Pero el brillo exagerado de los ojos, las pupilas dilatadas y las miradas ausentes preocupó al italiano.

—No estarán…

—Tranquilo, llevarán a cabo su trabajo. Confía en mí. Ellos son capaces de atravesar cualquier tormenta. En el Ejército ruso se entrenaban a veinte grados bajo cero, así que la nieve de los Pirineos será para ellos como un paseo por el parque. Se llaman Nikolay —dijo señalando al hombretón— y los gemelos Anatoly y Andrey.

A pesar del aspecto fiero de aquellos hombres, Giovanni no terminaba de convencerse. Nikolay había empezado a levantarse sobre las punteras de sus zapatos, en una especie de vaivén, y los gemelos mostraban una inestabilidad nada deseable para llevar a cabo con éxito la misión de recuperar una mercancía que valía diez millones de euros.

—¿Estás seguro de…?

—Tranquilo, Giovanni, los saqué de un gulag ruso y te aseguro que harán lo que yo les pida. Ten confianza. Cumplirán la misión.

Capítulo ocho

A las cinco y media de la mañana sonó el teléfono móvil del capitán Espinosa; lo descolgó al segundo timbrazo.

Su equipo había llegado a medianoche: seis guardias civiles bien pertrechados con material de esquí-escalada y todo lo necesario para el rescate. Se habían quedado a dormir en el refugio de Bujaruelo, junto con Patxi y los suyos. Pero él no había podido pegar ojo en toda la noche. En cuanto se tumbó en la cama, la voz de aquella niña pidiendo socorro desesperadamente se le había incrustado en el cerebro y no había dejado de torturarle, hasta que a las cuatro decidió levantarse y calentarse un poco de café en la cocina del refugio. Si el comandante jefe del SAR no encontraba a ningún paracaidista que pudiese saltar sobre el valle, tendrían que intentar entrar ellos. De ninguna forma iba a permitir que los miembros de aquella familia muriesen en la montaña después de haberlos localizado y saber que estaban vivos. Cuando sonó el teléfono, se encontraba tomando la tercera taza de café mientras estudiaba el plano de la zona.

—Capitán Espinosa, dígame.

—Buenos días, Espinosa…

El corazón del guardia civil se aceleró. Era el comandante jefe del SAR el que estaba al otro lado del teléfono.

—El CN-235 ha despegado de Getafe a las 4 a.m. A las 6:02 amanece, así que tendrás al paracaidista en el aire a las 6:15. El PJ lleva un equipo de telefonía para comunicarse vía satélite, y un equipo para localizar la baliza del avión. Tiene orden de ponerse en contacto con vosotros en cuanto pise tierra. Su indicativo es «Cóndor»; el tuyo, «Águila Verde», y el nuestro, el del SAR, «Nido Azul».

—Muchas gracias, mi comandante. Despertaré al equipo y estaremos atentos a cualquier anomalía. ¿Sabe usted si hay algún cambio en las predicciones meteorológicas?

—Me temo que para peor. Cabía una posibilidad de que el anticiclón que se mueve por el norte de África se desplazara hacia la Península y empujara esta borrasca hacia el norte de Europa, pero ya no podemos contar con eso.

—¿Algo más?

—Sí. El paracaidista es un sargento de veintidós años de edad.

—Demasiado joven, ¿no?

—Lo sé, lo sé. No he encontrado a otro. Me hubiese gustado mandarte a un veterano para una misión como esta, pero no ha podido ser. De todas formas, he leído el expediente del sargento Romero y es un buen elemento: primeraco de su promoción, operaciones especiales, habla dos idiomas y no sé cuántas cosas más. Salió sargento de la academia de León con veinte años y hace solo seis meses que realizó el curso HALO.

—Me conformo con que pueda socorrer a las víctimas hasta que lleguemos nosotros.

Espinosa se despidió del comandante y miró su reloj de pulsera: las seis menos cuarto. Dentro de media hora saltaría el paracaidista. Con pasos lentos se dirigió hacia la ventana con la taza de café en la mano. El tiempo no mejoraba. La nieve seguía cayendo con fuerza, cubriéndolo todo con su manto inmaculado. Bebió un buche de café. ¿Habría sobrevivido la familia a las bajas temperaturas de aquella noche glacial? La mano que pretendía llevarse la taza a la boca para tomar un segundo sorbo se detuvo a mitad de camino… Volvió a palpitar la voz de la joven en su cerebro: «Tienen que darse prisa, aquí las condiciones son muy duras. Ha… hace frío, mucho…frío. Hemos tenido que abandonar el avión debido a un escape de combustible. Por favor, ayúdennos…».

***

De madrugada, un todoterreno de color oscuro había llegado a Torla y se había adentrado en sus calles desiertas casi al ralentí, como si quisiera pasar desapercibido. Con la nieve crujiendo bajo sus neumáticos claveteados y rodando lentamente, había atravesado el pueblo buscando la carretera de Ordesa.

Un poco más adelante, el sofisticado equipo de GPS colocado sobre el salpicadero le avisó de que debía dejar la carretera por la derecha y adentrarse en el bosque, siguiendo un sinuoso camino hasta que se interrumpió bruscamente.

—Hasta aquí podemos seguir —dijo Józef, el polaco, y entregó al que iba a su derecha un mapa, el equipo de localización y un teléfono de grandes dimensiones—. Ahora solo tenéis que seguir la señal hasta el maldito avión. Utilizad este teléfono vía satélite para comunicaros conmigo. Sea como sea, debéis recuperar la caja del avión lo antes posible. En cuanto amanezca, se pondrán en marcha los grupos de rescate.

—¿Qué hacemos si hay supervivientes?

—¡No hay supervivientes! ¿Entendido? ¡No va a haber supervivientes! Nadie debe saber que habéis estado allí, así que no

utilicéis las armas ni dejéis en el avión señales de vuestra presencia. ¡No me falléis!

Nadie respondió. Los tres, equipados con ropa para la nieve de color blanco, se bajaron del coche con las capuchas de las parcas levantadas, sacaron de la parte trasera unas mochilas y tres pares de esquíes y se perdieron entre la ventisca.

Capítulo nueve

Ángela estaba despierta, pero no se atrevía a abrir los ojos. ¿Dónde se encontraba? Sus pensamientos corrían entre nieblas. Notó la dureza de la cama y el pestilente olor de la piel que la cubría… De repente, empezaron a fluir imágenes luchando por colocarse delante en el *collage* de su cerebro: el accidente del avión, sus padres, Miguel, los lobos, el pastor… Se incorporó de un salto, inquieta. La tenue luz del amanecer comenzaba a iluminar la cueva. Vio que Miguel y sus padres dormían a su lado y respiraban con normalidad. Se sintió más tranquila. El pastor estaba acuclillado delante de la hoguera, cocinando algo que olía muy bien, y Berti, cerca de la entrada, jugueteaba dando vueltas alrededor del perro del pastor, que soportaba resignado el acoso del lanudo y joven visitante.

Se levantó y movió el tobillo. Apenas le dolía. Observó otra vez a su familia durante unos segundos y se acercó a la hoguera.

—Buenos días —saludó casi en un susurro.

—Buenos días, señorita —respondió el pastor, sin dejar de remover el guiso—. No se preocupe, sus padres están bien. Él ha tenido un poco de calentura esta noche, pero le hice una tisana de lavanda, caléndula y borraja y enseguida se le pasó.

—¿Ha estado usted despierto toda la noche?

El pastor se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Mu…, muchas gracias por…, por todo lo que está haciendo. Mi padre sabrá compensarle…

El pastor dejó de remover el guiso y la miró frunciendo el ceño.

Ella enseguida se dio cuenta de que había metido la pata y trató de remediarlo.

—Huele muy bien, ¿qué es?

Hubo unos segundos de silencio hasta que finalmente respondió el pastor:

—Caldereta de cordero. Tome, pruebe.

Ángela aceptó el cazo con un poco de caldo que le entregaba el pastor. Después de soplar varias veces, se lo llevó a los labios. El líquido inundó su paladar de sabores a todas las hierbas del campo.

—Esto está… muy bueno.

—Ya veo que tiene usted hambre. Eso está bien. Cuando se tiene hambre, es señal de que la cosa marcha. Voy a prepararle algo.

Unos minutos después el pastor le ponía en el suelo un vaso de leche y un plato de zinc con dos rebanadas de pan con la mantequilla ya untada, queso y un puñado de higos.

—¿Hay algún pueblo cerca de aquí? —preguntó mientras mordía una rebanada.

El pastor sacó una bolsita de tela, extrajo un librillo de papel de fumar y lio un cigarro de picadura.

—Sí, a un par de horas andando —respondió y encendió el cigarro con un mechero de yesca.

—¿Cree usted que podremos bajar…?

—No —la interrumpió el pastor—. Con este tiempo, hay que estar muy chalado para eso. Hoy tenía que haber bajado yo al pueblo a por aceite, pero me ha pillado el nevazo…

—¿Y… y esto va a durar mucho?

—Échele uno o dos días más.

Ángela miró a su padre. ¿Aguantaría dos días más? «Si no se puede salir de aquí, tampoco se podrá entrar… ¿Cómo van a llegar los servicios de emergencia?», pensó.

Ángela trató de apartar aquellos negros pensamientos de su cabeza.

—¿Vive usted solo aquí arriba?

—Sí.

—¿Y no se aburre?

El pastor le dio varias caladas seguidas al cigarro y lo dejó en un hueco de la roca del suelo.

—Llevo mucho tiempo aquí, ya me he acostumbrado. Además, no estoy tan solo. Tengo a mi perro, las ovejas; también están los pájaros, los árboles, los montes… Aquí tengo lo que necesito.

—¿No le gustaría vivir en el pueblo o en una ciudad?

—Una vez bajé a Huesca. Pero me dan miedo las ciudades. Eso de tanta gente *arrebujá…,* sin conocerse nadie… No me gusta, no —remachó moviendo la cabeza en sentido negativo.

—¿Nunca ha tenido familia?

El pastor negó con la cabeza. Su mirada huyó momentáneamente, como avergonzada, hacia uno de los rincones de la cueva, y lio otro cigarrillo. Luego lo prendió sin reparar siquiera en que el anterior aún permanecía por la mitad en el hueco de la roca que le servía de cenicero, y empezó a hablar con voz suave y susurrante, llena de nostalgia.

—Mi abuelo fue pastor y trató por todos los medios de que mi padre no lo fuera, pero cuando se casó con mi madre y nací yo, empezó a escasear la comida en casa y no tuvo más remedio que echarse al monte con las ovejas. Pasaba grandes temporadas fuera

llevando el ganado de aquí para allá en busca de forraje. De vez en cuando, bajaba al pueblo para dejarnos algo de dinero, algún animal que había cazado o cualquier otra cosa, y regresaba enseguida. También él trató de mantenerme alejado del pastoreo, pero recién cumplidos los doce años mi madre murió de tuberculosis y me vi obligado a dejar la escuela y a refugiarme aquí con él. Al principio me costó, pero a todo se acostumbra uno.

Los ojos del pastor brillaban bajo las espesas cejas. Ángela lo invitó a seguir con un gesto. No se atrevía a hablar para no cortar el hilo de los sentimientos del pastor.

—Unos años más tarde murió mi padre y yo me quedé solo. Ya no me quedaba familia en el pueblo, así que desde entonces vivo aquí. No tengo otro sitio donde ir, aunque no se crea…, aquí no se está tan mal como piensa la gente.

Un nuevo silencio mientras daba una calada al cigarrillo y removía las ascuas de la candela.

—Estas ovejas son mías —continuó—. En verano el rebaño aumenta con las de algunos vecinos que me las dejan para que pasten aquí arriba.

—¿Y su padre está…?

—Enterrado ahí, un poco más abajo. Entre dos robles que a él le gustaban. No le he puesto cruz a la tumba porque…

El pastor dejó de hablar repentinamente y zanjó la conversación encogiéndose otra vez de hombros.

Ángela se sintió mal por haberlo incomodado. Se había agachado para remover nuevamente el guiso, pero sospechaba que pretendía disimular su turbación: le había cambiado el gesto, su rostro se había ensombrecido repentinamente. Seguro que le había despertado algún mal recuerdo en su interior con tantas preguntas. Había metido la pata otra vez y ahora buscaba cómo remediar la situación.

—Usted es muy valiente. Yo jamás sería capaz…

***

El sargento Romero iba sentado en la parte trasera de CN-235 con los ojos cerrados y la espalda apoyada sobre el fuselaje del avión. Frente a él, un cabo primero que hacía las veces de auxiliar de vuelo jugaba con el iPhone a un juego de marcianitos. Apenas habían intercambiado media docena de palabras desde que despegaron de Getafe. Romero estaba cabreado, porque la noche anterior lo habían sacado de la cama para que se incorporara urgentemente a la base.

—¡Estoy de vacaciones! Se supone que hay un turno —protestó.

El teniente jefe de la patrulla de salto, desde el otro lado del

teléfono, tomó aire y respondió pacientemente:

—Bernal y Sánchez son los que deberían estar disponibles según el turno, pero llevan tres días de baja por enfermedad. Montes y Valentín están en Portugal pasando las vacaciones de Semana Santa. El resto de la patrulla de salto somos tú y yo. La última misión me tocó a mí. Así que…

—Pero…

El teniente soltó otro suspiro y atajó la conversación con autoridad:

—¡Es una orden, Romero!

El sargento apretó las mandíbulas. Aquella frase lapidaria que tanto odiaba impedía cualquier otra clase de protesta.

—¡A sus órdenes, mi teniente! —concluyó—. Estaré en el acuartelamiento en cuanto recoja el equipo —y colgó tras despedirse reglamentariamente del jefe de la patrulla.

El piloto del CN-235 miró el reloj del salpicadero del avión, las 06:05, y apretó el botón del intercomunicador.

—Volamos a veinticinco mil pies y estamos a menos diez minutos del punto cero, sargento.

El sargento Romero recibió el comunicado por los cascos de audio que llevaba puestos y se levantó del asiento.

—Voy a prepararme, comandante —respondió.

—Ahora vamos a abrir el portón trasero del avión. A menos tres minutos del punto cero se encenderá la luz roja y en cuanto estemos sobre el objetivo se encenderá la verde. Que tenga mucha suerte, sargento.

—Gracias —respondió y le entregó los auriculares al auxiliar de vuelo.

El portón trasero del CN-235 empezó a abrirse lentamente, como si el avión bostezara. El habitáculo se inundó repentinamente del ruido ensordecedor de los motores y de un aire gélido. Romero se colocó el paracaídas sobre la espalda, enganchó a los mosquetones frontales el paracaídas auxiliar y comprobó que la pistola estuviese bien asegurada en su funda con la correa y un par de tiras de cinta americana. Luego, revisó la pequeña botella de oxígeno que le permitiría respirar con normalidad hasta situarse por debajo de los seis mil metros y colocó a cero el altímetro y el cronómetro.

—¡Ayúdeme con la mochila! —gritó al cabo primero al tiempo que gesticulaba con la mano.

En ese momento sonó una chicharra y empezó a parpadear una luz roja situada cerca del portalón. El auxiliar le enganchó la mochila y le advirtió con los dedos de la mano que faltaban tres minutos. Romero asintió, se colocó el pasamontañas, el casco y la máscara de oxígeno y empezó a moverse con mucha dificultad hasta la rampa posterior.

Los primeros rayos de sol empezaban a asomar por el horizonte, iluminando el manto algodonoso que se extendía a sus pies. Curiosamente, bajo aquel impoluto manto blanco se estaba desatando una terrible tormenta de nieve, la culpable de que él se hubiese quedado sin vacaciones de Semana Santa.

La chicharra sonó de nuevo y se encendió una luz verde.

El auxiliar le tocó el hombro y la señaló estirando el brazo.

Romero levantó el pulgar, tomó aire y, empujando la mochila con el pie, se dejó caer al vacío.

El auxiliar lo vio abrir los brazos como si fueran las alas de un águila y convertirse en un punto negro unos segundos más tarde. Cuando el punto desapareció de su vista, lo comunicó a la cabina:

—Se ha efectuado el salto sin novedad, mi comandante.

El comandante de la nave comunicó con el Centro de Rescate SAR:

—Nido azul, aquí Charlie November dos tres cinco: PJ en el aire.

Capítulo diez

Romero metió la barbilla hacia el pecho para ojear el altímetro y el cronómetro que llevaba sujeto con gomas en el paracaídas auxiliar. Apenas llevaba unos segundos de caída, pero le parecieron una eternidad. No se encontraba cómodo. La mochila le tiraba del atalaje y se le clavaba en las ingles produciéndole un lacerante dolor. También empezaba a acusar las bajas temperaturas. A pesar del traje térmico, el frío lo atravesaba como una aguja a un trozo de seda. Volvió a echar otro vistazo a los medidores. No había calculado el tiempo de caída libre, pero abriría antes de los mil metros. El altímetro se movía dando enormes saltos.

«Vuelo a más de doscientos kilómetros por hora», pensó esbozando una sonrisa. Sin embargo, al no tener puntos de referencia, la sensación era la de estar descansando en un colchón invisible. «Si no fuera por la mochila, ahora estaría *picando* o realizando piruetas o…».

Una repentina oscuridad le partió los pensamientos en dos.

Había entrado en las nubes.

El temor a lo desconocido se apoderó de él. Nunca había saltado en aquellas condiciones. No veía nada, ni sentía nada ni sabía la posición que llevaba… Estuvo a punto de tirar de la anilla de apertura del paracaídas, pero antes miró el altímetro: 6.000 y bajando. No podía abrirlo a esa altitud. Si lo hacía, tardaría una eternidad en llegar al suelo y, aparte de congelarse allí arriba, el viento podía desplazarlo muchos metros de su objetivo. ¡Las montañas! Había calculado la altitud desde el fondo del valle, no obstante, si el piloto lo había lanzado unos segundos más tarde, podía encontrarse con los picos de una montaña.

El frío se convirtió en calor. Inmerso en aquella espesa niebla, no veía absolutamente nada. De pronto se puso tenso y se desestabilizó. Daba vueltas en sentido horizontal, como las aspas de un molino que van acelerándose poco a poco.

—Tienes que *picar,* tienes que *picar,* tienes que salir de la barrena.

Desgranaba aquella letanía que tantas veces se había repetido por si alguna vez le ocurría algo parecido. ¡Le estaba ocurriendo! Sabía que si no rompía inmediatamente la rotación, en unos instantes estaría girando a tal velocidad, que le sería imposible mover los brazos para tirar de la anilla. Y si lo hacía antes de detener el movimiento circulatorio, el paracaídas podría enredarse formando un puro y caería

como una piedra.

Con gran esfuerzo echó los brazos hacia atrás hasta pegarlos a los costados y levantó los pies.

Empezó a caer en picado, pero no se detenía el giro. De repente, el giro horizontal se transformó en una serie de volteretas que no conseguía controlar.

«Voy a estrellarme, voy a estrellarme.»

¿Qué estaba pasando? Su cerebro corrió buscando las enseñanzas del curso.

Abrió los brazos.

Levanto la cabeza y tocó la anilla de apertura.

«Si abro ahora, me mato seguro porque se enredará el paracaídas en mi cuerpo. ¡Dios mío!»

Justo en ese momento sintió un tremendo golpe en la cara.

«La mochila.»

La mochila se había soltado de un lado y estaba ejerciendo de aspa. Ella era la causante de la entrada en barrena.

Los giros y volteretas aumentaron.

Trató de llegar a los mosquetones que sujetaban la mochila bajo el paracaídas de emergencia.

«Debo de estar muy cerca de suelo.»

En un ataque de ira, soltó un grito de desesperación, consiguió llegar hasta los mosquetones y los abrió.

La mochila se desenganchó y comenzó a desenrollarse la correa del costado soltándole latigazos en el cuerpo. Finalmente, notó la sacudida que estaba esperando. El peso de la mochila detuvo el movimiento en seco.

Echó una rápida mirada al altímetro.

¡Seiscientos metros!

¡Dios!

Tiró de la anilla y cerró los ojos.

El paracaídas se desplegó a escasos cien metros del suelo…

***

La noche transcurrió lenta y fue agotadora para los tres rusos. Sin embargo, la ventisca apenas les permitía avanzar y lo que en principio debería haber sido una caminata de unas horas se había convertido en un calvario de vaguadas y subidas imposibles.

De no ser por el localizador podrían haber acabado en cualquier sitio. Para colmo, Andrey, uno de los gemelos, se había torcido un tobillo y andaba renqueando.

—Como te pares, te quedas aquí —le había asegurado Nikolay, que al ser el que estaba más lúcido de los tres había asumido desde el principio el mando de aquella inusitada expedición.

Cuando la luz del amanecer empezaba a ponerle tímidamente perfil a las cosas, la tormenta les dio un respiro y dejó de nevar, aunque el frío era intenso.

Un poco más tarde oyeron los motores de un avión. Nikolay realizó un ademán con el brazo y se agazaparon bajo un árbol. La visibilidad en aquellos momentos era buena, sin embargo, no se divisaba ningún avión. Seguramente estaría sobrevolando las nubes. No había de qué preocuparse.

En ese momento Anatoly levantó los ojos y casualmente se toparon con un punto negro que caía de las nubes. Permaneció con la vista fija, tratando de averiguar qué era aquello, hasta que se lo comunicó a sus compañeros.

—¡Mirad!

—¿Qué?

—¿No lo veis?

—¿Qué tenemos que ver? —preguntó su hermano.

A lo lejos se desplegó un paracaídas de colores.

—¡Maldita sea!, la cosa se complica. Ese avión ha lanzado a un paracaidista —se lamentó Nikolay—. Tenemos que darnos prisa.

Un poco más tarde empezó a nevar de nuevo.

Capítulo once

La madre de Ángela había vuelto en sí. La habían recostado sobre una roca cuadrangular, cerca del fuego. Miguel también se había despertado. Devoraba una rebanada de pan y un vaso de leche con mucho azúcar que le había preparado Rogelio. A su lado se encontraba tumbado el *collie* soportando estoicamente el juego del incansable Berti.

—Tenemos que salir de aquí como sea —comento Pilar mirando a su marido, tumbado un poco más allá—. La herida de papá tiene mala pinta. Si se infecta…

—Hasta que no pare la nieve no podremos hacerlo, señora —la interrumpió el pastor—. Incluso entonces tendremos que esperar cuanto menos un par de días para que se despeje un poco el desfiladero…

—Antes vendrán a buscarnos, mamá —intervino Ángela—. He hablado con la Guardia Civil. Ellos tienen helicópteros.

—Nadie sabe que estamos aquí —señaló Pilar—. Nos buscarán junto al avión. Tardarán bastante en encontrarnos.

—Cuando oigamos el helicóptero le haremos señales, mamá.

—Puede que dentro de esta cueva no oigamos nada —señaló mirando al techo—. No sé, no sé…

—Agua, agua.

Era la voz de su padre.

Ángela se precipitó a su lado y se acuclilló junto a él.

—¡Papá, papá!

Pilar también se acercó, tambaleándose un poco.

El pastor llegó con un jarrillo de metal lleno de agua y se colocó al otro lado. Después de ayudarle a incorporarse, le puso el jarrillo en los labios y le dio de beber. Javier lo miró y, luego, a su hija y a su mujer: ¿quién era aquel hombre?, ¿qué había pasado?, ¿dónde estaban?

Pilar tomó aire y respondió a todas las preguntas que había percibido en su mirada:

—Nos hemos estrellado. Este señor se llama Rogelio, es pastor y nos ha ayudado. Estamos en su ca…, cueva…

—¿Cueva? ¿Y Miguel?, ¿y el avión?

—Excepto el avión los demás estamos bien, papá —le respondió Ángela.

—Ayudadme a ponerme en pie, tenemos que…

El dolor se dibujó en su rostro y cayó hacia atrás. El pastor le tocó la frente.

—Otra vez tiene calentura —dijo.

Pilar le palpó la frente también y asintió moviendo la cabeza.

Javier le apartó la mano de un manotazo.

—¡Dejadme en paz! —gritó malhumorado—. Estoy bien. La fiebre no mata a nadie.

Permanecieron expectantes. Ante el asombro de todos, Javier Basauli se apoyó en el hombro de su mujer y se puso en pie. Ángela lo miró. Estaba blanquecino, sudoroso y se balanceaba como un junco con la brisa del atardecer.

—¿Dónde está el maldito avión? ¿Habéis traído el botiquín? Pilar, dame unos analgésicos, el dolor de este hombro me está matando.

Pilar se puso en pie también.

—¿Pero tú estás loco? ¿Se puede saber qué pretendes? —le recriminó su mujer.

—Marcharme de aquí, eso es lo que pretendo. En cuanto se me pase el dolor, volvemos al avión, recogemos lo que podamos y bajamos al pueblo.

Ángela dejó de prestar atención a la discusión. Sentía un incómodo pellizco en la boca del estómago. No entendía la actitud de su padre. No había prestado atención a Rogelio. ¡Ni siquiera le había dado las gracias por lo que había hecho y estaba haciendo por ellos! Ni herido cambiaba su patética actitud. Aquella reacción era la de una persona a quien le molesta perder el protagonismo, sentirse imposibilitada…

Se dirigió despacio y meditabunda hacia la salida de la cueva. Estaba furiosa y se sentía impotente, pero llegaría un momento en que dejaría de estar supeditada a las absurdas reacciones de su padre.

Se detuvo frente a la empalizada de la puerta y observó la cortina de nieve que caía sin cesar. ¿Quién iba a atreverse a adentrarse en aquellas montañas con aquel tiempo? Y si conseguían localizar el avión, ¿cómo iban a saber que se encontraban en la cueva del pastor? Realizó un giro con el pie. El tobillo ya no le dolía. Tenía que regresar al lugar del siniestro y dejar una nota, una señal que llevase a los equipos de emergencia hasta la cueva. Tal vez pudiese conectar los cables del micro de la radio.

Volvió a observar la nevada. No podía perderse. Se trataba de seguir la senda hasta finalizar el bosque y bajar. Se giró. Seguían discutiendo mientras el pastor y Miguel se habían colocado en torno al fuego. Seguramente era lo que pretendía su padre, acercarse al avión para dejar una nota; y conociéndolo, no dudaría en arrastrase hasta allí aunque le fuera la vida en ello. Tenía que hacerlo ella. Sin

pensarlo más, se subió la capucha del anorak, se colocó de guantes unos calcetines que tenía en los bolsillos y salió decidida de la cueva.

***

Cuando el sargento Romero tomó tierra sudaba copiosamente y respiraba con dificultad. Levantó la cara y cerró los ojos. Unos cuantos copos de nieve se posaron sobre el pasamontañas. Había estado a punto de estrellarse. Un segundo más y…

—No ha pasado nada, no ha pasado nada —se dijo, y esperó unos segundos mientras controlaba la respiración.

Acto seguido se deshizo del paracaídas.

Le costaba mantenerse en pie. Le temblaban las piernas, le escocían las ingles y tenía los hombros doloridos debido al fuerte tirón del paracaídas. Pero debía continuar.

Se agachó y abrió la mochila. Sacó el equipo de localización de señales, lo conectó y a los pocos segundos apareció en la pantalla un punto luminoso de color verde manzana que parpadeaba y producía un pequeño «bip».

La señal de la baliza.

Levantó la vista y sacó la brújula del bolsillo lateral del pantalón.

—El avión está a unos quinientos metros en esa dirección —calculó y estiró el brazo con la brújula en la mano para estimar el rumbo.

De pronto, el «bip» luminoso se duplicó.

—¿Qué demonios…?

En la pantalla había dos puntos luminosos, en distintas frecuencias pero en el mismo lugar.

Se arrodilló para manipular los controles.

Efectivamente eran dos frecuencias distintas procedentes del avión.

«Tal vez lleve dos balizas.»

Se encogió de hombros y sacó de la mochila el equipo de telefonía vía satélite.

—Atención, Águila Verde, aquí Cóndor. Acabo de tomar tierra. Estoy a unos quinientos metros del objetivo. Dígame si me escucha. Cambio.

—Águila Verde enterado —respondió el capitán Espinosa—. En cuanto llegue usted al avión siniestrado póngase en contacto con nosotros para comunicarnos las condiciones de las personas que viajaban en él. Cambio y cierro.

Romero puso el equipo en *stand by,* se colocó la mochila sobre los hombros y echó a andar siguiendo la señal del VHF.

El terreno se volvía cada vez más empinado y la cortina de nieve

apenas si le permitía ver más allá de cincuenta metros.

—¿Quién me mandaría a mí hacer el curso paracaidista? —se preguntó mientras notaba cómo se le congelaba el sudor de la espalda —. Y ahora viene lo peor. Vete a saber lo que encontraré cuando llegue allí. Dicen que hay niños. ¡Uf! Vaya tela. Y encima no me tocaba a mí este embolado. No, si es que eres gafe, tío…

Mientras desgranaba esta inmisericorde letanía, subía por una pronunciada pendiente nevada sin perder de vista los dos puntitos verdes de la pantalla. Al llegar a la cima volvió a calcular la distancia:

—Doscientos metros —se dijo.

Miró a un lado y a otro. Aunque la nieve caía copiosamente, se podía vislumbrar entre la nevada un río a la izquierda y un puente de piedra un poco más adelante. Sin embargo, el avión tendría que estar situado justo delante de él y…

—¡Madre mía…!

Una ráfaga de aire había despejado momentáneamente el panorama y lo vio. Lo que su cerebro estaba buscando era la imagen de un avión y lo que había allá abajo, incrustado entre los árboles, era un trozo de fuselaje. Tal vez por eso tardó en encontrarlo.

Echó a correr saltando y clavando los tacones en la falda de la ladera. Con la emoción del hallazgo, no reparó en que la nieve estaba suelta y a los pocos metros se vio dando volteretas. Durante la caída fue golpeándose con lo que encontraba a su paso hasta que, finalmente, un tronco lo detuvo. Estaba seminoqueado, pero los sonidos cadenciosos del equipo de rastreo le devolvieron a la realidad. Se puso en pie y echó a andar hasta el avión. Cuando llegó se sorprendió. ¡Allí no había nadie!

—¡Hola! —gritó y soltó la mochila en el suelo.

Sacó una pequeña linterna y entró gateando dentro del aparato. Vio manchas parduscas que supuso eran de sangre, pero no había ningún cuerpo.

Cuando salió, los «bips» del localizador volvieron a llamar su atención. Iba a apagar el equipo, cuando una intuición le hizo cambiar de opinión: «Por qué dos señales…».

Localizó la primera baliza y la desconectó. La segunda señal procedía de la parte trasera del avión. Venía de una pequeña tapa en el puro de cola, cerrada con un pestillo de seguridad. «DO NOT OPEN.» La abrió. Había varias regletas de fusibles con cables de colores y una caja rectangular de color marfil, de unos veinte centímetros, con entrada de mazos de cables en dos de los lados. De allí procedía la señal.

«¿Una baliza dentro de una caja de empalmes?».

Dejó el equipo localizador en el suelo y empezó a desenroscar las

cuatro palometas de acero inoxidable que sujetaban la tapa de la caja. Cuando la abrió, sus ojos se quedaron a cuadros. Los mazos de cables eran falsos. Dentro de la caja, supuestamente de empalme, había incrustada una bolsa plastificada que cayó a sus pies cuando quitó la tapa y dejó al descubierto la luz parpadeante del emisor de la señal. El sargento accionó un diminuto interruptor y se apagó la luz. Enseguida su atención se volvió a la bolsa. Se agachó. Estaba herméticamente cerrada. La palpó. ¿Sal? Sacó la navaja del bolsillo lateral del pantalón e hizo un pequeño corte en un lado. Cuando vació parte de su contenido en la mano, se le cortó momentáneamente la respiración.

***

Después de ver caer al paracaidista, los rusos habían acelerado el paso.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritaba Nikolay.

Entre él y Anatoly le habían fabricado una muleta a Andrey, quien trataba de seguirles a duras penas.

—¡Maldito tonto! Siempre tiene que ocurrirte algo —le reprochó su hermano, y se colocó a su lado para ayudarle a andar.

—¿¡Qué culpa tengo yo!? ¡Eh!

—¡Si no bebieras tanto vodka…!

—¿Acaso tú no bebes…?

—¿Queréis dejar de discutir? —regañó Nikolay—. Venga, daos prisa, no sabemos lo que vamos a encontrarnos allí. A lo mejor han lanzado más paracaidistas y no nos hemos dado cuenta.

Nikolay había descrestado una colina y esperaba impaciente la llegada de sus dos compinches. Aunque con insistencia, los copos de nieve se posaban con lentitud sobre el terreno debido a la escasez de viento. Notó una punzada en el costado.

—¡Maldita bebida! —murmuró, y se apretó el hígado con la punta de los dedos de ambas manos.

Recordó los dos años que había pasado en el gulag ruso trabajando con temperaturas por debajo de los veinte grados. Desde entonces tenía el hígado destrozado de tomar una pócima que destilaban, del zumo de manzana, los gemelos.

En ese instante dejó de oírse el localizador.

Miró la pantalla.

¡La señal había desaparecido!

Echó un vistazo a la última dirección que le había marcado y mentalizó varias referencias. Tenía que llegar al avión y rescatar la caja. No podía fallarle a Józef. A él se lo debía todo.

Volvió a bajar corriendo la pendiente, le quitó la muleta a Andrey y se lo cargó al hombro.

Anatoly, al verle tan excitado, se colocó en el otro lado y entre los dos lo llevaron hasta la cima.

—¡Vamos, vamos, vamos!

—Pero… ¿qué pasa? —preguntó Andrey.

—Tenemos problemas, la señal del localizador ha desaparecido. Alguien lo ha desconectado.

Capítulo doce

Ángela bajó la pendiente de la cueva, pero unos metros más adelante, la nieve acumulada había borrado toda huella del sendero.

Se paró en seco.

El viento había cesado y los copos parecían las plumas de un edredón esparcidas desde el cielo.

—Debo seguir, debo seguir —se animó.

Sin embargo, permaneció anclada en el sitio. Delante de ella se abría un bosque de abetos, sin ninguna referencia que le indicara por dónde debía continuar. La imagen de los lobos apareció en su cerebro y empezó a girar, nerviosa, la cabeza. ¿Atacaban los lobos de día o solo lo hacían de noche? ¿Y si se perdía? Finalmente dio media vuelta y regresó sobre sus pasos.

Se detuvo de nuevo.

«Si vuelvo, mi padre es capaz de arrastrarse hasta el avión para poner la señal. Seguro que se le infecta la herida del hombro. Y por otro lado está el grupo de rescate: tal vez nos busque en dirección contraria y entonces…».

La incertidumbre la enfurecía. ¿A qué distancia estaría el avión? Estaba harta. Su padre los había metido en aquel fregado. Ella no quería volar, hubiese preferido quedarse en Barcelona, o irse a Cadaqués, para disfrutar de las vacaciones con Xavier y sus amigos. Mucho mejor que con una panda de viejos cuya única forma de divertirse era ponerse ciegos de aguardiente quemado y dar vueltas con el pie cambiado, diciendo que bailaban muñeiras. Además, la que se había casado con él era su madre, no ella. En el fondo la mataba que le dijera siempre lo que tenía que hacer. «Así no, Ángela. Por ahí, no. No llegues tarde. ¿Vas a comerte eso ahora?…».

Tuvo un conato de llanto y rabia, pero enseguida cambió de actitud. Lo imaginó tumbado en la cueva. La herida tenía muy mala pinta. Se le podría infectar…

—¡Uf! —resopló y empezó a caminar despacio hacia la cueva.

En el fondo tampoco era tan malo. Su padre ponía muchas condiciones, pero… era su padre, y al recordar que estaba malherido, se le olvidó lo demás.

Tantos pensamientos contradictorios acabaron por agotarla. Se paró y estuvo tentada de sentarse en la nieve. Algo desde su interior le

advirtió que no se levantaría más. Recordó las palabras de aquel montañero de los Pirineos: «Nunca te sientes en la nieve cuando te encuentres agotada. Si lo haces, te invadirá el sueño y morirás». ¿Sería verdad…?

Tras unos segundos de vacilación, tomó aire, dio media vuelta otra vez y continuó entre los abetos tratando de recordar el camino que habían tomado la tarde anterior. Le resultaba imposible. Entonces todo estaba más despejado. Ahora se había acumulado una gran cantidad de nieve sobre los arbustos que convertían el lugar en un bosque fantasmagórico de figuras blancas. Miró hacia atrás. La cueva estaba allá arriba, no podía perderse. Si conseguía salir del bosque, solo tendría que girar a la izquierda y bajar. El avión estaba en el valle, cerca del río. Recordó el puente de piedra que había visto mientras abría las bolsas en busca de ropa de abrigo y eso la animó a seguir adelante.

Cada paso que daba se convertía en un suplicio. La nieve le llegaba por encima de las rodillas y notaba que se le helaban las piernas. Tenía las manos amoratadas y le dolían como si le estuviesen pinchando con agujas.

Quince minutos más tarde se convenció de que estaba perdida, porque la tarde anterior no habían tardado tanto en llegar a la entrada de la cueva. Se paró y miró en derredor: el bosque estaba en silencio. Los copos seguían cayendo, desdibujando el perfil de los árboles. Ya ni siquiera estaba segura de encontrar la cueva, si volviera sobre sus pasos. Indecisión…, miedo…

«Tengo que seguir, tengo que seguir. Solo un poco más, solo un poco más».

Caminó sin rumbo fijo, con la tranquilidad que da la desesperación.

Xavier, los amigos… ¿Estarían en Cadaqués, en la masía de sus abuelos? Imaginó el crepitar de la chimenea, sus brazos rodeándola y sus labios jugando con los suyos. Alguien contando historias…, risas… No le disgustaba Xavier, aunque a veces era tan simple como el asa de un cubo. Demasiado infantil. Todos lo eran… ¿Podría ella contar algún día, frente a la chimenea, aquella aventura? Sonrió al pensar en la cara que pondrían. Seguramente la noticia saldría en la televisión… Tendría que arreglarse un poco; no quería que la sacaran, como casi siempre en estos casos, liada en una manta y rodeada por la Guardia Civil… ¡No! ¡Ni hablar!

Inconscientemente estaba utilizando esos pensamientos para vencer el cansancio y el miedo que subyacía en alguna parte de su cerebro. De repente, algo la asustó sobremanera: notó que había desaparecido el dolor de las manos. Se quitó los calcetines que las envolvían y las contempló estupefacta: estaban cada vez más oscuras.

Eso podía significar un principio de congelación. También había desaparecido totalmente el dolor del tobillo. No quería llorar como una niña tonta asustada así que levantó la cabeza para tragarse las lágrimas. Entonces se dio cuenta de que el bosque de abetos acababa unos metros más adelante. El cansancio desapareció de golpe y echó a correr llena de alegría: la avioneta estaba al fondo del valle, solo tenía que bajar la pendiente.

***

—Águila verde, aquí Cóndor, cambio.

—Adelante, Cóndor.

—Me encuentro al lado del avión. Aquí no hay nadie.

—Esa familia debe de estar por los alrededores.

—No creo.

—¿Cómo que no cree?

—Porque me da que aquí no hay ninguna familia. Alguien les ha engañado.

—¡Se quiere aclarar de una vez! —gritó el capitán Espinosa.

—Estos son contrabandistas.

—¿Cómo?

—Cuando conecté el equipo de localización de balizas, detectó dos señales. Al principio no le di importancia, pero acabo de comprobar que una pertenecía a la baliza del aparato, y la otra, a una falsa caja de empalmes, cargada de lo que creo que son diamantes.

Hubo un silencio en la comunicación.

El capitán Espinosa se había quedado como si le hubiesen echado un jarro de agua helada por la espalda.

—Sargento, ¿está seguro de lo que dice?

—Tan seguro como que me tengo que morir, mi capitán. Aquí llevaban una bolsa de más de un kilo de diamantes, escondida en la caja de empalmes. Lo que no entiendo es lo del localizador.

Otro largo silencio en la comunicación, hasta que retomó la palabra Espinosa:

—Seguramente para que el equipo encargado de recogerlo en el aeropuerto no tuviese problemas a la hora de encontrarlo o, tal vez, previendo algo como lo que ha sucedido. Muy bien, sargento, no se la juegue. Vuelva al avión y eche otro vistazo, por si encuentra otras evidencias que corroboren la situación. Si de verdad son contrabandistas o traficantes, tendrían que llevar algún arma escondida por ahí. A ver si puede localizar cualquier plano de situación o mapa. Recoja toda la documentación que encuentre y

retírese de la avioneta. Es de suponer que mandarán un comando a recoger esos diamantes. Los contrabandistas son gente muy peligrosa. Escóndase y espere a que lleguemos nosotros. No sé cuándo podremos hacerlo, pero trataremos de llegar ahí como sea.

—Muy bien, mi capitán —respondió el sargento, y echó a andar hacia la avioneta.

—Tenga mucho cuidado, Romero, esos no se andan con chiquitas.

—Lo tendré, gracias.

Capítulo trece

Ángela se detuvo en seco. ¿Eso que había oído eran voces? ¿Una radio? Prestó atención. Solo el suave siseo del viento le respondió. Sin embargo, estaba convencida de haber oído unas voces humanas.

—¡Eeeeh! ¡¿Hay alguien ahí?! —gritó con todas sus fuerzas, colocando las manos a modo de bocina, tras lo cual esperó una respuesta.

Nada.

Dio unos cuantos pasos titubeantes y se paró otra vez.

Volvió a gritar:

—¡Holaaaa!

Tampoco hubo respuesta, pero esta vez le llegó el rumor de un arroyo.

—¡El riachuelo!

Empezó a bajar precipitadamente.

Cuando el sargento Romero oyó los primeros gritos, se encontraba cerca de la avioneta siniestrada. Se agachó en un acto reflejo, sacó la pistola de la funda y permaneció expectante, con toda su atención puesta en los ruidos procedentes del bosque cercano. Advirtió que alguien bajaba corriendo por la ladera y su corazón se aceleró. Tiró de la corredera de la pistola para meter una bala en la recámara, tratando de hacer el menor ruido posible. Luego, se fue alejando poco a poco del avión, sin perder de vista la ladera del bosque.

De nuevo una voz:

—¡Holaaaa!

Tras sopesar varios sitios donde ocultarse, se decidió por un montículo flanqueado por dos grandes abetos. En la base de los árboles había vegetación abundante, aunque cubierta de nieve, que le permitiría vigilar a los que llegasen sin ser visto. Pertenecía a una unidad de élite del Ejército y lo habían entrenado para el combate cuerpo a cuerpo, para sobrevivir en climas extremos, para caminar durante semanas o para resolver situaciones inesperadas, pero no para enfrentarse con un grupo de contrabandistas. Aquello tenía connotaciones distintas.

La joven continuó bajando la pendiente. No había obtenido respuesta a sus gritos, pero su cerebro no dejaba de repetirle los sonidos que había oído. ¡Alguien había estado hablando por radio! ¿Y

si era la Guardia Civil y tomaban otra dirección…? ¿Estaría funcionando otra vez la radio del avión? No, no podía ser: ella se había quedado con el micro en la mano. A lo mejor estaba recibiendo llamadas…

Volvió a gritar:

—Ehhhhh, holaaaaaaa…, estamos aquíííí…

«Vaya marrón que te vas a chupar, tío», se decía el sargento mientras trataba de urdir un plan. ¿Qué podía hacer él solo frente a un grupo de contrabandistas?

Contempló la pistola en su mano.

Un leve temblor.

«No, de eso nada. No te hagas el héroe, que los cementerios están repletos de imbéciles como tú. Mejor esperar escondido a la Guardia Civil; ellos sabrán qué hacer.»

Le llegó otro grito:

—Ehhhhh, holaaaaaaa…, estamos aquíííí…

Aunque la reverberación no permitía distinguirlo bien, aquello parecía la voz de una mujer. ¿Una mujer contrabandista? Excepto aquella de la novela de Pérez Reverte («¿Cómo se llamaba…?, *¿La reina del Sur?»),* no tenía noticias de otra. «Aunque con esto de la igualdad…».

Romero asomó un poco la cabeza. Era imposible apreciar si quien bajaba por la pendiente gritando y corriendo era hombre o mujer. Traía la capucha levantada y estiraba los brazos como si fuera un robot.

Se agachó de nuevo.

«¿Se trata igual a una mujer contrabandista que a un hombre? Y por otro lado…, ¿cómo es que hay una sola persona? Los demás deben de estar escondidos, esperando a ver qué ocurre. Tal vez estén preparados para dispararme en cuanto salga.»

Antes de llegar al final del terraplén, con las prisas, Ángela tropezó y empezó a rodar, dando volteretas en el aire hasta que cayó unos metros más abajo y clavó la cabeza en la nieve, arrastrando tras ella un alud de polvo blanco. Cuando se recompuso, lo primero que hizo fue llevarse las manos al vendaje del tobillo. Parecía que todo estaba bien: la misma punzada que había venido soportando. Se puso en pie y echó un vistazo en torno. Localizó el pequeño puente redondo sobre el riachuelo. A la derecha distinguió el improvisado campamento al lado de los arbustos, las maletas y, entre la bruma, a unos cincuenta metros, los restos del avión.

Su corazón dio un brinco.

Echó a correr renqueando y se detuvo jadeante delante de la cabina.

Había conseguido llegar.

Trató de localizar la radio. Siguió con la vista el mazo de cables que salía del avión y se perdía bajo la nieve. Allí estaba. La nevada la había cubierto de… En ese momento reparó en las pisadas. Los alrededores del avión estaban llenos de huellas recientes, distintas a las suyas. Alguien había estado allí. Levantó la cabeza y siguió el rastro hasta la cola del avión. Vio la tapa abierta y se acercó con cuidado. Ahora ya no había duda: la puertezuela de la caja de empalmes, que tantas veces había revisado junto con su padre antes de emprender el vuelo, había sido abierta y había dos mazos de cables desconectados.

Echó una mirada de trescientos sesenta grados. ¿Quién había estado allí? ¿Otro pastor? A medida que pasaban los segundos, se le iba asentando el miedo en las tripas. Las huellas se perdían detrás de un montículo de nieve. Se atrevió a seguirlas…

***

En Torla, el capitán de la Guardia Civil había tomado la decisión de intervenir tras la información recibida del paracaidista.

—Es casi imposible llegar hasta allí con esta tormenta —le advirtió Patxi.

—Tenemos que intentarlo. Algo me huele mal en este asunto, Patxi. No entiendo nada. Fíjate —dijo Espinosa, y desdobló un folio que acababa de sacar del bolsillo del pantalón—. Según el parte recibido de la organización del raid aéreo, en el *Blue Shadow* viajaba la familia Basauli, formada por el matrimonio y sus dos hijos. En el aeropuerto del Prat les negaron el plan de vuelo a Santiago, debido a la tormenta, y les autorizaron solo hasta Zaragoza. Sin embargo, el piloto no hizo caso y se dirigió, volando a baja altura, hacia Santiago.

El capitán de la Guardia Civil golpeó el folio con el puño.

—¿Cómo puede un padre de familia poner en riesgo la vida de su mujer y de sus hijos con el único objeto de llegar el primero en…?

—Hay gente muy rara por ahí, Romualdo —lo interrumpió Patxi.

Romualdo Espinosa miró un momento el papel, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—Puede ser, puede ser. De todas formas, después del hallazgo del paracaidista no podemos permanecer con los brazos cruzados. Tenemos que intentar llegar hasta allí. Como sea.

—Pues pongámonos en marcha. Hay un sendero, aunque estará cerrado por la nieve; podríamos intentar bordearlo utilizando las raquetas o…

El capitán se giró y colocó las manos sobre los hombros de su

amigo.

—Patxi, no podéis acompañarnos. Ahora no se trata solo de rescatar a una familia en apuros. No sabemos lo que nos vamos a encontrar cuando lleguemos. Si son contrabandistas, traficantes o vaya usted a saber…, podemos tener problemas.

—Pero…

—No.

—Romualdo, nunca llegaréis al avión sin nuestra ayuda. Nosotros conocemos la zona…

—No.

—Como quieras, pero con esta tormenta no llegaréis.

Capítulo catorce

Ángela caminaba como si pisara huevos. Cuando solo faltaban unos metros para llegar al montículo, una sombra enorme se le vino encima. Fueron unos instantes eternos de incertidumbre; no sabía si se había caído el tronco de un árbol o la había atacado una fiera. Se revolvió con la furia que solo la exasperación aporta y se puso a dar patadas y puñetazos. Sin embargo, fuera lo que fuera lo que la había abatido, había conseguido ponerla boca abajo y en una fracción de segundo se había echado sobre ella y le aplastaba la cara contra la nieve.

Se asfixiaba.

No podía moverse.

Su atacante le había clavado las rodillas en la espalda y la tenía totalmente inmovilizada. Consiguió excavar con la barbilla un pequeño hueco en la nieve y metió la cabeza hacia atrás. Tomó un par de bocanadas de aire. Su agresor aflojó un poco la presión que le aplastaba la cabeza. Logró respirar con cierta normalidad. Notó también que desaparecía el peso de su espalda, pero no se atrevía a mover ni una pestaña. Finalmente, decidió volverse para ver la cara de su agresor. Poco a poco fue girándose hasta colocarse boca arriba, apoyada sobre los codos.

Se amilanó ante la humanidad de casi dos metros que se levantaba ante ella. Alto, fuerte, vestido con un uniforme de camuflaje blanco para confundirse con la nieve. Llevaba un pasamontañas que solo dejaba ver unos ojos que la miraban intensamente mientras trataba de calmarse. El individuo permaneció con las piernas abiertas, erguido, sólido como una roca, hasta que se echó mano al cinto.

Cuando vio que sacaba la pistola de la funda, dejó de respirar.

—¡Levántate o te pego un tiro! —gritó aquella mole mientras la apuntaba.

Ni siquiera lo dudó. Se puso en pie de un salto y levantó los brazos, tanto y con tanta rapidez, que se hizo daño en las axilas.

—No…, no me mate.

La capucha del chaquetón se deslizó hacia atrás y dejó al descubierto su rostro. Esta vez, el asombrado fue el paracaidista.

—Pero…, pero… —balbuceó el sargento, que esperaba algo totalmente distinto bajo el capuchón del anorak.

La melena dorada y los ojos claros que lo miraban asustados desmontaron de repente sus temores. Aquel rostro angelical no tenía pinta de ser contrabandista.

Romero echó un vistazo por los alrededores, como buscando a alguien más, y después guardó el arma en la funda.

—Ba…, baja los brazos, por favor —le pidió—. ¿Tú… venías en ese avión? —preguntó señalando los restos del accidente.

Ella los bajó lentamente, se frotó las axilas y asintió. Luego, cruzó los brazos sobre el pecho adoptando así una postura defensiva.

—¿Y usted quién es? —preguntó, sin apartar la vista de aquellos ojos que la escudriñaban detrás del pasamontañas.

—Soy militar, sargento de aviación —respondió con voz grave.

—Pero tendrá un nombre, ¿no?

—Sí, claro. Me llamo Cristian, Cristian Romero. He saltado en paracaídas para ayudarles en lo que pueda, porque la patrulla de salvamento tardará en llegar hasta aquí. ¿Dónde están los demás? Quiero decir, el piloto y los otros que viajaban con usted. ¿Cuántas personas iban en la avioneta?

Después de oír aquello, el corazón le dio un brinco dentro del pecho y empezó a hablar con la misma alegría que un arroyo en primavera:

—¿Ha…, ha venido a salvarnos? ¿Ha saltado desde un avión? No lo hemos oído… Bueno, dentro de la cueva no se oye casi nada.

Romero asintió moviendo la cabeza y echó otro vistazo en torno. Aunque la chica que tenía delante no parecía peligrosa, tampoco podía fiarse de una cara bonita.

—El avión desde el que he saltado volaba a mucha altura. ¿Dónde están los demás? ¿A qué cueva se refiere? —volvió a preguntar secamente.

Ángela atrincheró de momento su júbilo y comenzó a responder.

—La cueva del pastor. Es… Están en la cueva del pastor. Mi padre era el piloto. Está herido; necesita ayuda.

—¿Cuántos más viajaban con ustedes? —la interrumpió el sargento.

—Mi madre, mi hermano Miguel y yo.

—¿Solo? ¿Nadie más?

Ella respondió encogiéndose de hombros.

—¿Quién es ese pastor, qué tiene que ver con su familia?

Ángela no entendía nada de aquel interrogatorio, pero empezó a contarle con pelos y señales todo lo sucedido.

—… y he bajado sola para dejar una nota señalando el lugar donde nos encontramos, por si llegaba el grupo de rescate —concluyó.

A pesar de las explicaciones, el sargento Romero seguía sin fiarse y no dejaba de escudriñar los alrededores: el bosque estaba virtualmente desierto.

—¿Por qué no permanecieron dentro del avión?

—Teníamos miedo de que explotase. Olía mucho a combustible.

—El combustible del avión va en las alas y, si las perdió durante el aterrizaje forzoso, difícilmente hubiera explotado.

Ángela tomó aire, apretó los dientes, se puso las manos en las caderas y se enfrentó al paracaidista:

—Oiga, ¿usted ha venido a ayudarnos o a hacerme una entrevista para la prensa?

El sargento no esperaba aquella reacción y se le atragantó la siguiente pregunta. Después de unos segundos de silencio, retomó la palabra:

—Está bien, vamos a ver esa cueva. ¿Cómo se llama usted? —preguntó y se quitó el pasamontañas

Se sorprendió. Mientras la había estado interrogando, por su seguridad y su voz seca y grave, había pensado que tras el pasamontañas se ocultaba un hombre mucho mayor, pero en realidad el militar que tenía delante era muy joven, o al menos lo parecía. Solo aparentaba unos cuantos años más que ella. Tenía el cabello cortado a cepillo y el rostro anguloso. No era guapo, pero llamaba la atención.

—Án…, Ángela, me llamo Ángela. ¿Nos podemos tutear?

El paracaidista asintió moviendo la cabeza. La instó con un ademán del brazo a que le indicara el camino y agarró la mochila para cargársela sobre los hombros. Ella se recolocó la melena detrás de las orejas, esbozó una sonrisa digna de presidir la consulta de un dentista y ya se disponía a andar cuando se oyeron unas voces aproximándose. Romero la agarró rápidamente del brazo, la obligó a tumbarse detrás del montículo y se echó sobre ella.

—Así que habías bajado sola, ¿eh? —susurró, y le puso la pistola sobre la sien.

Capítulo quince

Tras recapacitar y entender que no podrían llegar solos al lugar del accidente, el capitán Espinosa había accedido finalmente a que los acompañasen Patxi y los suyos, con la condición de que se mantuvieran al margen de las actuaciones una vez en la zona.

Cuando salieron del refugio nevaba copiosamente. La ventisca había arreciado y les costaba avanzar. Al frente de la patrulla iba Patxi, seguido por el capitán de la Guardia Civil y el resto de los componentes del grupo de rescate. Al salir del pueblo, torcieron por un camino lateral, ahora desaparecido bajo el manto algodonoso de los copos de nieve. El conductor de la patrulla se colocó a al lado de Espinosa.

—Nos dirigiremos hacia la cumbre del Mondiniero, seguiremos la cresta como para acceder a la Collada y posteriormente descenderemos para atravesar el barranco de San Antón. Por allí trataremos de llegar hasta donde están los accidentados.

—¿Crees que estará accesible el paso? —preguntó el capitán.

—No lo creo, pero al menos lo intentaremos.

***

De nuevo se encontró bajo el peso del paracaidista y sin poder respirar. Esta vez, porque le tapaba la boca con la mano. Empezó a mover la cabeza desesperadamente hasta que él se percató de que la estaba ahogando y aflojó la presión. Después de varias bocanadas de aire, giró un poco la cara y sus ojos se encontraron con los del sargento. Este se llevó el cañón de la pistola a los labios y luego se lo pasó por el cuello simulando el tajo de un cuchillo.

Suficiente.

Cuando Romero se apartó, Ángela se sentó en la nieve, como momificada, con la atención puesta en las voces que llegaban desde el otro lado del montículo donde estaban escondidos.

Estaba aturdida, sin saber qué es lo que estaba ocurriendo. La situación empezaba a desbordarla. ¿Por qué no salían a ver a los recién llegados? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué el militar no quería que supiesen que estaban allí? Fue a preguntar pero prefirió permanecer expectante.

«Tengo que mantener el tipo, o este tipo creerá que soy una niña pija.»

Efectivamente, alguien se movía cerca del avión. No parecían españoles, al menos no entendía lo que hablaban. Vio que el militar se echaba al suelo, se arrastraba hasta el extremo y asomaba la cabeza con precaución entre unos matojos que había en el lateral. Unos instantes después volvió y se sentó a su lado con la pistola en la mano. Trataba de controlar la respiración inspirando por la nariz y expirando por la boca. Al cabo preguntó en voz baja:

—¿Quiénes son?

—¡Y yo qué sé! —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Estás segura? —musitó.

Ella movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

Él la miró intensamente y ella le sostuvo la mirada.

—No me estarás engañando… —cuchicheó el paracaidista.

Ángela se giró de malas maneras y respondió con los puños apretados:

—¡Mierda, me da igual lo que creas! ¿Te parece que si fueran mis primos iba a estar aquí tirada en la nieve?

La encolerizada respuesta lo dejó atónito. Para evitar el sofoco al que se veía sometido, se deslizó otra vez hasta el extremo del montículo. Con sumo cuidado apartó los matojos y echó un vistazo. Eran tres: uno se apoyaba en un palo a modo de muleta y llevaba colgada al cuello una pequeña ametralladora Uzi de fabricación israelí; otro buscaba entre los restos del avión y llevaba el mismo armamento que el primero; el tercero portaba una pistola y estaba hablando por un *walkie-talkie*. Muy enfadado. El sargento prestó atención y llegó a la conclusión de que su acento era del Este; rumanos, o tal vez rusos. El que hablaba por la radio metió la pistola en la funda y sacó algo del bolsillo. ¡Era el localizador de la falsa caja de empalmes! ¡Estaban buscando los diamantes! ¿Qué estaba pasando allí? La chica no tenía pinta de saber nada de lo que transportaba el avión de su padre; ni siquiera lo había mencionado.

El paracaidista se sentó a su lado, sacó la bolsa con los diamantes y se la colocó delante de la cara.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó.

—No —respondió secamente.

Romero sacó unas cuantas piedras preciosas y se las colocó en la palma de la mano.

Ángela las miró con curiosidad mientras él la observaba.

—¿Son… diamantes? —preguntó sin estar muy segura.

—Sí.

—¿De dónde los has sacado?

El sargento estudiaba sus gestos. Ni siquiera aparentaba interés en la fortuna que él sostenía en la mano.

—Estaban en el avión, en vuestro avión.

—¿En el *Blue Shadow?* ¡No puede ser!

El sargento volvió al puesto de observación. Seguían comunicándose por radio.

¿Lo estaría engañando la chica?

El de la radio cortó la comunicación y Romero, sus pensamientos. Uno de los individuos había llamado la atención de los otros dos, señalando las huellas que se perdían donde ellos estaban escondidos. El militar los vio acercarse. Hizo un agujero en la nieve, junto al abeto de la derecha, y escondió la bolsa de los diamantes.

Apretó con fuerza la pistola.

Le quitó el seguro.

Su corazón latía desbocado dentro del pecho. ¿Qué hacer? Giró la cabeza y miró a Ángela. No podía ponerse a pegar tiros allí. Además, aunque uno de ellos iba con muleta, eran tres. Y dos de ellos armados con ametralladoras Uzi. Tampoco le pareció buena idea utilizar la radio en aquellos momentos para advertir a la Guardia Civil. Sopesó la posibilidad de huir de allí para esconderse en otro sitio, pero solo estaban los dos árboles que flanqueaban el montículo; el resto se encontraban a más veinte metros. En cuanto se movieran, serían un blanco fácil. Recordó las palabras del capitán de la Guardia Civil: «Tenga mucho cuidado, Romero, estos no se andan con chiquitas». El sudor hizo su aparición en las manos y en la frente y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. «Tengo que salvar a la chica», pensó y se dispuso a salir del escondite con los brazos en alto. De repente, lo pensó mejor y se abrazó a ella.

—Pero… —fue a protestar Ángela.

—¡Shhh, calla! Tal vez pasemos desapercibidos.

Romero se pegó lo que pudo al lateral del montón de nieve que les servía de escondite y permaneció quieto como una estatua. Casi no respiraba. Ángela tampoco, pero no por voluntad propia; por enésima vez se veía aplastada y semiasfixiada por el peso del paracaidista.

Los oyeron cerca.

Aunque los recién llegados no hablaban, la nieve crujía bajo sus pies.

Uno de ellos subió a lo alto del montículo provocando un pequeño alud que los cubrió de nieve. El sujeto dijo algo incomprensible. Ángela percibió un objeto muy cerca de su cara y abrió el único ojo que tenía al descubierto. Era una bota de montaña. Estaba a un palmo de su nariz. Giró un poco la cabeza y se topó con el cañón de la ametralladora. Por unas décimas de segundo creyó que todo estaba

perdido, que los habían descubierto y que les estaban apuntando, pero enseguida se percató de que el individuo llevaba el arma colgada del hombro con el cañón apuntando al suelo. El paracaidista se movió un poco y le tapó la cara con el brazo. Empezaba a sentir que se ahogaba de verdad. Si aquello duraba unos minutos más, terminaría por asfixiarse. El hombre armado dio unos pasos y precipitó otro montón de nieve que acabó por cubrirlos más. Ángela se retorció.

El sargento ya estaba decidido a entregarse y se disponía a levantarse con los brazos en alto cuando unos gritos rompieron el silencio de las montañas:

—¡Ángelaaa, Ángelaaa…!

El eco repitió las voces unas cuantas veces más.

Oyeron que los individuos echaban a correr hacia el avión y el sargento aprovechó para separarse rápidamente de ella. La chica se sentó de un salto y empezó a respirar con la boca tan abierta como un túnel del metro.

—¿Estás bien? —susurró el militar, pensando que se le iban a desencajar la mandíbula.

Ella levantó el pulgar de la mano derecha sin dejar de introducir bocanadas de aire en los pulmones.

El sargento le dio unas palmaditas en el hombro y se arrastró hasta el matorral desde donde podía controlar los movimientos de los bandidos.

Volvieron aquellos gritos.

—¡Ángelaaa…, Ángelaaa…!

Romero sacó la cabeza de los matorrales y miró a la chica con gesto interrogativo.

—Mi ma-dre —aclaró ella moviendo los labios.

El sargento se asomó de nuevo.

Los sujetos se habían agazapado tras el fuselaje del avión y el de la pistola estaba hablando por radio señalando al monte con el brazo estirado. Estaría informado a alguien de lo que estaba ocurriendo. Los otros dos movían la cabeza tratando de averiguar la procedencia de las voces. La conversación por radio terminó y se pusieron de pie. El viento arreció y ahora los copos de nieve caían rápidos y oblicuos, una espesa cortina de nieve que habría sido hermosa en otras circunstancias.

Se repitieron las voces. Los hombres armados echaron a andar precavidamente hacia el monte que tenían delante con las armas preparadas y se perdieron entre los árboles.

Capítulo dieciséis

El grupo del capitán Espinosa casi chocó con el todoterreno oscuro que estaba aparcado a un lado del camino. Con la copiosa nevada, no lo habían visto hasta encontrarse a escasos metros de él. Y de no haber sido por la conversación radiofónica que los había alertado al acercarse, incluso habrían pasado de largo.

El capitán levantó el brazo y lo bajó repetidas veces en sentido vertical para ordenar que se agacharan. Luego, bastó una mirada a Patxi para que este entendiera debían retirarse de allí.

Espinosa distribuyó a sus hombres: dos por el lado derecho, dos por detrás, y los otros dos se acercarían con él por la puerta del conductor.

—¡Que nadie se mueva hasta que yo lo ordene! —dijo en voz baja e hizo varios círculos en el aire con el dedo índice para indicar que se ponía en marcha la operación.

Por la cuneta, llegó hasta la puerta del conductor y se agazapó allí. El que hablaba por la radio estaba fumando y tenía bajado unos centímetros el cristal. Aquello sonaba a ruso. ¿Ruso? Fue a dar la voz, pero prefirió esperar a que terminase la conversación para no alertar al otro interlocutor.

Mientras esperaba surgieron nuevas preguntas: ¿qué hacia aquel coche allí, en medio de la nevada? ¿Con quién hablaba el conductor en ruso por radio? Un interrogante surgió repentinamente en su cerebro: ¿tendría algo que ver con los diamantes y el avión siniestrado? Su intuición le aseguró que sí.

Agachado, regresó a la parte trasera del todoterreno y con un ademán del brazo indicó a sus hombres que se apartaran y le siguieran hasta donde estaban ocultos Patxi y los suyos. Después sacó la radio y llamó al sargento Romero.

***

Ángela vio que una luz verde de la radio que el paracaidista llevaba colgada a la cintura empezaba a parpadear y llamó su atención.

Romero tenía quitado el sonido de la radio; aquella luz le advertía de una llamada.

Enseguida contestó por el micro, bajando el tono de voz:

—Aquí, Cóndor. Cambio

—Aquí, Águila Verde. Solo quiero saber si hay alguna novedad, cambio.

Antes de responder, el sargento se puso de pie y comprobó que no había nadie al otro lado del montículo. Los hombres armados continuaban tratando de averiguar de dónde procedían las voces.

—Afirmativo, Águila Verde. Han llegado tres individuos armados hasta las cejas; por el acento parecen de algún país del Este. Están buscando los diamantes, porque lo primero que han hecho ha sido examinar el lugar donde los encontré. También tengo aquí a uno de los pasajeros del avión, una chica. Al parecer su padre es el piloto de la avioneta. Cambio.

—Cóndor, quiero hablar con la chica. Cambio. Ella tomó el micrófono.

—Soy el capitán Espinosa, de la Guardia Civil. Por favor, dígame su nombre.

—Soy… soy Ángela Basauli.

—Usted estuvo hablando conmigo por radio, ¿afirmativo?

—Sí, sí.

—¿Cómo están los heridos?

—Mal.

—¿Qué sabe usted de esos diamantes que transportaban en el avión?

—Nosotros no transportábamos nada en el avión…

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Pues…, pues, porque mi padre tiene una empresa de camiones, no de diamantes…

Tensa como las cuerdas de un piano, fue respondiendo a todas las preguntas del capitán de la Guardia Civil. Por supuesto que ninguno de ellos conocía la existencia de esos diamantes, pensaba, ni sus padres tenían relación alguna con gente del Este, ni estaban metidos en contrabando de nada…

Mientras tanto, Romero permanecía sentado a su lado, tratando de urdir un plan. ¿Sería mejor seguir al grupo o esperar a la llegada de la Guardia Civil?

Asomó la cabeza para comprobar que los individuos seguían en el bosque.

Dejó de respirar.

El agujero negro de una ametralladora le apuntaba directamente y su portador tenía el dedo índice en el gatillo, a punto de disparar.

Volvió la cabeza. La chica ni siquiera se había percatado de la

presencia de los traficantes y seguía respondiendo a las preguntas del capitán. Ángela hablaba en voz alta y había llamado la atención de los bandidos. Antes de que pudiera advertirla, uno de ellos le quitó de un manotazo la radio de la mano, permaneció unos segundos a la escucha y luego la estampó contra el tronco de un árbol.

—¡En pie, rápido! —grito el de la pistola arrastrando la «r».

Ángela dio un salto y se abrazó al sargento.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Quiénes eran aquellos hombres que les apuntaban?

Miró al paracaidista buscando una respuesta, pero este permanecía con los ojos clavados en el que parecía a punto de dispararle.

Capítulo diecisiete

La radio dejó de funcionar de repente.

—Cóndor, ¿me escucha?

El capitán Espinosa manipulaba los mandos con desesperación, pero como respuesta solo recibía el sonido de la estacionaria.

—Atención, Cóndor, deme una señal. Cóndor, ¿me escucha? Cambio.

Nada.

Patxi se acercó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—La radio ha dejado de funcionar. Creo que el chico tiene problemas.

Espinosa sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó el número del radioaficionado que había recibido la llamada de emergencia de Ángela. Al segundo timbrazo descolgó.

—¿¡Dígame!?

—¿Juan? ¿Juan… Rojas?

—Sí, sí.

—Soy el capitán de la Guardia Civil que estuvo en su casa. ¿Ha recibido algún otro mensaje del avión siniestrado?

—No, no. He estado toda la noche pendiente de la radio y no se han vuelto a poner en contacto conmigo.

—Muy bien, Juan. Por favor, cualquier noticia…

—No se preocupe, en cuanto sepa algo le llamaré.

El capitán le dio las gracias y colgó. Luego se dirigió a sus hombres:

—¡En marcha! Vamos a por el tipo del todoterreno, seguro que tiene algo que decir de todo esto. Vosotros esperad aquí —le pidió a Patxi refiriéndose a él y a los suyos.

El capitán Espinosa hizo un ademán a sus hombres y echaron a correr hacia el vehículo estacionado en el camino.

***

A Ángela y a Romero los obligaron a colocar las manos tras la nuca, mientras Anatoly los cacheaba. Después de quitarle la pistola al

militar, los pusieron de rodillas en el suelo y se dedicaron a registrar la mochila del sargento.

—¿Tú eres el paracaidista? —le preguntó Nikolay.

Romero asintió con un movimiento de cabeza.

«¿Cómo había sido tan imbécil? ¿Cómo se había dejado atrapar de aquella manera tan tonta? Era la primera vez que se hacía cargo de una misión importante y la había fastidiado.»

—¿Has saltado solo o hay más gente contigo?

—Estoy solo.

El bandido le hizo varias preguntas más en un español aceptable y acto seguido le conminó a que se pusiera otra vez de pie. Ambos lo hicieron. En ese momento se oyeron unos gritos procedentes del bosque:

—¡Ángelaaaa, Ángelaaa…!

Las voces rebotaron de nuevo entre las laderas de las montañas, repitiéndose una y otra vez.

—¡Contesta! —le ordenó Nikolay, apuntándole a la cabeza con la pistola.

—Mamáaa…, mamáaa…

—Dile que vas para allá.

Ángela obedeció sin rechistar y su madre dejó de gritar.

—¿Dónde están?

—Están allá arriba, en la cueva del pastor.

—¿Qué pastor?

—Uno que nos ha ayudado.

—¿Hay alguien más?

—No.

—¡En marcha!

Ángela observó la pendiente que tenía delante, resopló y comenzó el ascenso mientras rememoraba el día anterior, cuando arrastraban el cuerpo malherido de su padre. Entonces no le pareció tan empinada. ¿Y si el pastor los había llevado por otra cuesta y ella se estaba equivocando ahora? El que hacía de jefe de los inesperados visitantes iba a su lado. Miró de reojo la pistola que llevaba en la mano. Estaba segura de que, si se había equivocado de sendero, no dudaría en pegarle un tiro. Pero también era horrible pensar que los estaba llevando hacia sus padres y su hermano. Aquellas sensaciones la estaban martirizando tanto como el terraplén, que cada vez era más empinado. Echó una rápida mirada hacia atrás. El cojo, ayudado por la muleta, y el otro individuo subía la pendiente con gesto de dolor. Parecían iguales. «¿Serán hermanos?», pensó. En ese momento reparó en que su tobillo ya no le dolía. «¿Se me habrá congelado el pie?». El militar que había venido a ayudarles caminaba con la mirada pegada

al suelo. ¿Qué podía hacer él solo contra aquel grupo de hombres armados? Ya había hecho bastante con ir a buscarlos. Volvió a mirar para arriba. «No, no debes mirar hacia arriba. El truco está en mirar hacia abajo, para que la cuesta no se te haga interminable.» Eran las palabras de aquel montañero que había conocido en el Pirineo catalán el año pasado. ¿Cómo se llamaba…? ¿Carlos? ¡Qué más daba! La cuestión era que no debía mirar hacia arriba. Sus pensamientos volvieron al militar. Paracaidista. ¡Qué guay! Hubiese dado la lista de amigos del Tuenti por poder hablar un rato con él. ¿Estaría saliendo con alguien? Pero cómo se podía ser tan tonta —se recriminó mentalmente—, si a lo mejor era diez años mayor… Sacudió la cabeza como si quisiera desembarazarse de esas absurdas ideas y puso la atención en el suelo que pisaba. Con las manos sobre la nuca, le costaba mantener el equilibrio en una nieve que le cubría hasta las rodillas. ¿Quiénes eran los que habían aparecido repentinamente en escena? ¿Qué estaba pasando allí? ¿De dónde procedía la bolsa de diamantes que le había mostrado el militar y que, según la Guardia Civil, había viajado con ellos en el avión? ¿Sabrían algo de eso sus padres? ¿Por qué no habían hecho más preguntas? ¿Conocían a su padre?

La sombra de la duda nubló sus pensamientos.

«Estás tonta», se recriminó. Javier Basauli se dedicaba al transporte, no a los diamantes. Seguramente se los habrían colado en alguno de los aeropuertos donde habían aterrizado…

Llevaban un buen rato subiendo cuando el cabecilla de los bandidos se detuvo y la interrogó con un gesto.

—No sé —respondió—, creo…, creo que era por allí. No estoy segura de orientarme bien con tanta nieve.

El bandido le puso la pistola cerca de la cara. Los pensamientos anteriores volvieron en forma de imágenes.

«Ahora apretará el gatillo y se acabó», pensó y cerró los ojos con fuerza mientras contenía la respiración.

—Como me engañes, te pego un tiro aquí mismo.

Soltó el aire aliviada. Por esta vez se había librado, pero estaba convencida de que más tarde o más temprano sucedería.

De repente volvieron a oírse los gritos de su madre y también unos ladridos.

Eran el perro del pastor y Berti. Sonaban a su derecha y bastante más abajo. Se habían pasado varios centenares de metros.

El bandido la miró, con saña.

—¡Te dije que no te atrevieras a engañarme! —gritó, y le dio un fuerte empujón.

Ángela dio varios trompicones hasta que el sargento la detuvo con

su cuerpo.

Apareció frente a su cara el cañón de la pistola. Esta vez, el portador del arma parecía bien dispuesto a apretar el gatillo.

—Yo no sabía el sitio exacto… —trató de excusarse ella.

—No me gusta repetir las cosas…

Ángela sintió que se le aflojaban las piernas y sus ojos se cerraron solos, como un acto reflejo. «¿Oiría el disparo o simplemente recorrería el breve camino que separa la vida de la muerte sin…?».

Notó que el cuerpo sobre el que se apoyaba giraba y se colocaba al otro lado. Abrió los ojos. El militar se había situado entre ella y el ruso.

—¡Apártate!

—Si dispara, provocará un alud y moriremos todos.

Ángela asomó la cabeza por encima del hombro del musculoso cuerpo que la protegía.

El portador de la pistola miraba hacia arriba, hacia el terraplén.

—La chica dice la verdad —intervino el paracaidista otra vez—, es normal que no sepa orientarse por estas montañas y mucho menos con esta nevada.

Capítulo dieciocho

Nikolay le dio otro empujón y la conminó a seguir. Ángela volvió sobre sus pasos, sintiendo en la espalda el cañón de la pistola. Rezaba por localizar el sendero que conducía hasta la entrada de la gruta del pastor. Caminaban bordeando el bosque de abetos, mientras la joven se preguntaba cuál de aquellas hileras era la que llevaba a la cueva. Aunque su madre había dejado de gritar, los perros seguían ladrando. Era por la izquierda… De repente, percibió que uno de los pasillos era un poco más ancho que el resto y lo señaló con el dedo.

—¡Por allí! —aseguró, y se adelantó, avanzando con dificultad.

Efectivamente era la senda: ya no se le hundían tanto los pies al caminar y recordaba esa pequeña curva a la izquierda, entre los troncos de dos grandes abetos. «¿Estará enterrado aquí el padre del pastor? ¿Eran robles o abetos?…» A partir de allí, el sendero ascendía limpio de malezas hasta una roca y después estaría la rampa que conducía a la cueva. Estaban en el camino correcto.

De pronto, volvió a caer en la cuenta de que estaba llevando a los bandidos hasta sus padres y su hermano. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué tanto interés en ver a sus padres?

La tormenta arreció. La nieve caía sesgada y las fuertes ráfagas de viento la obligaban a caminar con la cabeza agachada. Tenía que hacer algo antes de llegar, pero ¿qué? Ahora los ladridos eran más fuertes. Diferenciaba perfectamente los de Berti de los del perro del pastor. Al llegar al recodo de la roca vio la rampa y la entrada de la cueva un poco más arriba. Los perros debieron de percibir que algo no iba bien porque echaron a correr hacia ellos, ladrando enfurecidos, precedidos por el *collie*. El ruso la echó a un lado y apuntó cuidadosamente con la pistola.

—¡Nooo! —gritó Ángela, al tiempo que se lanzaba sobre él.

El bandido dio un traspié, pero ya era tarde, el disparo acababa de salir del cañón de la pistola.

Se oyó un terrible estampido y el grito lastimero del animal. Berti se detuvo en seco y, acto seguido, regresó corriendo asustado, con el rabo entre las patas.

El eco del disparo se propagó, rebotando por las faldas de las montañas, hasta que sobrevino un silencio de mortuorio…

De súbito, se oyó un crujido enorme, como si se rajara la tierra.

El suelo empezó a temblar bajo sus pies, acompañado de un ruido

estremecedor.

—*¡Lawina, Lawina!* —vociferó Anatoly y, tras aferrar de la cintura a su hermano, echó a correr monte arriba, hacia la entrada de la cueva, ayudado por Nikolay.

Al sargento no le hizo falta traducción para saber que aquella palabra quería decir *alud*.

—¡Mira! —gritó el militar señalando con el brazo estirado.

Ángela levantó la vista. Una tremenda nube de polvo se desplazaba ladera abajo arrasando lo que se encontraba en su camino. La velocidad iba en aumento… Y el estruendo también.

—¡Rápido, rápido! —la alentó el militar mientras la levantaba casi al vuelo, obligándola a correr.

Ambos subieron dando grandes zancadas.

Llegaron las primeras piedras y los primeros trozos de nieve.

—¡Al suelo, al suelo! —gritó el paracaidista al comprobar que no les daba tiempo de alcanzar la entrada de la cueva, y se lanzó sobre ella.

Ángela cayó de bruces y se vio repentinamente envuelta en una nube que oscureció el entorno. Trató de tomar aire y se le llenó la boca de nieve en polvo. El estrépito era insoportable. Algo sólido le golpeó la espalda y le cortó momentáneamente el resuello. Sintió que el sargento la abrazaba tratando de cubrirla y la arrastraba hacia algún sitio. Una lluvia incesante de piedras y ramas cayó sobre ellos.

El pánico se apoderó de Ángela.

Intentó traer a su memoria alguna oración que la consolara y consiguió empezar un *Padre nuestro* mientras presentía que toneladas de nieve, piedras y ramas pasaban sobre ellos. ¿Por qué no los arrastraba? Por las vibraciones del suelo notó que algo enorme venía rodando desde arriba. Conforme bajaba por la ladera oía el crujir de las ramas de los árboles.

«… Danos hoy nuestro pan de cada día…»

De vez en cuando el ruido cesaba y volvía un segundo después.

«… Y no nos dejes caer en la tentación…»

Un segundo antes de llegar a donde estaban ellos, saltó de nuevo. Esta vez el vuelo duró una eternidad…

«Amén.»

La enorme piedra cayó a medio metro escaso.

Poco a poco el ruido fue decreciendo hasta que solo quedó un eco amortiguado por la distancia.

Otra vez el silencio.

Un breve bisbiseo del viento al colarse entre las ramas de los árboles.

El cuerpo del sargento respirando a su lado y el corazón palpitándole desbocado.

¡Estaban vivos!

—¿Estás…?

El sargento le puso la mano suavemente en la boca para que no hablara.

Permaneció quieta, sin saber qué estaba pasando, hasta que oyó voces en ruso. Y los gritos de su madre:

—Ángela… Ángela…

Un forcejeo…

—¡Déjeme…!

Se encontraban en algún sitio por debajo de las voces.

Se oyó una bofetada.

Ángela fue a incorporarse, pero el militar se abrazó a ella impidiéndole moverse.

—Mi madre… —musitó.

—Shhh. ¡Calla!

Al poco los ruidos se perdieron en el interior de la cueva. Se movió hacia un lado y ella pudo incorporarse hasta quedar sentada sobre la nieve. Entonces entendió lo que había ocurrido. El sargento la había arrastrado hasta la base de la rampa que daba acceso a la cueva y se habían pegado a la pared, de forma que el alud había pasado por encima, sin arrastrarlos con él. Sin embargo Romero tenía una brecha en la frente, la cara llena de rasguños, la ropa desgarrada y los brazos lacerados a causa de las ramas y las piedras que había arrastrado el desprendimiento.

—Estás herido.

El chico se palpó la cara y se contempló los dedos ensangrentados.

—No…, serán solo algunos rasguños.

—Tienes una brecha enorme en la frente y no para de sangrar —le aclaró Ángela.

La agarró de la mano y tiró de ella hasta ocultarse tras unos arbustos situados lejos de la entrada de la cueva. Allí se puso de rodillas, sentado sobre los talones, rebuscó en los bolsillos laterales del pantalón y sacó una pequeña bolsa de plástico negro cerrada con una cremallera. Cuando la abrió, apareció un botiquín con gasas, desinfectantes, tijeras, pinzas, hilo de sutura, una ampolla y una jeringuilla, todo en pequeñas dimensiones.

—¿Es…, es muy grande la herida que está sangrando?

—Pues…, unos tres centímetros.

—Tienes que darle un par de puntos de sutura.

—¿Qué?

—Si no lo haces, no dejará de sangrar.

Ángela miró al cielo: la nieve caía lentamente. Luego, observó el rostro de Cristian. Efectivamente, la herida estaba abierta como una breva y la sangre le recorría el rostro hasta el cuello.

—Por favor, desinféctame la herida y dame un par de puntos.

Con una mano le estaba ofreciendo una gasa empapada en un líquido oscuro, y con la otra, la aguja de coser ensartada con hilo de sutura.

—¿En serio crees que voy a coserte con esa aguja?

Él movió en sentido afirmativo y lentamente la cabeza mientras la miraba directamente a los ojos.

¡Hablaba en serio! Pero si el verano pasado estaba presente cuando su madre se estrujó un grano y casi se desmaya. Bueno, aquello fue más por asco que por miedo.

No le gustaba la sangre. Ni las heridas, ni los hospitales. Odiaba los hospitales. La única vez que había entrado en uno fue poco antes de la muerte del abuelo. Aún recordaba el maldito olor a éter. Y a su abuelo sentado en la cama apoyado contra las almohadas, con aquella cosa de plástico transparente cubriéndole la boca, rodeado de botes colgando de soportes metálicos y tubitos que iban hasta su brazo. El gorgoteo continuo del oxígeno, los latidos del corazón reflejados en aquella pantalla que dibujaba una línea quebrada…

—Toma.

—¿Qué?

El sargento tenía estirado el brazo con una gasa en la mano.

—Limpia primero la herida.

Capítulo diecinueve

Ángela tragó saliva y aceptó la gasa que le ofrecía Cristian. No quería mirar la brecha de la frente. Mejor no prestarle atención. Con sumo cuidado y cierto temblor en las manos, empezó a limpiarle la cara. Tenía las cejas llenas de sangre coagulada y sudaba a pesar del frío. De vez en cuando apretaba las mandíbulas para soportar el dolor. Le pasó suavemente la gasa por los pómulos, los labios, las orejas, el cuello… Ahora le parecía más guapo que cuando lo vio por primera vez. Tenía un atractivo…

—La herida.

—¡¿Qué?!

—Deja de limpiarme la cara y límpiame la herida —dijo en tono autoritario.

Notó que le subía el sofoco a la cara y tosió para disimular su turbación. «Estás tonta, estás tonta.» Se apresuró a poner toda la atención en el corte de la frente. Esta vez no pudo tragar saliva porque tenía la boca como si se hubiese tomado una cucharada de polvos de talco. Acercó la gasa y, cuando apretó para limpiar los bordes, salieron unos borbotones de sangre. El desayuno se le removió en el estómago y le subió un sabor a leche agriada hasta la garganta. Muerta de asco, volvió a tragársela y continuó limpiando los bordes de la herida.

—Ya…, ya está limpia. ¿Y ahora, qué?

—Bien. Ahora toma la aguja; une los bordes de la herida con los dedos y da un par de puntadas atando los cabos en cada una de ellas. Por favor, hazlo lo más rápido posible.

Ángela se armó de valor, aunque antes de tomar la aguja su mirada vaciló. Finalmente aspiró todo el aire que pudo, apretó los dientes y la clavó en la carne. Notó que Cristian se estremecía y contraía los músculos de la cara. El paracaidista empezó a respirar como una parturienta a punto de dar a luz. Rápidamente la sacó por el otro lado y tiró del hilo de sutura. El sargento soltó un grito ahogado y ella se apresuró a realizar un nudo. Cortó el hilo sobrante con la tijerita. Ahora también sudaba ella.

La herida soltó otro borbotón de sangre que se apresuró a limpiar con la gasa.

Nueva arcada.

—¿Te…, te ha dolido?

—¡Rápido, rápido! ¡Maldita sea, termina ya!

Dio un respingo. No esperaba esa respuesta. Enseguida se preparó para darle el segundo punto.

—No te detengas, por favor…

La premura la estaba sacando de quicio, aunque entendía que no debía de ser nada agradable para él.

Volvió a clavar la aguja, esta vez con más seguridad, y acabó por cerrarle la herida.

Cuando terminó, el sargento jadeaba como una locomotora de vapor y ella temblaba como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

—Mu… muchas gracias, Ángela. Per… perdona mi brusquedad. ¿Te importa colocarme una gasa en la herida?

—Espera un momento.

Cristián vio que se alejaba unos metros. La oyó vomitar unas cuantas veces y al poco regresó limpiándose la boca con la manga del anorak. Después le vendó la herida rodeándole la cabeza con una gasa.

—Ya está —dijo ella con la misma sensación de triunfo que si hubiese subido al Everest—, vamos a volver a la cueva.

—Espera, ¿qué es eso? —preguntó él señalando la precaria venda del tobillo.

—Una torcedura —respondió Ángela quitándole importancia—. Ya no me duele.

—Puedo ponerte un poco de crema antiinflamatoria y…

—Mejor volvemos, ¿te parece? Esto no es nada, de verdad.

Cristián la miró fijamente y al poco se acercaban cautelosamente a la cueva y se agazapaban detrás de unos matorrales, muy cerca de la entrada.

Desde allí podían ver perfectamente lo que ocurría en el interior; incluso les llegaba parte del calor que desprendía la hoguera que crepitaba en el centro del habitáculo.

Su madre se hallaba sentada en el suelo abrazando en su regazo a Miguel y a su lado el pastor miraba a unos y a otros sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. El que parecía el jefe de los bandidos zarandeaba a su padre por la solapa mientras los otros dos apuntaban con las armas a su madre, a su hermano y al pastor.

—Te aseguro que yo no tengo lo que me pides —suplicaba su padre.

—¡Maldita sea!, no me hagas que te pegue un tiro aquí mismo, ¿eh?

En ese momento sonó el teléfono vía satélite que llevaba colgado Nikolay en la cintura.

Hubo una conversación ininteligible y el sujeto le pasó el aparato a Javier.

Ángela se percató de que estaba ocurriendo algo anormal cuando observó que su padre ponía gesto de sorpresa al contestar el teléfono que le ofrecía el extranjero. Sus ojos se habían posado un momento en los de Pilar y los había apartado apresuradamente mientras salía de la cueva recitando un «sí, sí» nervioso que lo delataba.

—Te…, te aseguro Józef que cuando el avión se estrelló yo quedé inconsciente. Un pastor vio caer el aparato y…

Desde el escondite oyó que el miedo estrangulaba su voz.

—¡Qué culpa tengo yo! Tienes que dejarme que vaya en busca de mi hija, Józef. Un alud la ha arrastrado ladera abajo… Te prometo que… Por favor…

Su padre estaba a escasos metros de donde se encontraba ella con el paracaidista. Le vio componer un gesto de dolor, llevarse la mano al hombro donde tenía la herida y sentarse en una roca. Estaba pálido y sudaba a chorros. Daba la impresión que se desmayaría de un momento a otro.

—Por favor…

¡Suplicaba a su interlocutor!

¿Lo conocía? ¿Sabía que transportaba diamantes en la avioneta? ¿Había aprovechado el raid aéreo para traficar con diamantes? Dos lágrimas asomaron en sus ojos. ¿Y su madre? ¿Estaría al tanto de lo que estaba ocurriendo? Su mirada se encontró con la de Cristian. El sargento la atrajo hacia sí y la apretó contra él. Entonces le besó el cabello.

—¡No puedes hacerme esto, Józef! —gritó su padre, alzándose en pie, tambaleante —. Yo…, yo he cumplido mi parte del trato. ¿Qué culpa tengo yo de esta tormenta? ¿Me escuchas?

¿Parte del trato?

El auricular del teléfono soltó un ruido de estacionarias cuando Javier dejó de apretar el botón.

—¡¿Me estás escuchando?!

Ángela dejó de oír la conversación. Un odio atroz le contrajo los músculos de la cara. ¿Cómo podía ser posible que su padre…?

Comenzó a encajar las piezas del puzle y a responderse a unas cuantas preguntas que durante el vuelo se había estado haciendo. Ahora todo cobraba sentido. Normalmente era ella la que revisaba la avioneta antes de despegar, para asegurarse de que las portezuelas, incluidas la caja de fusibles y empalmes, estuvieran cerradas. Sin embargo, en este raid fue su padre el encargado de comprobarlo. «Tú y tu madre aseguraos de que las maletas están bien trincadas en el interior, ya me encargo yo de la revisión».

¿Realmente le había sorprendido aquello o inconscientemente siempre había sospechado que su padre se dedicaba a algo sucio…? La imagen difuminada de aquellos mafiosos con acento italiano apareció de repente superpuesta en estos pensamientos como queriendo ratificar sus dudas…

—¿Quiénes son, papá?

—Clientes italianos.

—Pues vaya pintas que tienen.

Cerró los ojos y continuó escuchando la conversación que mantenía su padre por teléfono con creciente dolor.

***

El viento había arreciado. Tremendas ráfagas de aire barrían el camino de Torla mientras Espinosa y sus hombres se acercaban con precaución al vehículo estacionado a escasos metros de ellos. De pronto, la voz del ocupante del todoterreno se dejó oír y el capitán se agachó. Con un movimiento del brazo instó a los suyos a que lo imitaran. Otra charla telefónica. El conductor hablaba en un idioma desconocido para Espinosa, pero luego cambió al castellano y en la conversación dejó escapar el nombre de Javier Basauli.

Las dudas del Guardia Civil se disiparon: aquel coche estaba relacionado con el avión y con los diamantes. Y el sargento que había mandado allí corría peligro. Tenía que actuar de inmediato. Esperó hasta que el conductor acabó con la conversación.

—¡Quieto! —gritó el capitán.

El conductor casi se traga el cigarrillo cuando vio aparecer de repente al grupo de guardias civiles. Espinosa había abierto de golpe la puerta, mientras lo apuntaba con la pistola y le iluminaba la cara con una linterna. Al mismo tiempo, otro guardia había entrado por la puerta opuesta y dos por las de atrás.

—¿Qué…?

—Guardia Civil. Baje del coche con los brazos en alto. ¡Rápido!

El individuo levantó los brazos, nervioso, y salió con el cigarrillo colgándole de la comisura de los labios.

—Esto es un atropello, no tienen derecho a…

—¡Registrad el vehículo! —ordenó el capitán.

El individuo aprovechó que Espinosa se había girado para dar la orden y echó a correr hacia el monte. Un guardia de la patrulla lo detuvo unos metros más adelante. Espinosa llegó corriendo, lo enganchó de la solapa y, casi arrastras, lo llevó hasta el vehículo, lo aplastó contra la chapa y ordenó que lo cachearan.

—Una pistola calibre 38, dos paquetes de cigarrillos, la cartera, un

mechero… —enumeraba uno de los guardias.

—¿Hay alguna identificación?

El guardia le alargó al capitán un carné.

—Józef Vikevich. Nacionalidad polaca. Imagino que tendrás permiso de armas, ¿no? —preguntó el capitán y se respondió así mismo—: Claro, claro…

Espinosa le puso la linterna a veinte centímetros de la cara. Józef temblaba. Los copos de nieve le caían sobre la cabeza y se le había formado una corona blanca confiriéndole un aspecto patético y desolador.

Espinosa lanzó un órdago a lo grande; un farol sin ninguna carta en las manos:

—Mira, no tengo mucho tiempo que perder contigo. Sabemos todo lo relacionado con los diamantes y tu jefe ya está a buen recaudo. Solamente por llevar arma sin licencia, suponiendo que esté limpia, y por estar implicado en el tráfico de los diamantes, te pueden caer unos cuantos añitos a la sombra. Además —volvía a mentir—, imagino que sabrás que los ministros de Exteriores de la Unión Europea firmaron ayer un acuerdo para que los presos en los distintos países de la Unión sean juzgados en sus respectivas naciones de origen. Así que no vas a cumplir tu pena en las cárceles españolas sino en las polacas.

Espinosa observó que tragaba saliva.

—Sin embargo —continuó—, si colaboras…, tal vez únicamente me quede con la pistola y te deje marchar. Por supuesto, espero por tu bien que no les haya ocurrido nada a ninguno de los viajeros del avión.

Capítulo veinte

Ángela y el sargento se retiraron de la cueva reptando y se sentaron entre unos arbustos.

—Tenemos que hacer algo —dijo ella en tono de súplica.

—No podemos hacer nada. Esperaremos a que lleguen refuerzos. La Guardia Civil está en camino. Ya me dirás tú qué podemos hacer contra esos tres locos que no dudarán ni un segundo en ponerse a pegar tiros.

Ángela se enfrentó al militar.

—¿Y si los disparos van dirigidos contra mi hermano o mis padres? ¿Y si los matan? ¿Crees de verdad que voy a quedarme aquí de brazos cruzados…?

El sargento volvió a sorprenderse por la reacción de aquella joven: estaba fuera de sí.

—Bueno…, la verdad es que… —trató de responder él, y se detuvo en mitad de la frase.

Hubo un silencio adornado por el siseo del viento entre las ramas de los árboles.

—Tenemos que entregarles los diamantes —señaló Ángela y se puso en pie de un salto—. Será nuestra moneda de cambio.

El paracaidista la observó con detenimiento, mientras recapacitaba sobre su proposición.

—Puede que no sea mala idea —respondió, mirándola desde abajo, y se levantó también—. Vamos a buscarlos.

La asió de la mano, echaron a correr por el sendero y bajaron el terraplén dando saltos y grandes zancadas. Al llegar junto al avión, el sargento se dirigió hacia el lugar donde había escondido la bolsa con los diamantes y la desenterró. Cuando se giró, Ángela empuñaba una pistola. Con desdén, dejó caer la bolsa al suelo y alzó los brazos.

—Tenía que haberlo supuesto —musitó con resignación.

La chica, al verlo con los brazos levantados, tragó saliva, tiró el arma y los levantó también.

Ambos se encontraron ridículamente uno frente al otro con los brazos estirados.

—Pero… —dudó él.

Ella giró lentamente, convencida de que a sus espaldas estaría alguno de los bandidos.

Nadie.

Cuando se volvió, el sargento se reía con ganas.

Él se acercó y la abrazó. Ella le devolvió el abrazo sin entender nada.

—Creí que me apuntabas con esa pistola para obtener los diamantes y echar a correr hacia la cueva. ¿Se puede saber de dónde la has sacado?

—¿Apuntarte…? ¿La pistola…? Bu… bueno —tartamudeó—, estaba escondida en el botiquín. La descubrí después del accidente. Nunca la había visto antes.

Cristian se separó y le puso las manos en sobre los hombros.

—Ángela, creo que tu padre…

—Lo sé —interrumpió ella—. Está involucrado.

Dos lágrimas bajaron lentas por sus mejillas. El sargento la miró directamente a los ojos. En aquellos momentos le pareció el ser más encantador, hermoso y desamparado que había visto nunca. Sus miradas permanecieron enganchadas unos momentos eternos hasta que la volvió a abrazar.

—Seguro que habrá alguna explicación —trató de consolarla—. Vamos a ver qué podemos hacer —concluyó mientras recogía el arma del suelo y se la guardaba en el cinto.

Los dos volvieron sobre sus pasos, callados. Cristian la llevaba de la mano y mantenía la mirada en el suelo. De repente ella se detuvo.

—¿Qué? —preguntó el sargento bajando el tono de voz.

—Escucha. ¿No lo oyes? Es como un lamento. Parece un niño…

Él prestó atención.

—Es cierto —dijo finalmente y echó a andar—. Además, creo que sé lo que es.

Lo siguió sin preguntar. El sonido fue haciéndose cada vez más nítido y un poco más adelante el paracaidista se agachó.

—¡El perro del pastor! —se asombró Ángela.

El animal estaba atrapado entre unas ramas y enterrado casi en su totalidad en la nieve. Tan solo se le veía el hocico y la mitad de la cara.

El militar empezó a romper las ramas mientras ella excavaba con las manos para desenterrarlo. Cuando el animal se vio fuera de su apresamiento, comenzó a dar vueltas alrededor de ellos gimiendo, saltando y tratando de lamerles en señal de agradecimiento.

—¿Y el disparo? —preguntó Ángela.

El sargento sujetó al perro y, presionándole, en el lomo lo obligó a sentarse.

—Calma, calma…

—¿Ves algo?

—¡Mira! —dijo él señalando una herida junto a la oreja—. La bala le ha pasado rozando la oreja. Un milímetro más y…

—¿Se la curamos? —sugirió.

—Yo no la tocaría. La herida está taponada de forma natural con sangre coagulada y no creo que se le infecte. Si se la limpiamos, sangrará otra vez y habría que pelarle los alrededores para luego colocarle un apósito.

Lo contempló unos instantes. Tenía personalidad, determinación y parecía muy inteligente. Por otro lado, no le imponía nada, simplemente exponía su criterio y esperaba su opinión. En eso no se parecía a su padre. Ni a la mayoría de los chicos que conocía. ¿Se estaría enamorando? Soltó un sonoro suspiro y empezó a toser para disimular su turbación.

«Estás tonta, estás tonta, estás tontaaa.»

***

La falsa historia que había contado Espinosa acerca del acuerdo adoptado entre los ministros de Exteriores de la Unión Europea surtió su efecto. Józef, ante la idea de regresar a Polonia y pasar varios años en una de aquellas cárceles que tan bien conocía, no dudó ni un momento en contar, con pelos y señales, lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo han podido acceder al avión siniestrado?

—Son especialistas del Ejército ruso y están acostumbrados a este entorno —respondió señalando la tormenta de nieve—. La bolsa de los diamantes llevaba un transmisor GPS. Lo único que han tenido que hacer es seguir la señal.

—¿Qué órdenes llevan tus hombres con respecto a los tripulantes del avión?

El malhechor lo miró y agachó rápidamente la cabeza.

Espinosa se temió lo peor.

—Te he hecho una pregunta. ¡Responde! —gritó.

—Matarlos.

—¡¿Matarlos?! ¿Has dicho matarlos?

Józef asintió moviendo la cabeza.

—Llama a tus secuaces y anula esa orden. ¡Vamos! —le gritó el capitán de la Guardia Civil.

Antes de apretar el botón de la radio para hablar, el polaco miró con desconfianza al capitán.

—Nikolay… —dijo.

Hubo una conversación en polaco, que Espinosa no se atrevió a

interrumpir para no delatar su presencia. Cuando Józef terminó, lo agarró del cuello del anorak.

—¿Qué les has dicho?

El bandido soltó una risita sardónica.

—Les he ordenado que no los maten, de momento…

—¿Has denunciado nuestra presencia?

—No.

—Como me falles y les ocurra algo a esos civiles, te aseguro que seré yo mismo el encargado de llevarte esposado a Polonia.

La sonrisa se esfumó al instante.

De un fuerte empellón lo arrojó contra la carrocería del todoterreno y se volvió hacia sus hombres.

—Tenemos que ponernos en marcha. Si ellos han conseguido atravesar las montañas, nosotros también. Ahora sabemos con toda seguridad que esas personas corren peligro. Patxi, tú y tus hombres tendréis que abrirnos camino. Por supuesto tú nos acompañarás —dijo dirigiéndose al polaco.

—Pero… —intentó protestar.

—¡Andando!

Patxi se colocó al lado del capitán y le susurró:

—Si lo obligas a venir con nosotros, nos retrasará la marcha. Es mejor que lo dejes aquí.

—Tendría que dejar a dos guardias con él y no puedo prescindir de dos hombres. Los que tienen secuestrados a los supervivientes no son hermanitas de la caridad.

—Deja a uno de los tuyos acompañado de uno de los míos.

—Estamos transgrediendo todas las reglas de…

—Déjate de reglas. Ahora se trata de la vida de esas personas.

Espinosa lo observó mientras pensaba en sus palabras. Patxi llevaba razón, no era momento de pensar en normas.

—Está bien —aceptó.

El capitán dejó a Józef esposado dentro del vehículo acompañado por uno de los guardias y un hombre de Patxi.

—No dejéis de vigilarlo ni cuando vaya a mear. Estos tipos son muy escurridizos. Me respondes con tu pellejo —dijo señalando al guardia con el dedo.

Capítulo veintiuno

—Deberíamos ponernos en marcha, Ángela —sugirió él y echó a andar ladera arriba.

Ella asintió mecánicamente, se puso en pie y corrió hasta colocarse a su altura. El perro los seguía moviendo el rabo, agradecido por haberlo sacado de aquel atolladero.

—Cojea un poco —advirtió Ángela.

—No es nada —respondió él con determinación—. Seguramente se habrá golpeado durante el alud; si tuviese algo roto, no podría moverse. Se le pasará enseguida. Pero…, tenemos que deshacernos de él. Si nos sigue, su presencia nos delatará.

—¿Tienes algo para atarlo?

—Estas bridas de plástico —respondió el militar y sacó del bolsillo lateral del pantalón un par de tiras negras.

Ángela lo enganchó del collar, lo acercó a un árbol y lo ató a una rama.

—Esa rama se romperá —auguró Cristian.

—Las bridas no dan para más. Pero estos perros son muy obedientes, ya verás como no se mueve de aquí.

Ángela lo obligó a sentarse, lo acarició y le ordenó quedarse quieto varias veces.

El perro, como comprendiendo a la chica, se tumbó en la nieve y dejó caer la mandíbula inferior sobre las patas delanteras.

—¿Lo ves?

Ángela sonrió y se giró hacia él.

—¿Tienes algún plan? —preguntó.

—Estoy en ello, déjame pensar. La idea de entregarles los diamantes a cambio de que suelten a tu familia me gusta, pero habrá que madurarla. Esos no son de fiar. ¿No crees?

—No hay mucho que pensar —saltó ella—, esos diamantes no valen la vida de mis padres y de mi hermano.

El militar tragó saliva y la miró, luego respondió remarcando sus palabras:

—Ni de tu familia ni de la otra persona que también está secuestrada por esos bandidos.

Ángela asintió con la cabeza y guardó silencio.

Cristian tenía razón, había otra persona a la que ella no había

tenido en cuenta: el pastor. A él le debían la vida.

«Vaya imagen que estás dando.»

Aminoró la marcha para colocarse tras él. ¿Qué edad tendría? Los rasgos de su rostro eran juveniles; sin embargo, razonaba como un hombre maduro. Era la primera vez que se sentía tan cómoda al lado de un desconocido. Le proporcionaba seguridad, la trataba como a una compañera y eso la hacía sentirse importante. Levantó la vista al cielo. La nieve seguía cayendo y se colaba entre las copas de los árboles formando una cortina de pequeños canutillos blancos. Si no hubiese sido porque sus padres estaban en manos de aquellos desalmados, no le hubiese importado perderse con él en aquellas montañas. Una leve sonrisa distendió sus labios. Si conseguían salir del atolladero en el que andaban metidos, tendría historias que contar durante mucho tiempo. Además…

—¡Ya lo tengo!

El grito del paracaidista cortó en seco sus pensamientos.

—¿Qué…?

—Ellos seguramente creen que el alud nos arrastró. Así que se van a sorprender cuando te vean aparecer. Porque vas a ser tú la que llegues hasta allí. Les muestras algunos diamantes asegurándoles que les dirás dónde se encuentra el resto del botín si dejan salir a tus padres…

—¿Y tú qué harás?

—Yo he muerto arrastrado por la nieve. Es mejor que lo crean así. Tú no representas ninguna amenaza para ellos, yo sí.

—¿Y luego?

Cristian pensó la respuesta unos instantes.

—Luego ya veremos. Lo principal es que transcurra el mayor tiempo posible para que la Guardia Civil pueda llegar hasta aquí.

***

Espinosa y el grupo de rescate empezaron una marcha a contrarreloj para llegar al lugar del siniestro.

En cabeza iba Patxi, con los dedos pulgares en las correas de la mochila y el cuerpo inclinado hacia delante para vencer el viento y la tormenta de nieve. Al cabo de una hora, el montañero hizo un ademán con el brazo para que el capitán se pusiera a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Espinosa.

—¿Tienes el mapa de la zona?

El guardia se abrió la cremallera del anorak, rebuscó en el bolsillo interior y sacó un mapa doblado.

Ambos se pusieron de espaldas a la ventisca, rodeados del resto del grupo. Estaban exhaustos. Jadeaban y exhalaban nubes de vapor como pequeñas locomotoras tras un largo recorrido.

Aunque el día había avanzado bastante y había suficiente iluminación, Patxi encendió una pequeña linterna para señalar con el haz de luz.

—Si los rusos, o los polacos, o de donde diablos sean, salieron anoche y ya han llegado, son muy buenos. Sobre todo sin conocer la sierra.

—Van guiados por una señal GPS —aclaró Espinosa.

—Peor me lo pones, porque entonces han debido de pasar las de Caín para seguir la señal. En fin, nosotros estamos aquí. Esta carretera que tuerce hacia la derecha es la carretera de Torla a Ordesa y esta de la izquierda es la pista para coches. Vamos a tomar este sendero que asciende a Cebollera, pero en vez de seguir la cresta y atravesar el barranco, bajaremos hasta el río. Es un poco más largo, pero estoy convencido de que llegaremos antes. Este paso de aquí —señaló con el dedo índice—, con la que está cayendo, casi seguro que está cerrado. Seguiremos el cauce del Ara. El avión, según las coordenadas, ha caído cerca del puente romano.

—Pero el río baja ahora con bastante caudal —intervino el capitán —. Por aquí —señaló una zona—, el paso es imposible.

—No, si lo atravesamos antes de llegar. Al otro lado hay una senda transitable que llega hasta el puente.

—¿Estás insinuando que atravesemos el río? ¿Que nos metamos en el agua?

—Es la única solución si queremos llegar allí en unas horas. De lo contrario, calculo que al menos tardaríamos un día en llegar al lugar del siniestro.

Espinosa estudió de nuevo la proposición de Patxi y se estremeció al pensar que tendrían que atravesar el río en aquellas condiciones. Las aguas heladas del río Ara les llegarían por la cintura.

—¡Uf! —resopló inconscientemente y dijo—: Esta bien, se hará como tú digas.

Capítulo veintidós

El sargento y Ángela se acercaron con mucha precaución hasta casi la entrada de la cueva. Los gemelos comían directamente de la cazuela la caldereta que había preparado el pastor; Javier hablaba con Nikolay. Su padre parecía cada vez más demacrado y deteriorado. Sudaba abundantemente y se tocaba el hombro herido con frecuencia, al tiempo que apretaba las mandíbulas para tratar de minimizar el dolor. Daba la impresión de que suplicaba algo mientras el jefe de los bandidos negaba sistemáticamente con la cabeza. El pastor se hallaba sentado en un rincón, contemplando la discusión con cara de no entender nada, y Pilar, con Miguel acurrucado en su regazo, lloraba silenciosamente de desesperación y dolor.

Los ojos de Ángela se detuvieron en ella. Una bola se le atravesó en la garganta. No soportaba ver llorar a su madre. Seguramente pensaba que su hija había muerto en el alud. Le entraron ganas de echar a correr y abrazarla…, o de gritarle que estaba viva…, o…

—Tenemos que distraerlos —susurró Cristian al oído y la agarró de la mano.

Cuando se apartaron de la cueva, sacó la bolsa con los diamantes. La vació casi en su totalidad en uno de los bolsillos laterales del anorak y se la entregó.

—Baja hasta el recodo y ponte a gritar para llamar su atención. Cuando se asomen, toma unos cuantos diamantes y amenaza con esparcirlos por la nieve si no dejan en libertad a tus padres.

—Pero… —trató de intervenir ella.

—Tienes que ser convincente. Arroja unos cuantos, cuatro o cinco, para que sepan que no bromeas. Después, muéstrales la bolsa para que comprueben que está casi vacía, que el resto lo tienes escondido en otro sitio.

—¿Y cuando los dejen, qué hacemos? Aquí no hay lugar donde ir. Nos dispararán…

El militar trataba de dar solución a las preguntas de Ángela.

—Eso no va a ocurrir, ya verás. Si ponen en libertad a tus padres, les aseguras que dejarás la bolsa con el resto de los diamantes en la caja de empalmes donde han estado hasta que los encontré yo. Ese pastor debe de conocer estas montañas como la palma de su mano. Él encontrará algún sitio para esconderos.

—¿Y tú qué harás?

—Yo me quedaré para controlar. No te preocupes. Desde aquí puedo vigilar sus movimientos. Esperaré a que lleguen los refuerzos.

—¿Y si… cuando me vean tirar los diamantes disparan a mis padres o a mi hermano?

Ángela agachó la cabeza y tragó saliva para evitar llorar. Él se acercó y la abrazó.

—No lo harán. Créeme —le susurró al tiempo que le daba un beso en el cabello y le acariciaba la espalda—. Ya verás como todo sale bien.

Cuando se separó, Cristian la miraba intensamente. Sonrió. ¡Dios mío, cómo le gustaba aquel hombre…!

Llena de ánimo y de entusiasmo se acercó y le dio repentinamente un beso en los labios. Él se quedó pasmado. También ella se sorprendió por su propia reacción. Los pómulos se le pusieron color amapola. Tragó saliva y echó a correr bajando la pendiente por el lado opuesto.

«No me lo puedo creer, no me lo puedo creer… ¿Lo has besado? Estás loca, Angelita, loca de remate».

Continuó corriendo con una sonrisa dibujada en el rostro hasta que, después de un amplio rodeo, se situó en el recodo que daba acceso a la entrada de la cueva.

***

El avance resultaba cada vez más difícil debido al viento y a la nieve; sin embargo, el grupo de rescate seguía sin desfallecer, luchando por ganarle metros al mal tiempo. Al frente continuaba Patxi, dando grandes zancadas, seguido del capitán Espinosa y el resto de guardias y montañeros. El capitán empezaba a acusar el cansancio de la mala noche y la caminata, pero no podía permitirse desfallecer; había demasiadas cosas en juego y sabía que el tiempo era primordial si querían tener una mínima posibilidad de salvar la vida de los supervivientes del avión. Esa familia se encontraba en manos de unos delincuentes y, aunque su jefe les había ordenado no matarlos, o al menos esperaba que así fuera, las cosas se podían torcer y…

Levantó la cabeza. Apenas se veía nada por delante de los veinte metros. ¿Cómo podía orientarse Patxi? Desde luego había echado los dientes en el monte y tenía en su haber multitud de salidas para rescatar a personas perdidas en aquellas montañas, pero no recordaba una actuación con una tormenta así.

Patxi se detuvo e hizo un ademán con el brazo. Los hombres lo rodearon, exhalando pequeñas nubes de vapor.

—Esta es la ladera de Mondiniero. Llevamos un buen ritmo.

Calculo que habremos adelantado un par de horas; con un poco de suerte, estaremos en la cumbre en una hora. Vamos a comer algo para reponer fuerzas. A partir de ahora las cosas se nos complicarán.

«¿Más?», pensó Espinosa mientras sacaba de la mochila una bolsa de frutos secos. Bebió un buche de agua de la cantimplora y paseó la vista por los alrededores. La arboleda había desaparecido casi en su totalidad y se hallaban al comienzo de una garganta con una pared de roca a su izquierda que parecía cortada con un cuchillo, y un terraplén a su derecha. Aunque la nieve lo cubría todo, se vislumbraba la senda que les llevaría hasta la cima de la montaña. Comenzó a masticar los frutos secos, necesitaría energía para llegar hasta arriba, aunque la subida no le preocupaba, lo que realmente le inquietaba era el paso del río Ara.

Capítulo veintitrés

—¡Eh! —gritó Ángela colocándose las manos a ambos lados de la boca.

Desde donde estaba no podía ver la entrada de la cueva, pero sí a Cristian escondido entre los matorrales de las rocas que se encontraban a su derecha.

Estaba muerta de miedo. No solo temía por su vida sino también por la de sus padres y su hermano.

En vista de la falta de respuesta, volvió a gritar:

—¡Eh!

Nada.

Alguien salió y se arrastró hasta el borde. Se asomó tratando de averiguar de dónde procedían las voces.

Era uno de los gemelos. Cuando localizó a Ángela se puso en pie y dijo algo. Su hermano y Nikolay salieron y se colocaron a su lado. Enseguida acudieron Pilar, Javier, Miguel y el pastor.

—¡Ángela, hija mía! —gritó su madre emocionada—. ¡Dios mío, estás viva! Creíamos que estabas muerta y…

—Estoy bien, mamá.

—¡Adentro todo el mundo! ¡Vamos! —vociferó Nikolay al tiempo que los apuntaba con la pistola.

Los gemelos empezaron a empujarlos hasta que los cuatro estuvieron otra vez en el interior.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó Nikolay.

—Muerto. Pero yo tengo lo que buscáis —dijo mostrando la bolsa.

El bandido trató de disimular su entusiasmo, pero no pudo evitar abrir los ojos de par en par. Anatoly y Andrey se movieron inquietos, pero Nikolay los retuvo con un gesto. ¿Qué pretendía la chica? ¿Cómo se presentaba allí a pecho descubierto? Algo no cuadraba.

—¿Qué quieres?

—Que deje libre a mi familia y al pastor. Ya.

Nikolay soltó una carcajada.

—Bastaría con pegarte un tiro para hacerme con esa bolsa —aseguró mientras la apuntaba con el arma.

—Aquí solo está la mitad de los diamantes, ¿ves? —dijo mostrando la bolsa medio vacía—. Y como no los deje inmediatamente en libertad, empezaré a arrojarlos por la nieve.

Se hizo el silencio.

En vista de la falta de reacción, Ángela abrió la bolsa con parsimonia, se echó unos cuantos en la mano y sonrió mirando al malhechor.

Nikolay dejó de respirar.

—¡No, no…! —gritó extendiendo el brazo hacia ella.

Pero ya los había lanzado hacia arriba. Las piedrecitas brillaron en el aire y se perdieron entre la nieve.

—¡Maldita sea!

***

Llegaron arriba exhaustos.

En principio se trataba de seguir la senda que se contoneaba por la falda de la montaña hasta la cima, pero la nevada había borrado parte del camino y Patxi, quien definitivamente había tomado el mando, se había perdido. No había tiempo para volver atrás y empezar desde abajo, tenían que seguir adelante, Así que optó por formar una cordada y escalar la roca hasta la cumbre.

El capitán de la Guardia Civil lo había pasado mal. A pesar de estar acostumbrado a las alturas, la vertiginosa perspectiva vertical de la escarpadura rocosa que en algún momento tuvo bajo sus pies le había provocado continuas náuseas, que había ocultado para no mostrar ningún signo de debilidad ante sus hombres. Cuando descrestaron la montaña, él y Patxi se miraron mientras recuperaban fuerzas. No solo el capitán había sentido temor ante la escalada que acababan de realizar…

Allí arriba, la ventisca levantaba la nieve del suelo, azotando con fuerza al grupo. Los montañeros estaban ateridos. Trataban de resguardarse entre las escasas rocas, tosiendo y golpeándose los brazos para deshacerse del frío.

—Cuanto menos tiempo estemos aquí, mejor —sugirió el capitán de la Guardia Civil.

Patxi asintió moviendo la cabeza y con un chiflido y un ademán del brazo se lanzó pendiente abajo, clavando los tacones al tiempo que daba saltitos.

Veinte minutos más tarde, habían concluido la bajada y contemplaban en silencio el Ara. El río bajaba crecido y tumultuoso. Espinosa miró de soslayo a Patxi, que había clavado los ojos en el torrente, con gesto de preocupación.

—¿Crees que podremos…? —preguntó el guardia.

Patxi dudó un momento la respuesta.

—La decisión es tuya —contestó finalmente—. El avión siniestrado

se encuentra a media hora de camino desde aquí, pero si no atravesamos el río, nunca llegaremos. Ya has visto cómo están las cosas ahí arriba —dijo señalando la cima de la montaña.

La voz de la niña resonó en nuevamente en su cabeza: «Por favor, a… ayúdennos, por favor. Hemos tenido un accidente. El avión se ha estrellado. Mi padre y mi madre están gravemente heridos. No se despiertan. Se están desangrando y…, y a mí y a mi hermano… nos va a cubrir la nieve… Hace mucho frío… El avión está destrozado…».

—Vamos a buscar un sitio por donde vadear este maldito río —respondió irritado, pero convencido de que era la única manera de llegar hasta ellos.

Capítulo veinticuatro

—¡Si tiras un diamante más, juro que me pongo a pegar tiros ahora mismo y mato a toda tu familia!

Nikolay estaba fuera de sí. Repentinamente se dirigió a grandes zancadas hacia la cueva.

Cristian estaba observando desde su escondite. Algo no marchaba. El cabecilla de los bandidos había entrado a por uno de los rehenes. Si lo amenazaba con la pistola, Ángela cedería y entonces todo se habría perdido. Los gemelos se encontraban de espaldas a él, asomados al borde de la plataforma de piedra que había delante de la entrada de la cueva.

Pilar dio un grito dentro de la cueva.

Era el momento de intervenir.

¿Dónde demonios estaban la Guardia Civil y el equipo de rescate?

Tomó aire y corrió hacia los dos bandidos. El que se apoyaba sobre la muleta se giró como intuyéndolo, pero aprovechando la sorpresa, le lanzó un puñetazo en pleno rostro. El hombretón cayó hacia atrás como un árbol talado, se dio un fuerte golpe en la cabeza y rodó ladera abajo casi hasta los pies de Ángela. El segundo lo vio caer sin entender lo que estaba ocurriendo. Miró hacia abajo con los ojos como platos: su hermano yacía inconsciente diez metros más abajo. Se giró.

—¿Qué…?

El paracaidista intentó otro puñetazo con todas sus fuerzas, pero su rival lo esquivó moviendo la cabeza y desplazando el cuerpo hacia un lado. Cristian dio un traspié y estuvo a punto de caer por el barranco. Rápidamente se volvió. Su contrincante sonreía y le esperaba con los puños cerrados en actitud de combate. Antes de que el chico pudiese reaccionar, le propinó un derechazo en mitad de la cara.

El militar se tambaleó y empezó a echar sangre por la nariz.

Un golpe de izquierda. Esta vez le pilló de refilón, pero le abrió la herida de la frente.

Sangraba mucho. Casi no veía.

El malhechor reía ahora abiertamente y le esperaba con las piernas bien asentadas en el terreno y los puños preparados. Cristian dio unos pasos, jadeante, casi sin aliento. Su contrincante movió el brazo derecho hacia atrás para estamparlo por segunda vez en su cara, pero él se adelantó con decisión y le lanzó una patada a la entrepierna. El efecto fue inmediato: el bandido puso ojos de búho, soltó un aullido y

se llevó las manos a las ingles retorciéndose de dolor. El sargento aprovechó para lanzarle un gancho que lo enderezó de golpe. Una nueva patada en el mismo sitio acabó por ponerlo de rodillas. Se agachó, recogió una piedra y se la estampó en la cabeza. El segundo enemigo también yacía inconsciente.

En ese momento salía Nikolay arrastrando a Miguel del anorak. El niño, dando trompicones y horrorizado, trataba de sujetarse al brazo del malhechor para evitar que la cremallera lo ahogara.

El militar sacó la pistola del cinto.

—¡Si no tiras eso al suelo inmediatamente, le vuelo los sesos a este mocoso! —aseguró Nikolay, y echó el percutor hacia atrás.

El militar le sostuvo la mirada, pero al fin se agachó, la depositó con cuidado sobre una roca y levantó los brazos.

—Por favor, no lo haga —rogó Cristian.

La sangre bajaba abundante por la mejilla del militar y goteaba a sus pies formando una pequeña mancha pardusca en la nieve.

Los demás habían salido de la cueva al oír las voces.

Pilar ahogó un grito en su garganta y se llevó las manos a la boca.

—Por favor, no le hagas nada al niño —suplicó Javier—. Hablaré con mi hija…

Nikolay soltó la ropa del crío, lo sujetó de los pelos y lo levantó del suelo. Miguel, con las punteras apoyadas, empezó a gritar y a llorar.

—¡Miguel! —Pilar se lanzó a por su hijo.

El pastor la retuvo.

—Déjalo, por favor —volvió a implorarle el padre y dio unos pasos.

—¡No te muevas! ¡Que nadie se mueva! ¡Como alguien dé un paso, le pego un tiro! —gritó enfurecido el ruso, que se giraba vigilando a unos y a otro como una fiera acorralada.

***

—Por aquí podremos vadear el río —aseguró Patxi, y se deshizo de la mochila.

Espinosa contempló la corriente. La única diferencia con respecto al primer sitio era que había menos piedras, pero la fuerza del agua era la misma. Y con el hándicap de que un poco más allá había una cascada de cuatro o cinco metros de caída. Si a alguien lo arrastraba el torrente, no lo contaría. No dijo nada. Se deshizo de su mochila y observó cómo el montañero se quitaba las botas y los calcetines, ataba los cordones, se las echaba al cuello, y se anudaba una cuerda de escalada a la cintura.

—Voy a pasar para comprobar la profundidad y colocaré la cuerda de seguridad al otro lado.

Espinosa asintió moviendo la cabeza, sin apartar la vista de la corriente. El agua discurría entre grandes bloques de hielo. Debía de estar helada.

—¡Sujetad bien la maldita cuerda!

El grito lo sacó de sus cavilaciones.

Tres hombres aferraban el cabo y lo dejaban deslizar entre las manos poco a poco. Espinosa se acercó a la orilla del río. El montañero avanzaba con precaución, llevando la mochila en alto, con el agua por las rodillas. Unos pasos más adelante se sumergió hasta la cintura, aunque siguió avanzando como si nada. La corriente lo empujaba y Patxi luchaba por mantenerse erguido. Hubo un momento en que pareció que cedía a la fuerza del torrente hasta que por fin consiguió alcanzar la otra orilla. Rápidamente ató la cuerda a un árbol y cruzó los brazos por encima de la cabeza soltando un agudo silbido. Los hombres de este lado hicieron lo propio y pronto el cable quedó tenso como una cuerda de un violín.

—Vamos, os toca a vosotros, yo pasaré el último —dispuso Espinosa.

Los montañeros y los guardias avanzaban penosamente, tratando de vencer la fuerza de la corriente y guardando el equilibrio para no caerse en aquellas aguas heladas.

Solo quedaban él y el montañero que había estado al cuidado del cabo.

—Pase usted, capitán, yo desataré la cuerda, podemos necesitarla.

Espinosa metió las piernas en el agua. Enseguida notó que un millón de agujas se le clavaban en los muslos. Estuvo a punto de gritar de dolor, pero se contuvo. Sus hombres y los montañeros habían pasado y no se habían quejado. Los pies descalzos tocaban las resbaladizas rocas del fondo. Cuando llegó a mitad del río la corriente lo empujaba con fuerza y tuvo que sujetarse bien para no caer. Ya no sentía las piernas. Al cabo de unos minutos de esfuerzo y temor consiguió alcanzar la otra orilla tiritando.

En circunstancias normales tendrían que haber encendido fuego para secar la ropa antes de continuar, pero no había tiempo. Espinosa sacó de la mochila una pequeña toalla de microfibra y se secaba los pies cuando se oyó un grito desesperado:

—¡Socorro! ¡Ayudadme!

Todos dejaron sus quehaceres.

Era el último hombre. Se había soltado de la cuerda y la corriente lo arrastraba irremediablemente hacia la cascada. Unos metros antes del inicio de la catarata consiguió asirse a una roca.

—¡Socorro!

Espinosa era el más próximo a la orilla. Salió corriendo, se aferró a la cuerda que aún estaba atada al árbol y, sin pensarlo, se lanzó al agua y braceó con desesperación. El resto del grupo permanecía expectante. El montañero se soltaba ya, arrastrado por la fuerza del agua, cuando el capitán de la Guardia Civil consiguió agarrarlo del cuello del anorak.

—¡La cuerda! —gritó Patxi.

Varios tiraron con fuerza hasta que los dos llegaron jadeando y tosiendo a la orilla.

Capítulo veinticinco

—¡Cállate! —gritó Nikolay, y apretó el cañón de la pistola contra la sien de Miguel.

El crío estaba tan asustado que se le cortó el llanto de golpe, pero seguía gimiendo, con el corazón encogido.

Javier, renqueante y medio desfallecido, se acercó al borde de la roca y pidió a Ángela que le entregara la bolsa con los diamantes.

La chica observó unos segundos a su padre: la cara desencajada, blanquecina; la ropa desgarrada, la camisa asomando por debajo del anorak…

—¿Qué…, qué tienes tú que ver en esto, papá? ¿Por qué transportábamos…?

—Ahora no es el momento, mi niña —la interrumpió en tono de súplica—. Te aseguro que os lo explicaré…

Javier miró de soslayo a su mujer. Pilar tenía los puños apretados, los ojos clavados en la pistola que apuntaba a la cabeza de su hijo y resoplaba como un toro a punto de embestir.

—Muy bien —dijo el bandido sin apartar el arma—, ya no quiero más tonterías. Se acabaron las contemplaciones. Al primero que haga el más mínimo movimiento, le pego un tiro. Y como me engañéis…

En ese preciso instante, un nuevo elemento apareció en escena: el *collie* del pastor asomó entre la maleza. Pasó andando lentamente por el lugar donde había estado oculto Cristian, con el cuello adelantado y la mirada fija en el ruso. Se detuvo un momento, gruñó y enseñó los dientes.

—¡Quieto! —le ordenó su amo, y se adelantó con el brazo extendido.

El pastor pasó junto a Nikolay y este le soltó un golpe instintivo con la mano que sostenía la pistola. Rogelio cayó al suelo.

El malhechor se dio cuenta del error cometido una décima de segundo más tarde, cuando observó que el animal avanzaba sin quitar la vista del que había golpeado a su dueño.

—¡Fuera! —gritó a sabiendas de que aquella orden no iba a ser cumplida.

Sus ojos se engarzaron con los del perro.

El *collie* volvió a gruñir enseñando las encías rojas. Babeaba. De repente, echó a correr salpicando nieve sin apartar la mirada de su

presa. Llevaba el cuello estirado, los pelos erizados y un brillo especial en los ojos. El bandido soltó al niño, que cayó rodando unos metros, y apuntó con la pistola. Hubo un disparo que retumbó como un trueno entre los árboles del bosque. Y otro, y un tercero…, pero el pistolero, aterrorizado, ni siquiera apuntaba ya a la masa que irremediablemente se le venía encima.

El perro se lanzó con una furia inusitada sobre él, le dio una dentellada en el hombro y le hizo morder el polvo. Se retorció sujetándole la enorme cabeza y gritando porque las mandíbulas trataban de apresarle la garganta. El pastor acudió y consiguió apartarlo con un tirón del collar. Pero el animal seguía enfurecido, ladrando, babeando e intentando abalanzarse de nuevo contra Nikolay, que, con ojos de terror, reculaba por la nieve, apartándose y rezando para que el dueño no lo soltara. De no ser por el pastor, le hubiese matado.

Pilar corrió al lado de su hijo y lo levantó del suelo. Javier intentó ayudarla, pero ella lo apartó de un empujón.

***

Cuando salieron del agua, el montañero y Espinosa estaban ateridos de frío. Los labios morados y los tiri-tones no presagiaban nada bueno. Un par de hombres encendieron un fuego con pastillas de queroseno y ramas mientras los demás ayudaban a los accidentados a deshacerse de la ropa mojada. El montañero llevaba prendas de repuesto, pero Espinosa no. Patxi sacó unos pantalones y una camiseta enguatada.

—Esto te servirá.

—¿Y tú?

—Espero no caerme en…

Se oyeron varias detonaciones.

Todos se quedaron quietos como estatuas, callados. Solo el crepitar de las llamas rompía aquel silencio ensordecedor.

—¡Disparos! —musitó Espinosa al cabo de unos segundos.

—No están lejos —remachó Patxi.

—Han venido de detrás de esa colina —apuntó uno de los montañeros.

Los ladridos de un perro enfurecido.

—Tenemos que continuar —dijo el capitán—, esa familia puede estar en peligro. Esperemos que esos disparos…

Espinosa se detuvo en mitad de la frase e intercambió una mira con Patxi. Luego continuó:

—Vamos a dejar aquí las mochilas. Así aligeraremos la marcha.

Patxi, seguidnos cuando apaguéis el fuego, pero no os acerquéis si entramos en acción.

El capitán, pistola en mano, encabezaba el ascenso a la colina. Unos metros antes de la cima se detuvo, hizo un ademán con el brazo para detener al grupo y avanzó con cautela para echar un vistazo al otro lado. El río se contoneaba entre los árboles. A través de la nevada distinguió el puente de piedra y… ¡los restos del avión accidentado!

—¡Patxi!

El montañero se acercó arrastrándose y se colocó a su lado.

—Allí, ¿lo ves?

—Sí, son los restos del accidente. Pero no se ve a nadie por los alrededores. Los ladridos del perro vienen de lo alto de aquella montaña.

—Vamos a acercarnos.

Bajaron la ladera con precaución. El lugar estaba desierto. Después de un rápido vistazo por los alrededores, empezaron a subir la pendiente opuesta con mucha cautela, orientándose por los ladridos del perro.

Capítulo veintiséis

El pastor consiguió llevar al *collie* hasta la entrada de la cueva y atarlo a la empalizada con una cadena. Sin embargo, y a pesar de las órdenes de su dueño, el perro seguía enfurecido y no cejaba en su empeño de soltarse para lanzarse contra el cabecilla de los bandidos, que, aún aterrado, no le quitaba la vista de encima.

Mientras el paracaidista ataba con bridas a Nikolay y a su compinche Anatoly, Pilar bajaba corriendo hasta su hija llevando a Miguel de la mano y se fundían en un abrazo. Acto seguido el militar inmovilizó al otro malhechor aún inconsciente.

Sonó un nuevo estampido que se perdió solitario entre los recovecos de las montañas. Todos se quedaron momentáneamente quietos hasta que, poco a poco, las miradas convergieron en el autor del disparo. Javier permanecía con el brazo estirado y la pistola del ruso aún humeante en alto. Dio unos pasos tambaleantes. Respiraba con dificultad y se resentía de la herida del hombro.

—Pilar, ven con los niños hasta aquí. Y usted, deje a ese y suba también —dijo jadeando dirigiéndose al paracaidista.

La mujer achicó la mirada, pidió a sus hijos que se quedaran allí y empezó a subir la cuesta con los puños cerrados y el cuerpo echado hacia delante.

—Pilar… —dijo su marido que no entendía muy bien aquella reacción.

—Ya está bien, Javier, ya está bien —respondió ella cuando estuvo a un metro escaso de él—. No sé en qué estás metido ni a qué se debe todo esto, pero vas a poner punto final ahora mismo, ¿entiendes? Esta historia acaba aquí y ahora.

—Es…, es por vosotros Pilar… Yo…

—¿Por nosotros? ¿Crees que a tus hijos y a mí nos hace falta que pongas nuestras vidas en peligro? Pistolas, diamantes… ¿Me lo puedes explicar?

Javier la miró unos segundos a los ojos y agachó la cabeza.

—Esto se llama supervivencia, Pilar. Hace unos años la empresa empezó a flaquear. Cerraron la serrería y teníamos la mitad de los camiones parados. Los autobuses envejecían y había que sustituirlos… Un día apareció en la oficina Giovanni Costello, que en nombre de un tal don Giuseppe me ofrecía la posibilidad de levantar la empresa si transportaba unos cargamentos hasta Galicia y…

—¿Te has asociado con la mafia italiana? —se indignó Pilar

—… acepté. Al principio eran contenedores de tabaco para ser embarcados rumbo al mercado europeo, pero últimamente solo llevo estos diamantes que son remitidos a Suecia.

Los ladridos del perro se entremezclaban con la discusión.

Miguel empezó a llorar a grito pelado llamando a su madre.

Ángela se agachó junto a él y trataba de consolarlo abrazándolo y besándolo. Cristian se acuclillo también mientras maquinaba qué hacer.

—¿Diamantes? ¿Te has preguntado cuánta sangre baña esos diamantes? —continuó Pilar.

Javier se encogió de hombros.

—¿Te da igual?

—Sí, me da igual. ¡Maldita sea! Me da igual. ¿Acaso quieres que volvamos otra vez a la miseria, a trabajar catorce horas por un sueldo miserable…?

Javier se movía muy nervioso, como animal acorralado. La herida sangraba manchándole el vendaje. Pilar lo detuvo colocándose delante.

—Prefiero limpiar escaleras antes que vivir a sabiendas de…

—¡Ya está bien de charla! —cortó la discusión de raíz y se agachó con dificultad para cortar con una navaja que había sacado del bolsillo la brida que ataba a Nikolay. El ruso recogió del suelo una de las ametralladoras, desató a su compinche y ambos se colocaron al lado de Javier.

Cristian y Ángela contemplaban expectantes la escena desde abajo. Miguel lloraba con el corazón encogido. A unos metros yacía el cuerpo del que había rodado. Aunque tenía un fuerte golpe en la cabeza, empezó a moverse.

—Mátalos a todos —ordenó Nikolay y entregó la ametralladora a su cómplice.

El gemelo se acercó sonriente al borde de la plataforma y apuntó hacia abajo.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Javier y levantó la pistola, pero el otro la aferró por el cañón con la frialdad del hielo.

Hubo un disparo que se perdió en el infinito.

Un bofetón.

Javier rodó por los suelos retorciéndose de dolor, sin la pistola, hasta que finalmente quedó boca arriba, jadeante.

Pilar echó a correr hacia el de la ametralladora, pero a este le bastó soltarle un revés para que cayera al suelo como una muñeca de trapo. Apuntó sonriente y estaba a punto de apretar el gatillo, cuando le alertó un grito de Nikolay.

—¡Cuidado!

El tronco que le había lanzado Rogelio le pasó rozando la cabeza.

Sin pensarlo soltó una ráfaga de la pequeña ametralladora. El pastor tuvo el tiempo justo de ocultarse en la cueva antes de que los disparos impactaran en la roca provocando un pequeño alud de piedras y nieve. Cuando el ruso se disponía a acercarse para acribillar al pastor, se oyó otro disparo. Provenía de un lugar desconocido.

—¡Alto, Guardia Civil! ¡Que nadie se mueva!

Los gritos venían de los árboles cercanos a Cristian, Miguel y Ángela.

Nikolay se echó a tierra y disparó hacia abajo. Su compañero también.

El sargento obligó a Ángela y a Miguel a tumbarse y él se echó encima para protegerlos.

Hubo un intercambio de disparos.

En realidad, solo disparaba uno de los guardias civiles para distraer la atención de los contrabandistas, porque los demás habían dado la vuelta para sorprenderlos por detrás. Cuando menos lo esperaban, saltaron sobre ellos. El de la ametralladora se giró y soltó una ráfaga con la que hirió a uno de los guardias, pero no tuvo tiempo de más disparos: una sombra se acercó corriendo llevando un leño que estampó con toda su fuerza en la cara del malhechor. El ruso cayó en redondo a los pies de Rogelio.

Espinosa y otro de sus hombres aparecieron en la escena.

Nikolay, al verse acorralado, se lanzó sobre Pilar y la sujetó del cabello.

—Si dais un paso más, la mato.

El tiempo se detuvo.

El eco de los últimos disparos aún resonaba en la lejanía.

—¡Soltad las armas, todos! —ordenó el malhechor.

El capitán de la Guardia Civil dudó un momento, pero vio que echaba el gatillo de la pistola hacia atrás y soltó el arma en el suelo.

—No le haga daño —le rogó—, haremos lo que nos pide.

Luego se dirigió a sus hombres:

—Haced lo que dice.

Nikolay había agarrado a Pilar del cuello y la usaba de escudo mientras caminaba lentamente hacia la rampa de bajada. Súbitamente, una mole humana apareció de entre las rocas. No le dio tiempo a reaccionar. De un manotazo le enganchó la muñeca y se la levantó hacia arriba.

Un nuevo disparo.

Un puño que se estampaba contra el asombrado rostro del ruso.

—¡Patxi! Te dije que no…

—Y desde cuándo le he hecho yo caso a la Guardia Civil…

***

Tuvieron que esperar un día más hasta que amainó la tormenta y pudo aterrizar un helicóptero del Ejército del Aire. En él se subieron los detenidos, el capitán Espinosa, la familia Basauli y el paracaidista.

El corazón de Ángela dio un salto dentro de su pecho. A lo lejos se divisaba un pueblo diseminado al pie de la montaña. Era un pequeño grupo de casas, agazapadas al amparo de una iglesia cuyo campanario destacaba erguido al cielo, como el centinela que monta guardia permanente. El primer signo de civilización después de esos días de terror entre aquellas montañas.

Se giró y contempló a su padre sentado en la parte de atrás, junto a los rusos. Iba esposado y con la cabeza gacha. No pudo evitar que los ojos se le inundaran de lágrimas.

Miró a su madre y tuvo la impresión de que estaba esperando aquella mirada. Ella también lloraba acunando a Miguel, dormido entre sus brazos. Pilar forzó una sonrisa y movió la cabeza en sentido afirmativo, como para asegurarle que todo iba bien, que la pesadilla había terminado.

Ángela respiró hondamente y volvió la cabeza hacia la ventanilla. A lo lejos, las nieves de las montañas, alentadas por el sol, desprendían un brillo vivo y reluciente, como recién estrenado, después de aquellos días sumidas en la penumbra. Allí quedaban una historia rocambolesca y el hombre que les había salvado la vida: Rogelio.

A su lado viajaba otro hombre, Cristian. Sin él tampoco habrían sobrevivido. Se agarró a su brazo y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Notó la reciedumbre de su musculatura y volvió a suspirar. ¿Formaría el paracaidista parte de su futuro? Recordó el beso y notó que se le ponían los pómulos del color de los tomates maduros.

Tal vez algún día volvieran los dos para hacerle una visita al pastor…

Matalascañas-La Línea de la Concepción
Junio de 2012

APÉNDICE

Bujaruelo (42°41 36 N 0°6 21 O42.69333, —0.10583) es un valle despoblado del Pirineo de la provincia de Huesca (España) lindante con el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, justo al noroeste del valle de Ordesa, y donde nace el río Ara, del que forma parte como zona periférica de protección. A pesar de su extraordinario valor natural y de los varios intentos llevados a cabo, intereses urbanísticos, turísticos y ganaderos han evitado su incorporación al mencionado parque aun a pesar de ser limítrofe con él.

El acceso se realiza desde la localidad de Torla, en dirección al valle de Ordesa, pero desviándose en el Puente de los Navarros a la izquierda, desde donde se continúa por pista de tierra en irregulares condiciones. Primero llegaremos hasta un precioso camping y refugio, enclavado en medio del valle (1.250 m) y flanqueado por enormes murallas de piedra. Continuando esa misma pista, llegaremos hasta la pradera de San Nicolás de Bujaruelo (1.420 m), donde se halla un refugio, restaurante y camping, así como un magnífico puente románico. Desde esta pradera parten un buen número de rutas de media y alta montaña por los macizos de Tendeñera (2.853 m), Vignemale/Comachibosa (3.298 m) y Monte Perdido (3.355 m).

En tiempos, Bujaruelo estuvo poblado, al levantarse en su interior el Hospital de San Nicolás, construido en torno al 1150 por la Orden de los Hospitalarios y alrededor del cual hubo población hasta el siglo XVIII En la actualidad todavía puede verse el puente románico, las ruinas de su maltrecha iglesia y el Mesón-Hospital, tantas veces reconstruido como destruido en el transcurso de las numerosas guerras con la vecina Francia.

Bujaruelo es el enclave ganadero por excelencia del Valle de Broto. Su riqueza en pastos ha sido legislada desde tiempos medievales y aún hoy en día es posible disfrutar de la presencia de importantes cabañas bovinas y ovinas pastando en sus montes durante los meses de verano o pasando a Francia en cumplimiento de las seculares Concordias.

Respecto a su riqueza natural, baste indicar que es uno de los mejores refugios para muchas de las especies más amenazadas del viejo continente, como el oso pardo pirenaico, el urogallo, el quebrantahuesos, la perdiz nival, nutria o el desmán de los Pirineos, aparte de cobijar en su seno espectaculares bosques de hayedos, pino negro, silvestre, robledales…

Ya en tiempos napoleónicos, existió un proyecto para construir un

paso carretero de montaña hacia el puerto de Bujaruelo, frontera con Francia donde llega la carretera del Col de Tentes y la estación de esquí de Gavarnie Gèdre. Este proyecto fue definitivamente abandonado en la parte española hacia 1982, lo que permitió preservar en gran medida este precioso entorno.

En la actualidad, este valle tiene un gran reclamo turístico, debido principalmente a su cercanía con el parque nacional, ya que es una zona más tranquila y sin tantas aglomeraciones.